

ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS
Secretariado General de Apostolado Educativo y Pastoral Juvenil



De Tagaste a Hipona



Milán

Instructivo II
Solo a ti te sigo

Roma, 2015

TEMARIO MILÁN II

TEMA 1. UNAS ARISTAS QUE PULIR

I. OBJETIVO

Que el joven descubra aquellos elementos que no le permiten una clara percepción de su persona y encuentre en la comunidad un espacio para compartirlos e irlos superando.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

“Conócete, acéptate, supérate”
(San Agustín)

III. DESARROLLO DEL TEMA

Lectura de Lc 1, 46-55

María dijo entonces: «Mi alma canta la grandeza del Señor, y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi salvador, porque él miró con bondad la pequeñez de su servidora. En adelante todas las generaciones me llamarán feliz, porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas: ¡su nombre es Santo! Su misericordia se extiende de generación en generación sobre aquellos que lo temen. Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los soberbios de corazón. Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías. Socorrió a Israel, su servidor, acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y de su descendencia para siempre».

Comentario

Casi siempre que hablamos de la Virgen María, recordamos su humildad como una de sus virtudes más sobresalientes. Pero también vemos, como en el texto que acabamos de leer, que dice: “todas las generaciones me llamarán bienaventurada”, y ante esto cualquiera pudiera decir: “qué falta de humildad”, porque a veces pensamos que la humildad es ponerse bajo el hombro de los demás, no mirar nuestras cualidades ni sentirnos importantes. Y eso no es la humildad.

La humildad nos lleva a reconocer con sencillez y realismo lo que somos y tenemos, sin exageraciones ni menosprecio. La humildad se parece mucho a la autoestima: se trata de aceptarnos y de valorarnos justamente. Pero a veces encontramos algunas cosas que no nos dejan apreciarnos, que no permiten que nuestra autoestima crezca. Veamos la siguiente historia...

Un hombre se encontró un huevo de águila. Se lo llevó y lo colocó en el nido de una gallina de corral. El aguilucho fue incubado y creció con la nidada de pollos.

Durante toda su vida, el águila hizo lo mismo que hacían los pollos, pensando que era un pollo. Escarbaba la tierra en busca de gusanos e insectos piando y cacareando. Incluso sacudía las alas y volaba unos metros por el aire, al igual que los pollos. Después de todo, ¿no es así como vuelan los pollos?

Pasaron los años y el águila se hizo vieja. Un día divisó muy por encima de ella, en el

límpido cielo, una magnífica ave que flotaba elegante y majestuosamente por entre las corrientes del aire, moviendo apenas sus poderosas alas doradas.

La vieja águila miraba asombrada hacia arriba. “¿Qué es eso?”, preguntó a una gallina que estaba junto a ella. “Es el águila, el rey de las aves”, respondió la gallina. “Pero no pienses en ello. Tú y yo somos diferentes de ella”.

De manera que el águila no volvió a pensar en ello. Y murió creyendo que era una gallina de corral.

A veces así pasa también con nosotros: tenemos falsas percepciones de lo que somos, creemos ser lo que no somos. A eso le llamamos “creencias”. Y estas “creencias” nacen muchas veces en el seno de nuestras familias, en nuestra niñez, en la escuela... donde muchas veces nos repiten: “eres un tonto”, “no sirves para nada”... Y nosotros nos lo creemos, creemos que somos unos incapaces, unos inútiles, que no valemos. Es como vivir en el corral con las gallinas, cuando en verdad somos unas águilas que podemos emprender altos vuelos.

Vamos ahora a compartir, oralmente, cuáles son las principales creencias que algunos de nosotros tenemos y que no permiten que nuestra autoestima se encuentre bien.

En la familia

En la escuela

En la sociedad

Meditamos el Salmo 139

*“Tú creaste mis entrañas,
me plasmaste en el seno de mi madre:
te doy gracias porque fui formado
de manera tan admirable.*

*¡Qué maravillosas son tus obras!
Tú conocías hasta el fondo de mi alma
y nada de mi ser se te ocultaba,
cuando yo era formado en lo secreto,
cuando era tejido en lo profundo de la tierra.*

*Tus ojos ya veían mis acciones,
todas ellas estaban en tu Libro;
mis días estaban escritos y señalados,
antes que uno solo de ellos existiera.”*

Nuestras mentes no pueden comprender cuán especial es cada alma para Dios. No entendemos la dignidad de ser elegidos por su Bondad para vivir, pensar, conocer, ver y amar.

No somos por casualidad, hemos sido elegidos por Dios para existir. Antes de que el tiempo comenzara, Dios nos escogió a cada uno y esta elección fue deliberada. Dios vio a todos los posibles seres humanos que podría crear a lo largo de la historia del mundo. Sobre los posibles billones de seres humanos que pudieran existir en la mente de Dios, su Ojo se fijó en cada uno de nosotros y entonces se detuvo y dijo: “Tú serás.” Vio a todos los que podrían haber sido y decidió que no serían. Su providencia nos puso en un tiempo y estado de vida que pudiera extraer nuestro mayor potencial.

Nos dio a cada uno talentos especiales, dones y virtudes naturales, destinados todos ellos hacia un conocimiento más profundo de Él mismo. Incluso aquéllos cuyas circunstancias les impiden conocerlo directamente, poseen una convicción profunda de su existencia y providencia.

Nos colocó a cada uno un sistema de radar interno que nos advierte del peligro y nos garantiza intuitivamente su cuidado, para que nunca estemos alejados de Él y no nos privemos del conocimiento de su existencia.

La mano que nos formó a cada uno dejó su impronta en nuestras mentes y almas, porque Él nos hizo a su propia imagen. El alma que Él insufló sobre esta obra de sus manos, nuestro cuerpo, fue grabado con algo de su amor, su poder creativo, su fuerza (Extraído de Mini-Libros de la Madre Angélica-EWTN).

IV. REFLEXIÓN

Leemos el siguiente cuento:

Era una ostra marina. No un caracol. Marina era un bicho de profundidad y, como todas las de su raza, había buscado la roca del fondo para agarrarse firmemente a ella. Una vez que lo consiguió, creyó haber dado con el destino claro que le permitiría vivir sin contratiempos su ser de ostra.

Pero el Señor había puesto su mirada en Marina. Y todo lo que en su vida sucedería, tendría como gran responsable al mismo Señor Dios. Porque el Señor Dios, en su misterioso plan para ella, había decidido que Marina fuera valiosa. Ella simplemente había deseado ser feliz.

Y un día, el Señor Dios colocó en Marina un granito de arena. Literalmente: un granito de arena. Fue durante una tormenta de profundidad, de esas que casi no provocan oleaje de superficie, pero que remueven el fondo de los océanos.

Cuando el granito de arena entró en su existencia, Marina se cerró violentamente. Así lo hacía siempre que algo entraba en su vida. Porque es la manera de alimentarse que tienen las ostras. Todo lo que entra en su vida es atrapado, desintegrado y asimilado. Si esto no es posible, se expulsa hacia el exterior el objeto extraño.

Pero con el granito de arena, la Ostra Marina no pudo hacer lo de siempre. Bien pronto constató que aquello era sumamente doloroso. La hería por dentro. Lejos de desintegrarse, más bien la lastimaba a ella. Quiso entonces expulsar ese cuerpo extraño. Pero no pudo.

Ahí comenzó el drama de Marina. Lo que Dios le había mandado pertenecía a aquellas realidades que no se dejan desintegrar, y que tampoco se pueden suprimir. El granito de arena era indigerible e inexpulsable. Y cuando trató de olvidarlo, tampoco pudo. Porque las realidades dolorosas que Dios envía son imposibles de olvidar. Están siempre presentes.

Frente a esta situación, se hubiera pensado que a Marina no le quedaba más que un camino: luchar contra su dolor, rodeándolo con el pus de su amargura, generando un tumor que terminaría por explotarle envenenando su vida y la de todos los que la rodeaban.

Pero en su vida había una hermosa cualidad. Era capaz de producir sustancias sólidas. Normalmente las ostras dedican esta cualidad a su tarea de fabricarse un caparazón defensivo, rugoso por fuera y terso por dentro. Pero también pueden dedicarla a la

construcción de una perla. Y eso fue lo que realizó Marina. Poco a poco, y con lo mejor de sí misma, fue rodeando el granito de arena del dolor que Dios le había mandado, y a su alrededor fue nucleando una hermosa perla.

Me han comentado que normalmente las ostras no tienen perlas. Que éstas son producidas sólo por aquéllas que se deciden a rodear, con lo mejor de sí mismas, el dolor de un cuerpo extraño que las ha herido.

Muchos años después de la muerte de Marina, unos buzos bajaron hasta el fondo del mar. Cuando la sacaron a la superficie, se encontró en ella la hermosa perla de su vida. Al verla brillar con todos los colores de cielo y del mar, nadie se preguntó si Marina había sido feliz. Simplemente supieron que había sido valiosa.

Preguntas para reflexionar:

- ¿Cuál es la enseñanza que este cuento nos deja?
- ¿Has tenido alguna situación dolorosa en tu vida que te haya sido difícil de asimilar?
- ¿Cuáles son esas “sustancias sólidas” que te permiten construir la perla de tu vida?

V. COMPARTIR

Esas heridas, o situaciones dolorosas que a veces tenemos en nuestra vida, impiden que tengamos una adecuada visión de nosotros mismos. Hacen que nos percibamos como “sucios”, indignos, a veces nos hacen pensar que no nos merecemos el cariño o aprecio de los demás, y hacen que nos encerremos en nosotros mismos.

Vamos ahora a tratar de identificar cuáles pueden ser estos “granitos de arena” que nos están molestando en nuestra vida, cuáles son esas heridas que traemos desde hace algún tiempo y que tal vez nos hacen sentir mal delante de los otros.

Después de identificar la más importante, los jóvenes deben escribirla en un papel sin ponerle nombre. Luego vamos a revolver todos los papeles, cada quien va a tomar uno y la va a leer en voz alta para que así compartamos mutuamente aquellos “granitos de arena” que nos han molestado. Podemos hacer la siguiente pregunta: ¿Qué significó para ti compartir esa experiencia de tu vida que no te ha dejado caminar bien?

Estos “granitos de arena” que hemos compartido hoy en esta comunidad, pueden llegar a convertirse en perlas, podemos sacar mucha riqueza de estas experiencias que en su momento nos han hecho sufrir mucho. ¿Cómo?

- Lo primero es aceptar que esas situaciones están presentes en nuestra vida. No podemos borrarlas o ignorarlas

- Después, hemos de animarnos a compartirlas con aquellas personas a las que les tenemos confianza y que nos pueden ayudar a superarlas. Aunque sea de modo indirecto, esto lo hemos hecho en esta reunión. Esto nos ayuda a no sentirnos “raros”, como si fuéramos los únicos a los que les sucedieran esas cosas. El saber que hay otros que también sufren como yo, me lleva a sentirme acompañado y apoyado por ellos; y también a ayudarlos.

- Descubrir qué elementos positivos me ha dejado esa experiencia en mi vida.

- Todo esto me ayudará a hacer de esta experiencia una hermosa perla, una fuente de riqueza para mí y para los otros, de modo que no se corrompa en mi interior y me amargue la vida, sino que me ayude a ser cada vez más feliz.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

Vamos a concluir nuestra reunión haciendo una plegaria al Señor Jesús, que supo hacer de la experiencia dolorosa de la Cruz una fuente de vida para todos nosotros, pidámosle que haga de nuestras experiencias difíciles, de nuestras cruces, una fuente de salvación y de paz para nosotros y para todos los que nos rodean.

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 2. SOY UNA FUENTE DE VALORES, Y YO SIN ENTERARME

I. OBJETIVO

Que los jóvenes reflexionen y profundicen sobre la vivencia de los valores.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

PLEGARIA DEL RECTO PENSAR (De Trinitate, 15,51)

*Señor, cuando mis labios callan
no guardan silencio mis pensamientos.
Por eso, si sólo pensara en cosas de tu agrado,
no te rogaría me libraras de mis muchas palabras.
Pero son muchos mis pensamientos,
y tú los conoces,
y sabes que son humanos.
Concédeme no consentir en ellos;
haz que pueda rechazarlos cuando siento su caricia,
que nunca me detenga dormido en sus halagos,
que no ejerzan sobre mí su poderío
ni pesen en mis acciones,
que mi conciencia esté al abrigo de su influjo.*

III. DESARROLLO DEL TEMA

Comenzar dialogando sobre las siguientes preguntas:

- ¿Qué son los valores para ti?
- Menciona algunos valores que consideres importantes.
- ¿Por qué son importantes los valores?
- En nuestra sociedad, ¿se aprecia los valores?
- ¿Qué rechazos a los valores encuentras en la sociedad?

Explicamos las siguientes ideas

Un valor es aquello que vale, que tiene cierta importancia para nosotros. Y valores hay de diferentes índoles: económicos, estéticos, sociales, intelectuales, humanos, espirituales, cristianos.

Cuando nos educan, nos proporcionan fundamentalmente tres cosas:

Hábitos: Aquellas cosas que, a fuerza de repetirlas, se nos convierten en costumbre (cepillarnos los dientes, comer educadamente, saludar, hablar correctamente, etc.).

Instrucción: Todo aquello que nos sirve para conocer mejor el mundo, relacionarnos con él y transformarlo (todo lo que recibimos en la escuela).

Valores: Aquellas motivaciones internas que nos hacen actuar de un modo u otro.

Y de todos estos elementos que intervienen en nuestra educación, los valores forman la parte más importante. Son el fundamento de todo lo que hacemos, y marcarán la diferencia en cómo utilizemos lo que aprendemos en la escuela.

Los valores son como el motor de todas nuestras acciones; nosotros nos vamos a mover de acuerdo a lo que sea valioso para nosotros; vamos a establecer qué cosas son

importantes en nuestra vida también de acuerdo a lo que para nosotros sea valioso.

Pero debemos tener cuidado sobre lo que es valioso para nosotros, pues podemos caer en el error de considerar que es valioso lo que en verdad no lo es; o poner en primer lugar un valor que debe estar subordinado a otro. Por ejemplo, cuando ponemos en primer lugar el dinero y no la familia.

Un valor tiene dos características: es universal y eterno. Es decir, un valor no depende de una nacionalidad o cultura, ni pasa de moda. Así, pues, la justicia, la verdad, la honradez, no deben ser diferentes en un país y en otro, ni están sujetos al tiempo.

Los seres humanos ajustamos o cambiamos nuestra escala de valores con base en la influencia de las personas que conocemos, de los libros que leemos, etc. De esta manera, un joven que no conoce a Dios tiene la influencia del mundo, con sus costumbres, sus dioses y sus creencias. Por otro lado, un joven de Iglesia tiene la influencia del Espíritu Santo, es guiado por él y sus decisiones están basadas en los valores que aprende de las Sagradas Escrituras.

Los valores que adquieres en la Iglesia son las guías que norman tu conducta y es como una credencial de presentación con la que te mostrarás delante de Dios y de los hombres. Un joven con valores éticos y religiosos, que se respeta a sí mismo, tiene más probabilidades que los demás lo valoren y lo respeten, y, sobre todo, siempre estará rodeado de bendiciones que lo acompañarán a lo largo de toda su existencia.

IV. REFLEXIÓN

Leer Proverbios 3, 1-35

Hijo mío, no olvides mi enseñanza, y que tu corazón observe mis mandamientos, porque ellos te aportarán largos días, años de vida y prosperidad. Que nunca te abandonen la buena fe y la lealtad: átalas a tu cuello, escríbelas sobre la tabla de tu corazón, y encontrarás favor y aprobación a los ojos de Dios y de los hombres. Confía en el Señor de todo corazón, y no te apoyes en tu propia inteligencia; reconócelo a él en todos sus caminos y él allanará tus senderos.

No seas sabio a tus propios ojos, teme al Señor y apártate del mal: eso será un remedio para tu carne y savia para tus huesos.

Honra al Señor con tus bienes y con las primicias de todas tus ganancias: así tus graneros se llenarán de trigo y tus lagares desbordarán de vino nuevo. No desprecies, hijo mío, la corrección del Señor, ni te disgustes cuando él te reprende, porque el Señor reprende a los que ama como un padre a su hijo muy querido.

¡Feliz el hombre que encontró la sabiduría y el que obtiene la inteligencia, porque ganarla vale más que la plata y ella rinde más que el oro fino!

Es más preciosa que las perlas y nada apetecible se le puede igualar. En su mano derecha hay larga vida, y en su izquierda, riqueza y gloria. Sus caminos son caminos deliciosos y todos sus senderos son apacibles. Es un árbol de vida para los que se aferran a ella y los que la retienen son felices.

Por la sabiduría, el Señor fundó la tierra, por la inteligencia, afianzó los cielos; por su ciencia brotaron los océanos y las nubes destilan el rocío. Conseroa, hijo mío, la prudencia y la reflexión; que ellas no se aparten de tus ojos. Ellas serán vida para tu alma y gracia para tu cuello. Entonces irás seguro por el camino y tu pie no tropezará. Si te acuestas, no temblarás, y una vez acostado, tu sueño será agradable.

No temerás ningún sobresalto ni a los malvados que llegan como una tormenta. Porque el Señor será tu seguridad y preservará tu pie de la trampa.

No niegues un beneficio al que lo necesite, siempre que esté en tus manos hacerlo. No digas a tu prójimo: «Vuelve después, mañana te daré», si tienes con qué ayudarlo.

No trames el mal contra tu prójimo, mientras vive confiado junto a ti.

No litigues con un hombre sin motivo, si no te ha causado ningún mal.

No envidies al hombre violento ni elijas ninguno de sus caminos. Porque el hombre perverso es abominable para el Señor, y él reserva su intimidad para los rectos. La maldición del Señor está en la casa del malvado, pero él bendice la morada de los justos.

El se burla de los insolentes y concede su favor a los humildes. Los sabios heredarán la gloria, pero los necios cargarán con la ignominia.

Reflexionamos con las siguientes preguntas:

¿Qué valores son resaltados en la lectura? ¿Cuáles son las consecuencias de vivir conforme a esos valores?

¿Alguna vez has defraudado tus valores cristianos? ¿Qué harás para mantenerte siempre firme?

V. COMPARTIR

Actividad: “El naufragio”

Dividir al grupo en cuatro equipos. Relatar la siguiente historia, solicitando a los jóvenes que se pongan en esta situación: “Ustedes son un grupo de jóvenes que iban en un barco que naufragó, llegan a una isla desierta y saben que deberán vivir allí por el resto de su vida. Tres jóvenes pertenecen a la Iglesia, uno es de otra religión y otro es ateo (no cree en Dios).”

Solicitar a cada uno de los equipos precise por escrito los valores que regirán en esa nueva sociedad, por ejemplo: valores morales, religiosos, distribución del trabajo, libertad o no de expresión, etc.

Pedir que cada equipo presente sus conclusiones al resto del grupo, y debatir con todo el grupo de jóvenes acerca de los siguientes puntos:

- a) La importancia de los valores en la sociedad y en la Iglesia.
- b) Cuáles son los diferentes tipos de valores que se plantearon.
- c) Maneras en que se oponen los valores personales con los de otras personas.
- d) Cuáles son los valores que se presentan en las sociedades del mundo en el que vivimos, en las que la mayoría de la gente no es como nosotros.
- e) Cuáles son los valores que caracterizan a la Iglesia.
- f) Cuáles serán los valores que predominarán en el Reino de Cristo.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

*Señor, queremos vivir conforme a lo que tú nos enseñas.
Uniendo manos abiertas y esfuerzos mutuos
para construir una vida mejor para todos,
comenzando, como Jesús,
por los más pequeños y los que menos cuentan.
Contagiando la alegría, el humor, la calidez.*

*El sentido de la vida, y la apertura a los demás
en continuo ofrecimiento.
No discriminar, perdonar y pedir perdón.
Ser coherentes entre palabra y acción.
Vivir sin dobleces entre práctica y contemplación.
Ser libres de los poderes, del consumo, de la ambición
y del egoísmo que mata y ayuda a morir.
Ser libre para el otro,
para el que está cerca y el que no conozco,
ser libre para ser solidario, ser libre para crecer en la fe,
ser libre para esperar y construir esperanza
ser libre para liberar, ser libre para amar.*

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 3. EL VALOR DE LA FIDELIDAD

Nota para el acompañante: En reuniones posteriores pueden trabajarse, de la misma manera que la Fidelidad, otros valores que se consideren importantes: Respeto, Paz, Sinceridad, etc.

I. OBJETIVOS

Que los jóvenes comprendan y tomen conciencia del valor de la fidelidad.

Enseñar a los jóvenes a ser fieles en los pequeños acontecimientos de la vida cotidiana.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

“¡Qué hermosa es la fidelidad!, como brilla el oro ante los ojos del cuerpo, así brilla la fidelidad ante los ojos del corazón”

(San Agustín, Sermón 9, 16)

III. DESARROLLO DEL TEMA

“Muy bien, servidor bueno y fiel, ya que respondiste fielmente en lo poco, yo te confiaré mucho más. Ven a compartir la alegría de tu Señor.” (Mt 25, 23)

Quizás la *fidelidad* sea hoy uno de los valores más cuestionados en nuestra sociedad. Para muchos es un bien que ha envejecido con el paso del tiempo y que ya no tiene cabida en estos tiempos modernos. Sin embargo, el Señor en su Palabra nos llama a ser fieles para poder compartir la alegría de su Reino. Será importante, entonces, precisar lo que entendemos por ella.

En la antigüedad se entendía por fidelidad a “la cualidad de la persona que cumple sus obligaciones y realiza sus promesas, para quien la palabra compromete, en quien se puede confiar”. Otros la definen como “el querer permanecer ligado, libre y activamente, a determinados objetos (personas, convicciones, conductas, etc.), a pesar del transcurso del tiempo y de los obstáculos que se presenten.”

Finalmente podemos decir que la fidelidad es “una virtud del amor”: es fiel de verdad el que ama de verdad. Y es esto lo que queremos vivir y anunciar, la fidelidad en todos los campos, medios, ambientes, en todas las situaciones y condiciones. “Tú eres justo, Señor, y todas tus obras son justas. Todos tus caminos son fidelidad y verdad, y eres tú el que juzgas al mundo” (Tobías 3, 2).

IV. REFLEXIÓN

Se invita a descubrir lo que la Palabra de Dios nos dice sobre la fidelidad, para lo cual tomaremos tres textos del Nuevo Testamento. En tres grupos tomarán uno de los textos y contestarán a la pregunta:

¿Qué es la fidelidad según el texto?

Mt 25, 1-13: “Parábola de las diez jóvenes”

Mt 25, 14-30: “Parábola de los talentos”

Mt 25, 31-46: “El juicio final”

Luego, en forma personal y a la luz de la Palabra que reflexionaron en el grupo, intentarán completar la siguiente ficha:

SOY FIEL:

En mi relación con Dios cuando...

En mi relación con los demás cuando...

En mi relación con mi familia cuando...

En mi relación con mis amigos cuando...

En relación a mí mismo cuando...

V. COMPARTIR

Desde lo que hemos trabajado, echaremos una mirada a la sociedad en que vivimos. Nos reuniremos en grupos que analizarán distintos ámbitos sociales: área cultural, área política, área deportiva, área religiosa

En las distintas áreas asignadas buscarán personas de nuestra actualidad que consideren que sean realmente fieles a su vocación, a sus principios y valores, a una conducta de vida honesta.

Cada grupo contará con el siguiente cuadro:

Personaje Elejido	En qué se observa su felicidad	Qué obstáculos ha superado	Qué otros valores sustentan su felicidad

Compartimos cada cuadro con el resto de la comunidad.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

VIVIR EN LA FIDELIDAD

*Jesús, maestro bueno,
queremos seguir tus pasos.
Danos tu Espíritu, para aprender a vivir en la fidelidad.
Danos tu Espíritu, Jesús,
para contagiarnos la fe de nuestros padres,
para reconocer tu compañía en el camino,
para aprender a vivir en la fidelidad.
Enséñanos a ser fieles, a dar la vida por tu causa,
a comprometer nuestra existencia
en la búsqueda y en la construcción
de un mundo mejor para todos.
Te ofrecemos nuestras manos para que rompas
las cadenas de la injusticia y de la exclusión.
Danos tu Espíritu, Jesús, para conocer tu rostro,*

*para descubrir tu Proyecto, para adherirnos a tu Causa,
para comprometernos por el Reino,
para ser fieles a tu llamado, a tus palabras,
y a tu reclamo por la vida de todos.
Enséñanos a alzar la voz para denunciar lo que mata la vida
y atenta contra la fraternidad, la justicia y la paz.
Danos un corazón libre, que sólo sepa de las fidelidades a tu Palabra,
que permanezca firme en la fe, y no se acomode callando la verdad.
Danos fuerzas para el duro camino de la fidelidad a la Buena Noticia.
Enséñanos a poner la seguridad en ti, y sólo en ti y en tu Proyecto.
Danos voz firme para anunciar tierra y cielo nuevos
que estamos llamados a construir para ser fieles a ti, Señor.
María, Maestra de la fidelidad, Madre de los discípulos,
guíanos en el camino del seguimiento de Jesús.
Muéstranos el camino de la fidelidad,
que parte del asombro ante la gratuidad de tu amor
y que crece y se concreta en la entrega generosa,
alegre y confiada en tus manos.
Danos tu Espíritu, Jesús, para vivir en la fidelidad de María,
para crecer en la fe y la esperanza,
para vivir en la entrega,
para construir el amor.*

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 4. *DIALOGAMOS PARA CRECER*

I. OBJETIVO

Que los adolescentes comprendan el significado de dialogar y cómo lo puede aplicar en las distintas áreas de su vida y con las personas que lo rodean (papás, hermanos, familiares, amigos, maestros, etc.).

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

*Señor y Dios nuestro, nuestra única esperanza,
no permitas que dejemos de buscarte por cansancio,
sino que te busquemos siempre con renovada ilusión.
Tú, que hiciste que te encontráramos
y nos inculcaste ese afán por sumergidos más y más en ti,
danos fuerza para continuar en ello.
Mira que ante ti están nuestras fuerzas y nuestra debilidad.
Conseroa aquellas, cura ésta.
Mira que ante ti están nuestros conocimientos y nuestra ignorancia.
Allí donde nos abriste, acógenos cuando entremos.
Y allí donde nos cerraste, ábrenos cuando llamemos.
Haz que nos acordemos de ti, que te comprendamos, que te amemos.
Acrecienta en nosotros estos dones
hasta que nos transformemos completamente en nuevas criaturas.*

(San Agustín)

III. DESARROLLO DEL TEMA

¿Qué es dialogar?

El diálogo es el arte de comunicarnos con las personas, diciendo lo que sentimos y pensamos. En cualquier situación de nuestra vida es necesario dialogar, porque es parte de comunicarnos. Dios no nos dejó solos en el mundo para aislarnos; Él quiso que estuviéramos acompañados, por eso creó al hombre y la mujer (Génesis 2:19-24).

Es parte de la vida comunicarnos, y parte de la comunicación es el diálogo, siendo éste lo que constituye las relaciones humanas. Una de las principales causas de destrucción de las relaciones humanas es la falta de diálogo.

Hay que diferenciar entre conversar y dialogar. Conversar es algo amistoso donde se comparten experiencias simplemente por compartir. Dialogar se basa no en discutir, sino en llegar pacíficamente a un acuerdo.

Dentro del diálogo es importante tener la convicción de que todos tienen algo que aportar, porque poseen otra experiencia de la vida, porque miran desde otro punto de vista.

¿Cómo dialogar?

Es necesario hacer silencio interior para escuchar a los demás sin ruidos en el corazón o en la mente. Así podremos tener amplitud mental para no cerrarse en unas pocas ideas, y flexibilidad para poder modificar o completar las propias opiniones. De mi pensamiento

y del pensamiento del otro puede surgir una nueva idea que favorezca a las personas que están involucradas en el diálogo. Se basa en exponer de forma respetuosa y ordenada tus puntos de vista, la otra persona expone los suyos y ambos llegan a un acuerdo.

La práctica del diálogo es un ejercicio de amor y apertura. Al atrevernos a dialogar terminaremos contagiando a los demás con este estilo de convivencia y ayudaremos a crear una sociedad mejor. La ventaja del diálogo es que evita fricciones, separaciones, murmuraciones, miedos, prejuicios, amarguras, desconfianzas y violencias.

Jesús es nuestro principal ejemplo de diálogo, siempre dialogaba con sus discípulos, apóstoles y hasta con las personas que lo perseguían.

Dinámica

El charlista deberá hacer un listado de temas actuales y de controversia para los adolescentes. Los temas se escribirán en papelitos y se deberán colocar en una canasta.

Se dividirá a los adolescentes en grupos y cada grupo tendrá que tomar un papelito de la canasta, y deberán dar sus opiniones sobre el tema con el fin de generar un diálogo entre todos. Deberán llegar a una conclusión del tema.

A través de esta dinámica se podrá poner en práctica el diálogo, ya que no todas las personas del grupo pensarán igual y también podrán llegar a una conclusión en común.

IV. REFLEXIÓN

Personalmente cada uno responde a las siguientes preguntas:

¿Cuál crees que es la importancia de dialogar y cuál es el fin de hacerlo?

¿Con quiénes se te dificulta más dialogar?

¿Crees que dialogar con tus padres o amigos evitaría discusiones o malos entendidos con las personas que te rodean?

¿Cómo puedo incorporar más el diálogo en mi vida?

¿Cuáles crees que son las ventajas que tendría aplicar el diálogo en tus relaciones con familiares, amigos, pareja, maestros, etc.?

V. COMPARTIR

Después de reflexionar individualmente sobre las preguntas anteriores, compartimos entre todos lo que hemos reflexionado.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

“Aprueba a los buenos, tolera a los malos, y ámalos a todos” (San Agustín)

*Señor, gracias por enseñarme a dialogar.
Te pedimos con todo el corazón que nos permitas
adaptar el diálogo como parte de nuestra vida,
no sólo contigo sino con todos los que nos rodean.
Sabemos que al hacer esto
tendremos mayor tolerancia hacia los demás,
estaremos amando como Tú
y podremos tener un mundo mejor,
tal como Tú siempre has querido.*

Padrenuestro, Ave María y Gloria.
V/. Un solo corazón
R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 5. ¿CON QUIÉNES DIALOGAR?

I. OBJETIVO

Que los adolescentes identifiquen las personas con las que pueden dialogar y que comprenda la importancia de dialogar con cada persona.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

“Da lo que tienes para que merezcas recibir lo que te falta” (San Agustín).
Agradecemos, Señor, que nos hayas puesto en esta Comunidad en la que crecemos cada día más en sabiduría y amor. Ponemos en tus manos nuestro trabajo y esfuerzo por ser más santos cada día, y te pedimos que nos des las fuerzas que nos faltan para perseverar en esa misma santidad. Abre nuestros oídos y despierta nuestras mentes; que nuestra alma esté dispuesta a recibir, y que nuestros corazones estén dispuestos a dar. Queremos recibir de Ti eso que nos hace falta, para que podamos ser tan santos como nuestra Madre María. Amén.

III. DESARROLLO DEL TEMA

Dialogar nos ayuda a comprender más nuestra realidad, a encontrar la solución a un problema, a compartir alegrías, o simplemente a sentirnos acompañados. Las personas con las que dialogamos nos dan sus opiniones, que nos pueden servir para tomar decisiones. Nadie puede tomar decisiones por nosotros, pero las opiniones y consejos nos orientan a tomar mejores decisiones.

Diálogo con Dios

Dialogar con Dios es a lo que le llamamos “oración”. Pero a Dios no le escuchamos como oímos los sonidos, ni como escuchamos las palabras de un amigo en una conversación, aunque Dios siempre nos contesta. Puede ser en el silencio, a través de su Palabra, la Sagrada Eucaristía, las creaturas, la historia, los símbolos e imágenes, etc. San Agustín decía: “Tu oración es un diálogo con Dios. Cuando lees, te habla Dios; cuando oras, hablas tú a Dios”. De diversas maneras descubrimos su presencia y escuchamos su voluntad. Alcanzamos lo invisible mediante lo visible. Hay que estar atentos. El diálogo con Dios es el que más puede enriquecer nuestra vida y el que nunca deberíamos olvidar.

Diálogo con un director espiritual

El director espiritual es una persona que ayuda a discernir la voluntad de Dios en la vida de una persona y a que ésta se mantenga en el camino de la santidad. Si yo tengo problemas con los tomacorrientes, o si quiero mejorar el sistema eléctrico de mi casa, lo más seguro es que acuda a un experto en sistemas eléctricos, a un electricista. De manera similar sucede con la vida espiritual. Si tengo problemas espirituales, quiero mejorar mi vida espiritual o quiero acercarme más a la santidad, lo mejor es acudir a una persona especializada en espiritualidad, un sacerdote, una religiosa, o una persona calificada por educación, experiencia o santidad.

El diálogo con un director espiritual debe ser periódico, motivador, exigente y que oriente a la persona hacia la santidad, y nosotros debemos ser sinceros y estar siempre dispuestos a acoger, escuchar y comprender.

Diálogo conmigo mismo

El hombre no sólo habla con los demás, sino también con él mismo. Por lo general nos mantenemos en constante conversación con nosotros mismos en nuestro propio interior. Es un diálogo que comienza de forma espontánea por cosas que vivimos o reflexionamos. Este tipo de diálogo influencia mucho a la persona y a su vida. Si alguien se encuentra bien en su interior, este diálogo va a ser constructivo, tranquilo y fructífero, pero si alguien no tiene un interior saludable, puede ser muy dañino para la persona y su vida. Todo diálogo interior bien hecho debería llevar al mejoramiento de una persona o a la solución de algún problema personal.

Diálogo con los otros

Es importante tomar en cuenta que las personas son muy diferentes a nosotros. Para tener un mejor diálogo con otra persona es importante conocerla a ella y su contexto. Esto nos puede evitar malentendidos y molestias, y puede hacer que podamos sacar lo mejor de cada diálogo. Por ejemplo, si tenemos problemas con una computadora, no le podemos pedir a cualquier persona ayuda, porque si no son técnicos de computadoras o no tienen suficiente experiencia o estudio al respecto, puede que en lugar de ayudarnos empeoren la computadora. Es importante que encontremos en cada persona con la que dialoguemos su importancia para nuestra vida.

El diálogo con otros nos puede llevar a dialogar con nosotros mismos y luego a dialogar con Dios. Dios es la persona que más nos conoce y nos puede orientar. Hay veces que Dios se sirve de otras personas para hablarnos, o que despierta inquietudes y diálogos dentro de nosotros mismos para orientarnos por el camino que Él sabe que nos conviene. Tenemos que estar atentos a su Palabra y a su Espíritu Santo.

Dinámica

Los adolescentes leen una noticia del periódico en la que se toque una problemática importante para el país o la comunidad. Luego la discuten en grupos de 5 a 6 personas. Luego se pueden hacer preguntas dirigidas para que cada adolescente pueda interiorizar con respecto al tema. Se eleva una oración a Dios y se lee un versículo de la Biblia que vaya de acuerdo con la problemática que toca la noticia. En la dinámica los adolescentes deben tener espacio para dialogar con los demás, con ellos mismos y con Dios. Al terminar el ejercicio es importante recalcar las ventajas de cada tipo de diálogo.

IV. REFLEXIÓN

Individualmente reflexionamos respondiendo las siguientes preguntas:

¿Con qué personas dialogas más en tu vida?

¿Qué tipo de cosas sueles dialogar con estas personas?

¿Dialogas de igual manera con Dios?

¿Alguna vez Dios se ha comunicado contigo a través de otras personas?

Cuando dialogas contigo mismo, ¿suele ser una interiorización constructiva o destructiva?

¿Cómo lograr que el diálogo contigo mismo te lleve a cosas buenas?

¿Conoces a alguna persona con la que puedas dialogar y que ese diálogo puede acercarte cada vez más a la santidad?

V. COMPARTIR

Ponemos en común las reflexiones que hemos hecho sobre las anteriores preguntas.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

*Concédeme conocerme a mí mismo
y conocerte a ti, Señor Jesús;
olvidarme a mí mismo y amarte a ti.
Que no piense sino en ti.
Que sepa mortificarme y vivir en ti.
Que todo cuanto me suceda lo reciba como tuyo.
Que siempre escoja ir detrás de ti.
Que aprenda a huirme a mí mismo
y a refugiarme junto a ti,
para que sea defendido por ti.
Que nada me atraiga sino tú.
Y que me haga pobre por ti.
Mírame para que yo te ame.
Llámame para que yo te vea,
para que por toda la eternidad goce de ti...*

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 6. LA ORACIÓN COMO DIÁLOGO CON DIOS

I. OBJETIVOS

Que los adolescentes comprendan la importancia de la oración.

Que puedan utilizar la oración como un diálogo con Jesús día a día.

Que sepan que el corazón y el anhelo de tener un encuentro con Jesús es la base firme de una relación con Cristo y vida de oración.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

¿Cómo puedo invocarte, Señor y Dios mío, cuando al invocarte te estoy invitando a venir a mí? ¿Acaso hay dentro de mí un lugar en el que tú puedas acampar? Tú, que eres el autor del cielo y de la tierra, ¿puedes encontrar dentro de mí un rincón suficientemente espacioso para tu morada? Pero, ¿es que puedes alojarte en el cielo y la tierra que tú creaste?

Es cierto que tú resides en todos los seres, por el hecho de que sin ti nada existiría; ni siquiera yo mismo. Entonces, ¿por qué te pido que vengas a mí? Porque ¡nada sería, Dios mío, nada sería yo en absoluto, si tú no moraras dentro de mí! O si quieres mejor, porque ¡nada sería, si no estuviera en ti, de quien, por quien y en quien son todas las cosas! Así es, Señor, así es.

San Agustín (Confesiones 1, 2, 2)

Ayúdame, Señor, a buscarte cada día, a entregarte lo que tengo y a vivir como a ti te agrada. En este día, vengo sediento de ti, deseo encontrarme contigo aunque no siempre sé dónde buscarte. Enséñame a vivir junto a ti, a necesitar de ti y a querer cada día más de ti. Te entrego mi corazón sincero que te anhela y mi mirada que te busca sin cesar. Amén.

III. DESARROLLO DEL TEMA

La oración es la vida del corazón nuevo, es la gran puerta de entrada en la fe. Quien ora, ya no vive por sí mismo; sabe que puede contar con Dios, confiar en Dios, unirse a Él y prepararse para el encuentro cara a cara con Cristo. La oración debe ser parte de un diario vivir. Si queremos aprender a orar, debemos orar para aprender.

Oramos porque Dios nos ha hecho para estar con Él. “Nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti” (San Agustín). La oración es hablar con Dios, es la vida misma del cristiano. Es importante mantener un diálogo con Jesús durante el día; y aunque no se puede orar en todo tiempo, es necesario entonces buscar momentos profundos de oración (Salmo 119, 164.)

Orar hace posible resistir a las tentaciones, orar fortalece nuestras debilidades, orar nos da valentía, orar capacita para soportar momentos difíciles, orar purifica, al orar sacamos lo más noble de nosotros mismos para ponerlo frente a Jesús.

Jesús, ejemplo de oración

El mismo Jesús, al hacerse hombre, aprendió a orar en su familia y en la sinagoga. La vida de Jesús era toda una oración. En momentos de dificultad (las tentaciones en el desierto, el huerto de Getsemaní, la muerte en la cruz) su oración fue intensa. En ocasiones

oraba solo, otras veces con sus apóstoles e incluso oraba por otros.

Existen cinco tipos principales de oración: adoración, bendición, petición, intercesión y acción de gracias (Catecismo de la Iglesia Católica 2626-2643).

El Espíritu Santo es maestro y guía en la oración, ayuda a nuestro espíritu a orar (Rom 8,26). Por eso debemos repetir continuamente “Ven, Espíritu Santo, ven y ayúdame a orar”.

Dinámica

Se forman grupos de 5 personas. Se reparten papelitos a cada participante, en los que se escribirá posteriormente una postura de oración: 1) De pie, 2) Sentado, 3) De rodillas, 4) Postrándose, 5) Juntando las manos.

A cada participante le tocará una postura distinta en la oración, con la cual deberá elevar una plegaria de manera que en cada grupo pueda aprender las diferentes posturas con las que podemos hacer oración ante Dios.

Se les dará de 10 a 15 minutos aproximadamente, invitándoles a un ambiente de libertad y encuentro con Jesús, con música de alabanza instrumental. La oración es personal y en silencio.

IV. REFLEXIÓN

Individualmente reflexionamos sobre las siguientes preguntas:

¿Qué entendí por oración?

¿Cuándo y dónde se puede orar?

¿Cuáles son los 5 tipos de oración?

¿Cuáles son las 5 posturas corporales para orar?

¿Cómo será mi oración de ahora en adelante?

V. COMPARTIR

Ponemos en común lo que hemos reflexionado sobre las preguntas.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

Señor, ahora comprendo que nada soy sin ti. Quiero que mores en mí, quiero que vivas en mi corazón y que tu presencia se refleje a los demás. Entra en mi humilde corazón y haz de él tu dulce hogar; quiero recibirte, adorarte y amarte cada día. Quiero Señor, dialogar contigo siempre; háblame que estoy dispuesto a escuchar y a responder tu llamado. Amén.

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 7. *DIÁLOGO CONMIGO MISMO. INTERIORIDAD Y AUTOCONCIENCIA*

I. OBJETIVOS

Que los adolescentes comprendan la importancia de ser conscientes de sus emociones, pensamientos y acciones.

Que descubran la importancia de conocerse a profundidad y reflexionar sobre uno mismo para tener una mejor convivencia en comunidad.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! El caso es que tú estabas dentro de mí y yo fuera. Y fuera te andaba buscando y, como un engendro de fealdad, me abalanzaba sobre la belleza de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me tenían prisionero lejos aquellas cosas que, si no existieran en ti, serían algo inexistente. Me llamaste, me gritaste, y desfondaste mi sordera. Relampagueaste, resplandeciste, y tu resplandor disipó mi ceguera. Exhalaste tus perfumes, respiré hondo, y suspiro por ti. Te he paladeado, y me muero de hambre y de sed. Me has tocado, y ardo en deseos de tu paz.

(Confesiones 10, 27, 38)

III. DESARROLLO DEL TEMA

Somos seres sociales que convivimos a diario con los demás y necesitamos de ellos. La mayor parte de nuestra vida está ligada a alguien más, y la felicidad la encontramos muchas veces en compartir con los demás. Además, gran parte de nuestro bienestar depende de la calidad de las relaciones humanas que mantengamos, por ejemplo con la familia, en el trabajo, con los amigos.

No obstante, aunque seamos seres sociales, también tenemos relación con nosotros mismos, mantenemos frecuentemente conversaciones con nuestra propia interioridad. Estas conversaciones son diálogos que se dan de forma espontánea en respuesta a vivencias o reflexiones personales. Estos diálogos son sanos y necesarios en la vida.

Una de las características que nos distingue a los humanos del resto de los seres vivos, es nuestra capacidad de tener conciencia de quiénes somos, de reconocer lo que ocurre en nuestro interior y de poder expresarlo. Sin embargo, de esto no se tiene conciencia ni se sabe al nacer, sino que nos enfrentamos a situaciones que logran madurar nuestro ser conforme crecemos.

La autoconciencia es una función compleja que lleva a cabo el individuo para conocerse a sí mismo, respecto a sus pensamientos, deseos, sentimientos o emociones, valoraciones, intenciones y acciones. Si una persona tiene poco conocimiento de sí misma, ignorará sus propias debilidades y carecerá de la seguridad que brinda el tener una evaluación correcta de las propias fuerzas. Las personas que tienen autoconciencia también pueden ser capaces de motivar a los demás, de comprometerse y confiar en quienes desarrollan una tarea con ellos.

La máxima filosófica de Sócrates: “conócete a ti mismo”, es un proceso necesario para ejercitar la interioridad, la autoconciencia, y tener una actitud constante que implique el deseo de quererse conocer a sí mismo para poder ejercer control sobre nuestros sentimientos, deseos y emociones.

El diálogo interior puede ser estéril o fecundo, destructivo o constructivo, obsesivo o sereno. Si uno tiene un mundo interior sano y bien cultivado, ese diálogo será alumbrador, porque proporcionará luz para interpretar la realidad y será ocasión de consideraciones muy valiosas. Si una persona, por el contrario, posee un mundo interior oscuro y empobrecido, el diálogo que establecerá consigo mismo se convertirá, con frecuencia, en una obsesiva repetición de problemas, referidos a pequeñas incidencias perturbadoras de la vida cotidiana.

La relación con uno mismo mejora en la medida que la persona va madurando. Las valoraciones que vamos alcanzando conforme vamos madurando, suelen ser valoraciones realistas y no ingenuas. El diálogo interior es un motor que debemos ejercitar para llevar a cabo cualquier proyecto y relacionarnos con los demás. El diálogo implica serenidad, ser objetivos y tener confianza en sí mismo.

En las personas inmaduras, en cambio, ese diálogo interior de que hablamos suele convertirse en una fuente de problemas: al no valorar las cosas en su justa medida, a él mismo, a los demás, a toda la realidad que le rodea, con frecuencia sus pensamientos le crean falsas expectativas que, al no cumplirse, provocan conflictos interiores y dificultades de relación con los demás. La importancia de esto está en que las personas pertenecemos a una comunidad, y que esta autoconciencia sirve para sostener una mejor convivencia social.

Una persona madura y equilibrada tiende a mirar siempre con afecto la propia vida y la de los otros. Contempla toda la realidad que le rodea con deseo de enriquecimiento interior, porque quien ve con cariño descubre siempre algo bueno en el objeto de su visión. El hombre que enriquece su interior de esa manera, enriquece su amor y su conocimiento, se hace más optimista, más alegre, más humano, más cercano a la realidad, tanto a la de los hombres como a la de las cosas.

Dinámica: Ejercicio de interioridad

Poner música tranquila de fondo, pedirles que cierren sus ojos y que poco a poco entren en su interior. Dirigir el ejercicio tomando conciencia de su cuerpo, tratando de ir relajándolo poco a poco. Inducir a que aquieten su interior, fijando su atención solamente en lo que sienten y escuchan en su interior.

Se les pide que respiren profundo y que le presten atención a su respiración. Luego, se dirige una oración pidiendo al Señor que les muestre qué hay dentro de ellos. Que puedan sentir a Dios que habita en lo más profundo de nosotros. Se sigue dirigiendo la oración, entregándonos a Dios, abandonándonos en Él. Se van preguntando: ¿Qué hay dentro de mí? ¿Quién soy? ¿Quién podrá separarme de tan grande Amor que hay dentro de mí?

Poco a poco van abriendo los ojos y comparten la experiencia.

IV. REFLEXIÓN

Individualmente reflexionan sobre las siguientes preguntas:
¿Qué entendemos por diálogo interior?

¿Qué entendemos por autoconciencia?
¿Cómo propicio un ambiente apto para dialogar conmigo mismo?
¿Es estéril o fecundo? ¿Me ayuda a conocerme a mí mismo?
¿Cómo está nuestra vida interior?
¿Qué beneficios puede traerme un buen diálogo interior?
¿Cómo están mis relaciones con los demás? ¿Reflejan mi interioridad?
¿Cómo puede el diálogo interior ayudarme a relacionarme con el mundo?

V. COMPARTIR

Ponemos en común lo que hemos reflexionado sobre las preguntas.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

“Conocerse de verdad a uno mismo no es otra cosa que oír de Dios lo que Él piensa de nosotros” (San Agustín)

Señor, te damos gracias por la capacidad que nos das de poder conocernos profundamente para poder mejorar día a día. Gracias porque el diálogo interior no es otra cosa sino oírte a ti dentro de mí. Señor, permíteme ser como el mar en calma que refleja la luz del sol. Ayúdame a tener serenidad para que tu luz se refleje en mí y hacia los demás. Dame la sabiduría y el valor para ser consciente de todas las cosas que debo cambiar para acercarme más a ti. Amén.

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 8. EL DIÁLOGO CON LOS OTROS

I. OBJETIVO

Que los adolescentes interioricen en su identidad personal, para que al momento de dialogar con su prójimo pueda expresar adecuadamente sus ideas, partiendo de su fe, con sencillez, claridad y apertura a escuchar al otro, para que haya empatía y un diálogo eficaz.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

Bienaventurado el que te ama a ti, Señor, y al amigo en ti, y al enemigo por ti, porque únicamente no podrá perder al amigo quien tiene a todos por amigos en aquel que no puede perderse. Y, ¿quién es éste sino nuestro Dios, el Dios que “ha hecho el cielo y la tierra”? Nadie, Señor, te pierde, sino el que te deja
(Confesiones 4,9,14).

III. DESARROLLO DEL TEMA

Somos seres sociales por naturaleza, convivimos con otros individuos constantemente y cada uno es individual, único e irrepetible, pero todos hechos a imagen y semejanza de Dios. Por lo que nuestras habilidades sociales, aunque también son dadas por naturaleza, sin embargo deben de fomentarse y practicarse para perfeccionarse.

Una de estas habilidades sociales que nos permiten convivir con el prójimo es el diálogo ¿De dónde debemos partir para dialogar con las otras personas? Se debe partir de nuestra identidad propia, en este caso la identidad cristiana. Si no tenemos una identidad clara, difícilmente podremos expresar opiniones, ideas, creencias, entre otros. Si la identidad es débil, defender lo que creemos y lo que nos conmueve resultaría difícil. No podemos iniciar un diálogo con una mente nublada, debemos tener una idea inicial en mente para empezar un diálogo. Por otro lado, debemos tener un diálogo auténtico, para ser capaces de tener la mente y el corazón abiertos a las personas con quienes hablamos. Es decir, que tanto la identidad como la empatía con el otro, son el punto de partida para un buen diálogo.

Para iniciar un diálogo es importante conocernos a nosotros mismos, lo que Dios ha hecho por nosotros y lo que espera de cada uno. Si no queremos ser solitarios en el mundo debemos tener apertura y respeto a escuchar a los demás, sin miedo, ya que si tenemos una identidad bien cimentada esa permanecerá. No siempre es fácil asumir y expresar nuestra identidad; el mundo y nuestros pecados nos llevan, según dice el Papa Francisco, a tres tentaciones del camino del diálogo:

1) El *relativismo* que oculta la verdad, es decir, negar que existe una verdad, todo es opinable. Esto puede alterar la propia identidad, al olvidarse de que, aunque algunas cosas cambien, hay otras que permanecen desde la eternidad y se fundamentan en Cristo.

2) La *superficialidad*, con esto la práctica de virtudes se vuelve formalista y el diálogo sufre como consecuencia de estar en constante negación, o estar de acuerdo en las cosas que no se está de acuerdo.

3) *Seguridad*, que se esconde a respuestas fáciles, la fe no está centrada en sí misma sino tiende a salir fuera, dar testimonio, coherencia en lo que se cree y se hace, no hipocresía.

Es de la fe en Cristo, la realidad profunda, de donde nace nuestro diálogo, y ella es la que se debe compartir en la vida cotidiana con los que nos rodean, con claridad, sin fingimientos, con honestidad y sencillez.

El auténtico diálogo requiere de empatía con el otro, escuchando al otro, viéndolo como un hermano, escuchando lo que su corazón quiere decir, ver sus obras. Requiere de un espíritu contemplativo de apertura y acogida al otro.

“La fe viva en Cristo constituye nuestra identidad más profunda” (Papa Francisco)

Dinámica

La idea es que los adolescentes analicen su identidad, respondiendo preguntas uno a otro en pareja, y así sabrán si su identidad está clara, distorsionada o necesita interiorizarse más. Algunas de las preguntas: ¿En qué crees? ¿Con qué te identificas? ¿Qué valor mueve tu vida? ¿Cómo lo pones en práctica?

IV. REFLEXIÓN

Individualmente reflexionamos respondiendo las siguientes preguntas:

¿Quién eres?

¿Cómo se camina con los otros en la vida?

¿En qué creo?

¿Reflejo en mis actos coherencia entre lo que pienso y hago?

¿Cómo puedo mejorar mi diálogo con el otro?

V. COMPARTIR

Compartimos en común lo que hemos reflexionado sobre las preguntas.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

Un grupo de cristianos es un grupo de personas que rezan juntas, pero que también hablan juntas. Ríen en común e intercambian favores; están bromeando juntas y juntas están en serio; están a veces en desacuerdo, pero sin animosidad, como se está a veces con uno mismo; utilizando ese raro desacuerdo para reforzar siempre el acuerdo habitual o lo enseñan unos a otros. Echan de menos, con pena, a los ausentes. Acogen con alegría a los que llegan. Hacen manifestaciones de éste u otro tipo, chispas del corazón de los que se aman, expresadas en el rostro, en la lengua, en los ojos, en mil gestos de ternura; y cocinan juntos los alimentos del hogar, en donde las almas se unen en conjunto y donde varios, al fin, no son más que uno. Amén.

(Confesiones 4,8,13)

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 9. DIÁLOGO EN FAMILIA

I. OBJETIVO

Que los adolescentes comprendan la importancia de la familia, lo vital que es tener un buen diálogo entre familia.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

Jesús, te entregamos hoy nuestros corazones y nuestras mentes. Ayúdanos a entender mejor a nuestras familias, a cultivar en ellas el diálogo, y a orar por ellas tal y como Santa Mónica nos enseñó. Amén

III. DESARROLLO DEL TEMA

La familia, son las personas que Dios escogió para que convivamos con ellas todos los días. Cada una de estas personas tiene su rol y cada una es importante. Sabemos cuales son: el papá, la mamá, los hijos (y hermanos). Nosotros no la escogimos, pero Dios sabe por qué escogió a nuestros padres y hermanos para estar con nosotros, y a nosotros con ellos.

Los papás nos aman con todo su corazón. Ellos se han sacrificado en muchas cosas por nosotros. Nos han dado la vida y nos han cuidado. Hay que agradecer por lo que hacen día a día por nosotros: ir a trabajar, alimentarnos cada día, darnos una buena educación, etc.

Ellos llevan mucho tiempo más de vida que nosotros, y eso tiene sus ventajas. Ellos pueden ayudarnos y aconsejarnos sobre situaciones que tengamos, que a veces nos es difícil resolver. Aunque nosotros a veces no queramos escucharlos, porque no queremos que nos digan qué hacer, hay que saber escucharlos.

Nuestros hermanos pueden ser más grandes o más pequeños. Los grandes son nuestros amigos que también nos ayudan, que nos molestan, que podemos contarles lo que estamos viviendo, sea bueno o malo. Tal vez no podrán tener toda la experiencia del caso, pero están para escucharnos y para animarnos. Los hermanos pequeños nos ven como un ejemplo a seguir, nos buscan porque somos grandes y porque son felices con nosotros, buscan ayuda como nosotros la hemos buscado en nuestro hermano mayor.

La familia está formada por personas, y las personas no somos perfectas. Eso significa que cometemos errores, nosotros como hijos y también nuestros papás. Pero por haber cometido un error no significa que no nos querremos.

El dialogar en familia permite que tengamos una familia más unida. Esto se logra cuando uno se comunica con los hermanos y papás, lo que pensamos y sentimos, y que ellos también lo puedan hacer con nosotros. Por lo que tenemos que aprender a escuchar, así como queremos ser escuchados.

Cuando uno tiene alguna alegría se lo menciona a sus papas y/o a sus hermanos para que se alegren con uno. También cuando uno tiene una situación difícil puede ir a pedir un consejo o una opinión para sentirse más tranquilo. Cuando uno tiene un problema con alguien de la familia es bueno dialogarlo, entender qué paso según las dos personas y poder resolver conflictos.

También existen problemas familiares, como enfermedades, pérdidas, situaciones económicas, y el diálogo permite que todos podamos expresar nuestros sentimientos y que todos nos demos apoyo y ánimos.

En la actualidad, todo nos quita el tiempo: las redes sociales, las series de televisión, los videojuegos, la música, etc. Esto nos distrae y permite que no tengamos buenas conversaciones con nuestros papás o hermanos, lo cual puede afectar nuestras relaciones, y lo que queremos es mejorar. Pero para mejorar nuestras relaciones debemos dialogar con la familia. El diálogo en familia es un desafío y una hermosa tarea que debemos asumir.

Dinámica

Se les dará una hoja en blanco para que escriban una carta a su familia en acto de agradecimiento por lo que ellos quieran. Se las leerá cuando lleguen a sus casas. Al ser de agradecimiento les será más fácil leérselas a su familia y fomentará el diálogo posterior con sus papás y hermanos.

IV. REFLEXIÓN

Cada uno reflexiona sobre las siguientes preguntas:

¿Qué pueden hacer ustedes para dialogar más con sus papás y hermanos?

¿Qué aspectos positivos tiene dialogar sobre los momentos felices y los momentos duros con su familia?

¿Debemos dialogar solamente en momentos difíciles?

¿Qué momentos del día pueden servir para dialogar toda la familia?

V. COMPARTIR

Compartimos en común lo que hemos reflexionado sobre las preguntas.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

*Padre Celestial, nos has dado un modelo de vida
en la Sagrada Familia de Nazaret.
Ayúdanos, Padre amado,
a hacer de nuestra familia otro Nazaret,
donde reine el amor, la paz y la alegría.
Que sea profundamente contemplativa,
intensamente eucarística y vibrante con alegría.
Ayúdanos a permanecer unidos por la oración en familia
en los momentos de gozo y de dolor.
Enséñanos a ver a Jesucristo
en los miembros de nuestra familia,
especialmente en los momentos de angustia.
Haz que el corazón de Jesús haga nuestros corazones
mansos y humildes como el suyo,
y ayúdanos a sobrellevar las obligaciones familiares
de una manera santa.
Haz que nos amemos más y más unos a otros cada día,*

*como Dios nos ama a cada uno de nosotros;
que nos perdonemos mutuamente nuestras faltas,
como Tú perdonas nuestros pecados.
Ayúdanos, oh Padre amado,
a recibir todo lo que nos das
y a dar todo lo que quieres recibir, con una gran sonrisa.
Inmaculado Corazón de María,
causa de nuestra alegría, ruega por nosotros.
Santos Ángeles de la Guarda,
permanezcan a nuestro lado, guíennos y protéjannos. Amén.*

Padrenuestro, Ave María y Gloria.
V/. Un solo corazón
R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 10. EL DIÁLOGO EN EL SILENCIO

I. OBJETIVO

Que el adolescente comprenda el silencio como espacio que posibilita el diálogo con Dios.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

Señor, mi corazón se abre y se entrega completamente a ti. Quiero que tú tomes total posesión de mi vida, ya que yo te pertenezco. Este día quiero despejar mi mente y corazón porque quiero encontrarte a través del silencio. Así como San Agustín te encontró dentro de él mismo, así hoy quiero escuchar tu voz en mi corazón.

Ven, Espíritu Santo, maestro de oración, y lléname de ti. Enséñame a verdaderamente encontrarte dentro de mí por medio del silencio. Guíame para que pueda descubrirte y contemplarte. Espíritu de Dios sé mi guía en la oración y ayúdame a poder escuchar tu voz. Amen

III. DESARROLLO DEL TEMA

Una de las cosas más difíciles del siglo XXI es hacer silencio. Tenemos tantas distracciones y ruidos en la vida cotidiana que siempre estamos ocupados y nos cuesta hacer un tiempo para desconectarnos del mundo y reflexionar con Dios. Es impresionante, pero si se ponen a pensar en las cosas que nos distraen, se van a dar cuenta que siempre hay algo que no nos deja concentrarnos. Ejemplos: notificaciones de Facebook, chat de Whatsapp, instagram, música, etc.

La madre Teresa decía que el fruto del silencio es la oración. ¿Qué creen que significa esto? Si la oración es un diálogo, ¿cómo es posible que en silencio pueda conversar con alguien?

A la oración en silencio también se le puede llamar meditación. El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que es sobre todo una búsqueda, en la que la persona trata de comprender el por qué y cómo de la vida cristiana para responder a lo que el Señor le pide (Catecismo, 2705).

La oración de silencio es un movimiento de interiorización, en la que el orante se entrega a Dios que habita en su interior. Ya no razona acerca de Dios, sino que se queda a solas con Dios en el silencio, y Dios va haciendo en el alma su trabajo de Alfarero para ir moldeándola de acuerdo a su voluntad.

La contemplación consiste en ser atraído por el Señor, quedarse con Él y dejarle que Él actúe en el alma. ¿Qué pasa cuando miras una foto de alguien a quien quieres mucho? Sin duda alguna te quedas pensando en esa persona. A lo mejor recuerdas los buenos momentos que has vivido con esa persona o simplemente piensas en lo mucho que amas a ese ser querido. Algo así es la oración en silencio, ya que simplemente buscas el silencio para poder pensar en él. En la oración del silencio puedes pensar lo mucho que quieres a Dios, lo importante que es para tu vida. Asimismo, también puedes reflexionar con lo que has hecho en tu día e identificar qué acciones tuyas fueron las de Jesús que habita en ti.

De igual forma, la oración en silencio también se aplica cuando simplemente callas y dejas que Dios te hable directo a tu corazón.

¿Y cómo puedo dialogar con Dios en el silencio? Debes seguir los siguientes pasos:

a) Entra a un lugar que te permita tener un momento espiritual privado, tal como tu cuarto, una capilla, un jardín, etc.

b) Abre tu corazón, ya que el señor es un caballero y él va a entrar cuando tú le abras.

c) Invoca al Espíritu Santo, ya que él va a ser tu guía en la oración. Déjate llevar por él y pídele que tome completa posesión de ti. Debes despejar tu mente. No debes pensar en las tareas que tienes pendientes o las cosas de la vida cotidiana que te tienen inquieto. Este es un momento para que puedas entrar en contacto con Dios por medio del silencio.

d) Escucha la voz del Señor que te habla en el silencio

Es muy importante que dejes cualquier objeto u aparato electrónico que te pueda distraer, ya que tu oración no debe ser interrumpida.

¿Qué **frutos** obtengo al hacer este tipo de diálogo?

1) Nos ayuda a descubrir la voluntad de Dios para nuestras vidas.

2) Nos permite hacernos más dóciles a la Voluntad de Dios.

3) Nos ayuda a que la voluntad de Dios rija más en nuestras vidas que la propia. Santa Teresa lo explica por medio del término “unión de voluntades”.

En conclusión, el Señor quiere conversar contigo por medio del silencio. Él quiere hacer maravillas en tu corazón y en tu vida. Él habita en ti, por lo que debemos encontrarlo como lo hizo San Agustín. Paremos de buscarlo afuera, porque recuerda que él está dentro de ti.

Dinámica

A todos los participantes se les da un pedazo de masilla (plastilina). El participante debe moldearla según lo que el líder indique. En el momento en que todos tengan la masilla, se debe poner música a todo volumen y al mismo tiempo el líder dirá a los participantes que deben moldear una pirámide. Los participantes no deben escuchar claramente el mensaje del líder, ya que debe haber mucho ruido para que ellos no capten. La idea es que los participantes moldeen lo que entiendan sin importar si no escucharon bien lo que dijo el líder.

Al finalizar, el animador debe explicar que eso suele pasar cuando no hacemos silencio. Hay tanto ruido en el mundo que nos cuesta entender lo que Dios quiere decir debido a que no dialogamos con él en el silencio. Así como el animador al dar la indicación estaba dentro del salón, así Dios está en nuestros corazones. Él nos quiere hablar, pero el ruido del mundo y de nuestras vidas a veces no permite que lo escuchemos bien por el hecho de no hacer silencio. Dios es el alfarero y nuestros corazones deben ser como masilla (plastilina) o barro para que el Señor nos vaya moldeando especialmente en el diálogo en el silencio.

IV. REFLEXIÓN

Reflexionamos individualmente sobre las siguientes preguntas:

1. ¿Por qué orar en silencio, si en realidad prefiero decir una oración oral?

2. Yo soy una persona muy energética y me cuesta quedarme sentado en silencio.

¿Puedo yo hacer este tipo de oración?

V. COMPARTIR

Ahora compartimos entre todos lo que hemos reflexionado.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

Se hace una oración breve de contemplación/meditación en silencio.
(Es recomendable que se pueda hacer un taller de oración de meditación para ayudar a que los adolescentes asimilen mejor este tema).

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 11. EL DIÁLOGO CON EL MUNDO

I. OBJETIVO

Que los adolescentes comprendan que deben dialogar con el mundo, asumiendo lo bueno y rechazando lo malo.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

“Cuando te apartas del fuego, el fuego sigue dando calor, pero tú te enfrías. Cuando te separas de la luz, la luz sigue alumbrando, pero tú te cubres de sombras. Lo mismo ocurre cuando te alejas de Dios”

(San Agustín, Sermón 170, 11, 11).

Señor, no permitas que se acabe jamás nuestra sed de ti. Que tu llamado nunca nos sorprenda lejos de ti. Que jamás olvidemos la alegría genuina de nuestro corazón cuando te hemos tenido cerca, Señor. Que nos falte lo que falte, pero que jamás falte el amor. Amén.

III. DESARROLLO DEL TEMA

Ha sido Dios quien ha creado el mundo y todas las maravillas que existen en él (Génesis 1,1). Ninguna de las bellezas de la naturaleza sería posible, si no fuera porque Dios las concibió e ideó. No existiría la luz, ni los valles, ni los frutos, ni la vida misma. La obra maestra de Dios (el ser humano) tampoco existiría si no fuera por el amor de Dios. Es bueno que recordemos esto, porque Dios ha querido que vivamos en este mundo.

Aunque vivimos en este mundo, no estamos destinados a estar para siempre en él; debemos aspirar al cielo. Nosotros somos de Dios, y no del mundo (1 Juan 4, 4-5). Aunque el mundo en sí mismo no es malo, sí hay maldad en él. Debemos ser cautos y distinguir lo que viene de Dios y lo que no.

La sociedad tiene mucho que ofrecer. Es importante asimilar y aprovechar todo lo bueno. Vale la pena informarnos y recibir todos los conocimientos de la ciencia y el arte que podamos; disfrutar del deporte, el arte y otras formas de recreación; viajar y conocer las maravillas que el hombre ha construido, así como diferentes culturas; compartir lo más posible con otras personas, a quienes estamos llamados a amar. Es decir, el mundo no es maldad exclusivamente, tiene mucho que ofrecernos.

Con el mundo nos podemos relacionar de varias maneras. Entre ellas están: el servicio a la sociedad, el trabajo, el estudio, el ejercicio de la ciudadanía, recreación, deportes. En todo lo que hagamos, amemos a nuestros prójimos y llevemos el amor de Dios. No sólo con el que nos ama, sino también con los que nos odian, porque nada tiene de difícil amar al que nos ama (Mateo 5, 46). De esta manera, el mal que haya en el mundo no entrará en nosotros, sino que, por el contrario, nosotros llevaremos amor al mundo.

Es importante tener los pies en la tierra pero la mirada en el cielo. Sólo un correcto balance en nuestra relación con él puede asegurar que no dejemos de aprovechar lo bueno del mundo pero sin alejarnos de Dios.

Dinámica

Se forman grupos de entre 5 y 12 personas. Se reparten papelitos a cada participante.

Se le instruirá al participante a que coloque dos datos curiosos de él en el papelito, uno de los cuales debe ser falso. El dato verdadero es preferible que no sea conocido por los demás. Por ejemplo: puede colocar como dato: “le tengo miedo a las arañas”, y como otro dato: “tengo el récord de mi escuela de la carrera de los 1000 metros”. Los demás participantes deben votar para decidir cuál dato es verdadero y cuál falso. Se llevará un registro para determinar si la mayoría acierta más veces de las que falla.

La idea de la dinámica es que entendamos que, a veces, es difícil distinguir entre algo verdadero y algo falso, o bueno y malo.

IV. REFLEXIONAR

Reflexionamos individualmente sobre las siguientes preguntas:

¿Qué debemos entender cuando decimos que no debemos ser del mundo?

¿En qué radica la maldad del mundo? ¿Cómo puede ser un lugar con maldad si Dios lo creó?

¿Cuáles son las mejores maneras de relacionarme con mi sociedad?

¿Qué apporto al mundo?

¿El mundo me cambia más a mí de lo que yo cambio al mundo?

V. COMPARTIR

Ponemos en común lo que hemos reflexionado.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

“El hombre fue creado vertical en su forma, lo cual lo obliga a buscar las cosas de arriba”

(San Agustín, La Ciudad de Dios 22, 24, 4).

Padre bueno, te pedimos con toda esperanza y amor que nos permitas comprender por qué estamos en el mundo y qué hemos de hacer de bien en él. Ilumina el camino que debemos seguir, y que seas Tú el destino hacia el cual van todos nuestros esfuerzos, todos nuestros pasos, todo nuestro trabajo y todo nuestro amor. Amén.

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 12. *JESÚS NO FUE TAN DISTINTO DE NOSOTROS: UN JOVEN DE SU ÉPOCA LLENO DE INQUIETUDES*

I. OBJETIVOS

Descubrir cómo Dios se hace hombre verdadero en Jesús.

Conocer el medio en que vivió Jesús en sus primeros treinta años.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

*Y viste, Señor, todas las cosas que hiciste
y hallaste que todas eran muy buenas;
también nosotros las vemos,
y nos parecen todas muy buenas.
En cada uno de los géneros de tus obras,
cuando dijiste que fuesen y fueran hechas,
viste que cada uno de ellos era bueno.
Siete veces he contado que dice la Escritura
que viste que era bueno lo que creaste,
y la octava nos dices que viste todas las cosas que hiciste
y que no sólo eran buenas,
sino muy buenas, todas ellas en conjunto.
Porque tomadas cada una de por sí, son todas buenas;
pero todas ellas juntas son buenas y muy buenas*

(Confesiones 13, 43).

III. DESARROLLO DEL TEMA

Jesús asumió la condición histórica de todo hombre

Jesús nació de una mujer (Gal 4,4), en el pueblo de Belén (Lc 2,4), bajo el régimen político de César Augusto (Lc 2,1). Pasó la mayor parte de su vida en Nazaret trabajando como carpintero (Lc 2, 51-52). Fue probado en todo igual que nosotros, menos en pecado (Hebreos 4, 15; 5,7).

Nace de María

Se dice que no hay acontecimiento grande en la historia sin la presencia de una mujer. Esto es cierto en el mayor acontecimiento de los siglos: la ENCARNACIÓN del hijo de Dios. Dios elige a una mujer llamada María para ser la madre de su hijo. Jesús, como todos los hombres, nace de una mujer. Es el hijo verdadero de una madre verdadera.

Solidario con los pobres

Jesús nace como cualquier hombre de este mundo, como cualquier niño débil. Jesús nace en un ambiente de pobreza: en un establo, y es puesto en un pesebre. Su nacimiento marcará la solidaridad con los pobres y marginados de todos los tiempos.

El carpintero de Nazaret

Jesús pasó la mayor parte de su vida en la aldea de Nazaret. Allí se crió y trabajó. Nazaret era un pueblo pequeño de Galilea, sin categoría social y menospreciado por la gente de la ciudad de Jerusalén. Jesús vivió en el seno de una familia humilde. Todos sus

parientes pertenecían a las gentes sencillas del poblado de Nazaret.

Para la gente de su pueblo, Jesús es “el carpintero”, hijo del carpintero José. Jesús es uno de aquellos trabajadores que han aprendido un oficio en la familia y saben practicarlo. El oficio de carpintero englobaba, en aquel tiempo, el conjunto de los trabajos de la construcción. No es probable, por lo tanto, que Jesús trabajara solo, ya que la construcción se trabajaba en equipo.

Por su trabajo tuvo que tratar a todos aquellos que, como él, ganaban lo justo para vivir: fabricantes de lámparas de aceite, tejedores, curtidores, pequeños agricultores, etc. Jesús creció en medio de este pueblo de trabajadores.

Crece en estatura, sabiduría y gracia

Con su familia y con su pueblo Jesús vive su experiencia humana y religiosa: crece como hombre y participa en las celebraciones religiosas del hogar, del templo y de la Sinagoga.

La formación de Jesús no fue intelectual. Aprende de la vida, de las cosas que observa y comparte con las personas que le rodean: el trabajo de la siembra, de la cosecha, los obreros desocupados en la plaza, el pastor buscando sus ovejas, el mercader en busca de sus perlas, la viuda que se queja ante el juez injusto, la mujer ocupándose de la harina, la pompa de los reyes, la ambición de los poderosos, la inocencia de los niños... En los caminos ve a los enfermos y a los disminuidos, capta la miseria del pueblo, aplastado por los impuestos y la dominación romana; conoce a los guerrilleros zelotas, a los fariseos, a los saduceos, etc.

Su formación religiosa la tuvo en Nazaret, allí aprendió la Ley de Moisés y las prácticas religiosas. Como todo judío piadoso, oraba, iba a la sinagoga todos los sábados y subía a las fiestas del templo de Jerusalén. A través de su familia y de su pueblo, el hombre Jesús va siendo formado por la comunidad judía: esta le da su manera de ser, su manera de hablar, su esperanza...

Jesús vivió como uno de nosotros

En los primeros treinta años Jesús no apareció como un ser excepcional, como un superhombre, como alguien extraño a la vida normal de la gente sencilla. Vivió de una manera normal, como hombre del pueblo que comparte la vida con los demás. Nada le distinguió. No es extraño, por tanto, que la gente se preguntara más tarde, sorprendida, si no era ese el hijo del carpintero José, al que tantas veces habían visto como uno más.

Es importante señalar, por tanto, que Jesús se identificó con la gente y con la historia de su pueblo, antes de iniciar y predicar su misión salvífica. Jesús vivió, pues, como uno de nosotros.

Dios ha querido ser hombre con todas sus consecuencias y vivir nuestra experiencia humana hasta el fondo, deteniéndose sólo ante lo imposible. La encarnación no ha sido un teatro bien montado ni un paseo de Dios por el mundo, vestido de ropaje humano. Dios no ha querido jugar a ser hombre. No ha querido vivir una vida de “superhombre”, una vida que no sea la nuestra. Dios ha querido conocer nuestra vida.

Por eso, Dios ha querido saber lo que es irse haciendo hombre a lo largo de la vida, ir creciendo en edad, en conocimiento y madurez, ir descubriendo la vida progresivamente cada vez con mayor claridad y lucidez, ir aprendiendo a vivir, escuchando a los demás, dejándose enseñar por los acontecimientos, recordando la historia de su pueblo, mediante las Escrituras (Lc 2,40-52).

Dios ha querido saber qué es para un hombre gozar y sufrir, trabajar y luchar, esperar y desalentarse, confiar en un padre y experimentar su abandono (Mc 15,34). Ha querido conocer cómo se vive desde una conciencia humana de lo que es nuestra vida hecha de preguntas, miedos, esperanzas y expectativas.

Dios ha querido experimentar personalmente el sufrimiento, las limitaciones, los riesgos, las tentaciones y dificultades que encuentra un hombre para ser verdaderamente humano (Hebreos 2,18; 4,15). Se ha visto sometido a los condicionamientos de carácter biológico, psicológico, histórico, cultural que sufre todo hombre. Por eso, ha tenido que vivir su libertad humana con esfuerzo, con lucha, con trabajo, con vigilancia y oración. Ha sufrido en su propia carne y en su propia alma las consecuencias del egoísmo, la injusticia y la agresividad que domina a los hombres.

Dios sabe ahora por experiencia que el amor más limpio, generoso y servicial a los hombres puede ser rechazado por ellos. Más aún, ha querido saber cómo se vive, desde la conciencia oscura y limitada de un hombre, la experiencia de la fe en un Padre que parece abandonarnos en el momento de sufrimiento y de la muerte (Hebreos 5,8; Mc 15,34; Lc 23,46).

Por eso tenemos que aprender a valorar nuestra condición humana, y fortalecer nuestra fe en el Dios que se ha encarnado y manifestado en Jesucristo.

IV. REFLEXIÓN

Leemos la siguiente reflexión: ¿Por qué Dios se hizo hombre?

Había un hombre que creía que la Navidad era, como muchas otras cosas en la vida, una simple farsa. Este hombre no era una mala persona. Era un tipo bueno, generoso con su familia y justo en su trato con los hombres. Pero él no creía en la encarnación de Dios en el seno de la Virgen María, lo cual la Iglesia lo celebraba el día de la Navidad. En verdad siento apenarte- le dijo él un día a su esposa que era católica comprometida- pero no puedo entender que Dios se volvió hombre, para mí no tiene sentido.

En Nochebuena, su esposa y sus niños fueron al templo para asistir a la Misa. El hombre rechazó acompañarlos, pues manifestó sentirse como un hipócrita.

-Es mejor que me quede en casa. Esperaré por ustedes-agregó-

Luego que su familia partió para el templo, la nieve empezó a caer fuertemente, desatándose una tormenta. Se acercó a la ventana de su sala y miró cómo los copos caían con más fuerza sobre el suelo y se formaban grandes cerros de nieve.

-Si nosotros debemos tener Navidad-pensó-es bueno que ésta sea blanca.

Regresó a su silla y empezó a leer el periódico. Tras unos minutos, fue sobresaltado por un ruido, que fue rápidamente seguido por otro y otro. El hombre pensó que alguien estaría tirando bolas de nieve muy cerca de la ventana de su sala o en todo caso contra ella.

Cuando fue a la puerta para averiguar qué pasaba, encontró que una bandada de pájaros se había colocado en medio de la nieve. Ellos habían sido sorprendidos inesperadamente por la tormenta y en su búsqueda por algún refugio, habían intentado ingresar a la casa por la ventana, topándose contra el fuerte vidrio.

-No puedo permitir que esas criaturas se queden ahí toda la noche en medio de la nieve y el frío -pensó el hombre-, pero, ¿cómo puedo ayudarlos?

Entonces recordó el granero donde se guardaba el pequeño "pony" de sus niños:

el granero podría proporcionar calor a las aves. Se puso su chaqueta y guantes y rápidamente se dirigió al granero. Abrió las puertas y encendió la luz, pero los pájaros no entraron.

-Seguro que la comida los atraerá –pensó de nuevo-.

Regresó a su casa, buscó pan y sacando la miga roció sobre la nieve formando un sendero hasta al granero. Pero las aves tampoco ingresaron al granero, por el contrario, permanecieron quietas, sin hacer el menor movimiento.

El hombre desesperado empezó a agitar los brazos en dirección al granero, haciendo señas para que ingresen a él. Pero las aves no hicieron caso a sus señas.

-Ellos me encuentran una criatura extraña y espantosa- se dijo el hombre a sí mismo-. No hay manera de que ellos piensen que pueden confiar en mí. Si sólo yo pudiera ser pájaro por algunos minutos, podría entonces guiarlos hasta el granero y salvarlos.

Tan pronto como finalizó sus palabras, las campanas de la Iglesia empezaron a sonar. El hombre permaneció en silencio durante algún tiempo mientras escuchaba las campanas que repicaban una y otra vez anunciando la llegada de la Navidad.

Entonces el hombre cayó pesadamente de rodillas sobre la nieve y susurró: -Ahora entiendo por qué tuviste que hacerlo.

V. COMPARTIR

Después de reflexionar sobre la anterior historia, compartimos sobre el por qué de la encarnación de Jesús. ¿Cuál es su sentido para nuestras vidas? ¿Cómo hemos de vivir nuestra vida humana desde el sentido de la encarnación?

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

*Vueltos hacia el Señor, Dios Padre omnipotente,
démosle con puro corazón,
en cuanto nos lo permite nuestra pequeñez,
las más rendidas y sinceras gracias,
pidiendo con todas nuestras fuerzas a su particular bondad,
que se digne oír nuestras plegarias según su beneplácito,
y que aparte con su poder al enemigo
de todos nuestros pensamientos y obras;
que acreciente nuestra fe, gobierne nuestra mente,
nos dé pensamientos espirituales y nos lleve a su felicidad,
por su Hijo Jesucristo, Señor nuestro, que
con Él vive y reina, en unidad del Espíritu Santo,
por todos los siglos de los siglos. Amén.*

(Comentario al salmo 150, 8)

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 13. *¿SE PUEDE PINTAR EL MUNDO DE OTRO COLOR?* *JESÚS LO HIZO* Primera parte

“La felicidad no está en nosotros, y la felicidad no está tampoco fuera de nosotros. La felicidad está sólo en Dios. Y si lo encontramos a él, entonces está en todas partes” (Blaise Pascal).

I. OBJETIVOS

Descubrir aquellos valores que nos acercan a la felicidad.

Descubrir que Cristo es camino de la verdadera felicidad.

Descubrir las cosas del mundo que nos alejan de la verdadera felicidad.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

¿Cómo es, Señor, que yo te busco? Porque al buscarte, Dios mío, busco la vida feliz, haz que te busque para que viva mi alma, porque mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de ti

(San Agustín).

III. DESARROLLO DEL TEMA

En el libro primero de las Confesiones de San Agustín, encontramos la famosísima exclamación: “[Señor Dios], nos creaste para ti y nuestro corazón andará siempre inquieto mientras no descanse en ti”.

Nuestro inicio radica en Dios y nuestra meta definitiva es Él. Nuestra existencia es un proyecto que se inicia gracias a Dios y en Dios, y un día terminará en Él. Entender esto significa dar un sentido profundo a nuestro ser y actuar. Sin Dios, somos como seres perdidos en el universo, que desconocen su inicio, ignoran su camino y carecen de meta.

Sin Dios, el ser humano anda errante por la vida sin rumbo ni destino y privado de auténtica felicidad. Dios es el principio y el fin de nuestro existir. Y nuestra vida no es más que el trecho entre estos dos puntos básicos que debemos aprovechar al máximo, darle gracias y servirle en los hermanos más necesitados.

Es verdad que unos ponen la felicidad en esto y otros en aquello, pero el deseo de ser felices es universal; todos quieren gozar, y como gozo conciben la felicidad. Y diversas como son las maneras de concebir la felicidad, todos se esfuerzan por llegar a ella.

La felicidad es un sentimiento innato en el ser humano. Todos los hombres y mujeres aspiran a la felicidad, pero no todos la consiguen. La felicidad es una paz y una serenidad interiores, difíciles de conseguir. El deseo de felicidad es universal, pero lograrla es una tarea difícil que requiere disciplina y esfuerzo. Todos quieren ser felices, pero no todos lo alcanzan.

Con cierta frecuencia aparecen en la prensa o la televisión nuevos estudios en los que dicen desvelar el secreto de la felicidad, los ingredientes que hacen más hermosa la vida humana. Esto no es algo nuevo. Desde la Antigüedad hasta nuestros días, cientos de personas han dado consejos, escrito libros, elaborado leyes y programas de desarrollo,

planeado cambios de vivienda, de ciudad, de trabajo... para ayudar a los hombres a ser felices.

El hecho de que se ofrezcan tantos consejos y tantas ideas da a entender dos cosas: que nos gustaría que todos (o la mayoría) fuesen felices; y que no conocemos exactamente el camino para lograr esta meta tan ambiciosa, pues se han ofrecido tantas ideas que uno ya no sabe cuál sea la “verdadera”.

¿No conocemos realmente el camino a la felicidad? Podríamos pensar en esos momentos en los que hemos sido, de verdad, felices, profundamente felices. Podemos recordar situaciones puntuales: aprobar un examen, beber un vaso de agua fresca después de un día de trabajo agotador, recibir el abrazo de un ser querido. Podemos traer a la memoria situaciones más prolongadas: unos días de vacaciones de verano, un trabajo que nos ha gustado de verdad, haber visto cómo un familiar enfermo se curaba, o que un hijo dejaba la droga y empezaba a tomar la vida entre sus manos.

Pero en los momentos más fugaces, o en esos días o meses más largos, queda casi siempre un cierto temor, una inquietud, un tintineo interior que nos susurra: “todo puede cambiar en un momento, no has llegado a un jardín de eternas delicias”. No se trata de ser fatalistas, sino de aceptar ese misterio de la vida que da mil vueltas cuando menos lo esperamos.

La historia (antigua y reciente) lo recuerda de tantos modos. Una guerra deja, en pocos días, miles de huérfanos y viudas. Bastan treinta segundos para que un terremoto cambie la vida de miles de familias. Incluso un pequeño virus “recogido” en el metro o en el avión es suficiente para que un hombre de negocios, un turista o un médico, y luego cientos de personas, contraigan una enfermedad desconocida y lleguen a las puertas de la muerte en el momento menos programado de la agenda.

En un mundo tan frágil, tan cambiante, ¿es posible ser felices de verdad?

Jesús nos enseña en el Evangelio a mirar los lirios del campo, a las aves del cielo, y a confiar. Es verdad que un animal no piensa en la felicidad, ni una planta disfruta ni sabe que puede disfrutar más. Pero cada uno de esos pequeños compañeros de camino vive con sencillez su presente. Nos enseña, sin palabras, que vale la pena vivir con un amor sencillo a un Dios que nos ha hecho hermanos y nos llama a su encuentro.

La felicidad profunda del corazón no está en lo que tengamos o gocemos unos momentos de paz o unos días de descanso. Está en saber que alguien nos ama, nos espera, nos rescata. Está en recordar que si no falta comida a un cuervo que grazna tampoco Dios podrá olvidar a sus hijos hombres, aunque a veces, por nuestra culpa, falte el pan al hermano que vive a nuestro lado. Está en levantarnos una y mil veces para romper con ese pecado que nos engañó con una felicidad de espejismo, barata y, en el fondo, triste y vergonzosa. Está en perdonar, porque antes Dios nos quiso perdonar a nosotros, a pesar de todo, simplemente porque nos amaba.

No es tan difícil, por lo tanto, encontrar el secreto para ser felices. Basta con dejarnos amar y con amar sin medida, sin límites, como ama el Padre de los cielos. Parecerá difícil, casi heroico, pero no podemos dejar de explorar ese camino que nos abrió Cristo en el Evangelio. La alegría que vemos en tantos santos es la seguridad de que sí se puede ser feliz, si empezamos a caminar con Dios a nuestro lado.

Lo que nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica

La vocación del hombre es la vocación a la felicidad. Dios ha puesto en el corazón de cada hombre el deseo de ser felices, es decir, el deseo de vivir plenamente y de vivir siempre.

Para alcanzar la felicidad, Dios nos hace partícipes de su vida divina. Es la comunión de vida y de amor con Dios lo que nos hace auténticamente felices, ya aquí en la tierra y por siempre en el cielo.

La vida divina, por la que el hombre llega a ser feliz, es un regalo que Dios ofrece a los hombres; no se conquista, por tanto, sólo a base de esfuerzo. La vida divina en nosotros se compara también con una semilla: para que llegue a germinar y producir fruto, conviene depositarla en la tierra, regarla y cuidarla. Estas tareas hemos de realizarlas ayudados por la gracia de Dios.

¿Por qué anhelamos la felicidad? Dios ha puesto en nuestro corazón un deseo tan infinito de felicidad que nadie lo puede saciar, sólo Dios mismo. Todas las satisfacciones terrenas nos dan únicamente un anticipo de la felicidad eterna. Por encima de ellas debemos ser atraídos a Dios [CIC 1718-1719, 1725]

La felicidad según San Agustín

“Todos deseamos vivir felices. No hay nadie en el género humano que no esté conforme con este pensamiento, aun antes de haber yo acabado su expresión (...) A mi parecer, la vida es feliz cuando se posee y se ama lo que es mejor para el hombre. ¿En qué está el disfrutar una cosa sino en tener a mano lo que se ama? No hay nadie que sea feliz si no disfruta aquello que es lo mejor, y todo el que lo disfruta es feliz; por lo tanto, si queremos vivir felices, debemos poseer lo que es mejor para nosotros”. (De Mor. Eccl. Cath. 1,3,4: BAC., Obras t. 4 p.264; PL 32,13124).

Lo mejor para el hombre

Debemos buscar lo mejor para el hombre. Si la felicidad consiste en conseguir aquel bien que no tiene ni puede tener superior, a saber, el bien óptimo, ¿cómo podremos decir que es feliz la persona que no ha alcanzado su bien supremo? ¿Y cómo puede haber alcanzado el bien supremo si hay algo mejor a lo que pueda llegar?

La felicidad del hombre es la felicidad del alma

Además, este bien debe ser de tal condición que no se pueda perder contra nuestra voluntad, porque nadie puede confiar en un bien si teme que se lo quiten, aun queriendo conservarlo y abrazarse a él. Si encontrásemos algo superior al alma y que la perfeccionara, eso sería el bien hasta del mismo cuerpo. Luego, lo que perfeccione al alma será la felicidad del hombre.

La felicidad es Dios

Nadie duda que la virtud sea la perfección del alma. Ahora bien, esta virtud es algo fuera de ella. “Esto que confiere al alma que la busca, la virtud y la sabiduría, es Dios”. El seguirlo está bien; el conseguirlo, no sólo bien, sino que es vivir feliz.

Deseo innato de la felicidad

La sabiduría, el conocer y poseer la verdad, es la felicidad para San Agustín. La opinión de los hombres es muy diferente acerca de dónde se encuentra la verdadera sabiduría. Y así como, antes de ser felices, tenemos impresa en nuestra mente la noción de felicidad, puesto que decimos con toda confianza que queremos ser dichosos, así también, antes de ser sabios, tenemos en nuestra mente la noción de la sabiduría.

La felicidad consiste en conocer y poseer a Dios

San Agustín se dedica a demostrar la existencia de una verdad fuera de nuestra inteligencia y superior a ella. Basa su prueba en el hecho de que diversas inteligencias ven una misma verdad, y, por otra parte, esas inteligencias son caprichosas, y la verdad, inmutable. Por lo tanto, existe una verdad superior a nuestra razón. Esa verdad debe de ser nuestro sumo bien (Dios).

La verdad, suprema felicidad

“Todo lo contrario, y puesto que en la verdad se conoce y se posee el bien sumo, y la verdad es la sabiduría, fijemos en ella nuestra mente y apoderémonos así del bien sumo y gocemos de él, pues bienaventurado el que goza del sumo bien”.

Libertad, felicidad y verdad supremas

“En esto consiste también nuestra libertad, en someternos a esta verdad suprema; y esta libertad es nuestro mismo Dios, que nos libra de la muerte, es decir, del estado de pecado. La misma verdad hecha hombre y hablando con los hombres, dijo a los que creían en ella: Si fueran fieles en guardar mi palabras serán verdaderamente mis discípulos y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres (Io 8,31-32). De ninguna cosa goza el alma con libertad sino de la que goza con seguridad”.

IV. REFLEXIÓN

Leemos el siguiente cuento:

En el principio de los tiempos, se reunieron varios demonios para hacer una maldad.

Uno de ellos dijo: “Debemos quitarles algo a los hombres, pero, ¿qué les quitamos?”.

Después de mucho pensar uno dijo: “¡Ya sé!, vamos a quitarles la felicidad, pero el problema va a ser dónde esconderla para que no la puedan encontrar”.

Propuso el primero: “Vamos a esconderla en la cima del monte más alto del mundo”, a lo que inmediatamente repuso otro: “no, recuerda que tienen fuerza, alguna vez alguien puede subir y encontrarla, y si la encuentra uno, ya todos sabrán dónde está”.

Luego propuso otro: “Entonces vamos a esconderla en el fondo del mar”; y otro contestó: “No, recuerda que tienen curiosidad, alguna vez alguien construirá algún aparato para poder bajar y entonces la encontrará”.

Uno más dijo: “Escondámosla en un planeta lejano a la Tierra”. Y le dijeron: “No, recuerda que tienen inteligencia, y un día alguien construirá una nave en la que pueda viajar a otros planetas y la descubrirá, y entonces todos tendrán felicidad”.

El último de ellos era un demonio que había permanecido en silencio escuchando atentamente cada una de las propuestas de los demás. Analizó cada una de ellas y entonces dijo: “Creo saber dónde ponerla para que realmente nunca la encuentren”.

Todos se giraron asombrados y preguntaron al mismo tiempo: “¿Dónde?”. El demonio respondió: “La esconderemos dentro de ellos mismos, estarán tan ocupados buscándola fuera, que nunca la encontrarán”. Todos estuvieron de acuerdo y desde entonces ha sido así: el hombre se pasa la vida buscando la felicidad sin saber que la lleva consigo.

En forma individual reflexionan sobre las bases de su felicidad, respondiendo a las siguientes preguntas:

¿En dónde descansa mi felicidad? ¿En lo material? ¿En otras personas? ¿En mí mismo?

¿Soy feliz por momentos o soy feliz cada día?
¿Busco a Dios para ser feliz? ¿Deseo a Dios, su voluntad?
¿Confío en que su camino lleva a la felicidad eterna?
¿Es posible encontrar la felicidad fuera de Dios?

Teniendo en cuenta algunas preguntas como éstas, se invita a los chicos a escribir su propia receta de felicidad.

1 taza de...
3 tazas de...
2 cucharadas...
1/2 cucharada...
Una pizca de...
Un poco de...
Media taza...
...Al gusto.

V. COMPARTIR

Se comparte la reflexión sobre las preguntas y la receta de felicidad que cada uno ha elaborado.

En resumen:

Todos queremos ser felices y son muchas las ofertas de felicidad que recibimos. Hemos de aprender a distinguir cuáles son las que verdaderamente nos harán ser felices.

Ser feliz no es algo que se pueda lograr desde un planteamiento egoísta. Al contrario, he de convencerme de que para ser plenamente feliz tendré que hacer felices a cuantos me rodean, he de trabajar y esforzarme para que lo sean.

Dios quiere nuestra felicidad y nos muestra el camino para encontrarla. El deseo de felicidad que todos llevamos dentro ha sido puesto por Dios para que le busquemos. Por tanto, necesitamos de Dios para poder ser felices.

A lo largo de la historia de la salvación, desde la creación hasta la venida de Jesucristo, Dios nos ha querido mostrar el camino que conduce a la felicidad y a la vida; hemos de escucharle, fiarnos de lo que nos dice y ponerlo por obra. El resultado es que seremos realmente felices y para siempre.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

*Protégeme, oh Dios, que me refugio en Ti.
Yo digo al Señor: "Tú eres mi dueño, mi único bien;
nada hay comparable a Ti.
Bendeciré al Señor que me aconseja,
¡hasta de noche instruye mi conciencia!
Tengo siempre presente al Señor: con Él a mi derecha jamás sucumbiré.
Por eso se me alegra el corazón, exultan mis entrañas,
y todo mi ser descansa tranquilo;
Porque no me abandonarás en el abismo,
ni dejarás a tu fiel sufrir la corrupción.*

*Me enseñarás el camino de la vida, me llenarás de gozo en tu presencia,
de felicidad eterna a tu derecha*

(Salmo 15, 1-2.7-11)

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 13. *¿SE PUEDE PINTAR EL MUNDO DE OTRO COLOR?* *JESÚS LO HIZO* Segunda parte

I. OBJETIVO

Que los adolescentes descubran las bienaventuranzas como camino de felicidad para llegar al Reino.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

*Dichosos los pobres en el espíritu.
Imiten, pues, al que se hizo pobre por ustedes siendo él rico (2C 8,9)*
*Dichosos los mansos.
Imiten al que ha dicho: tomen sobre ustedes mi yugo, y aprendan de mí,
que soy manso y humilde de corazón (Mt 11,29).*
*Dichosos los que lloran.
Imiten al que lloró sobre Jerusalén.
Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia.
Imiten al que dice: mi alimento es hacer la voluntad
del que me ha enviado (Jn 4,34).*
*Dichosos los misericordiosos.
Imiten al que ayudó a aquel que los ladrones hirieron
y yacía en el camino medio muerto y desesperanzado (Lc 10,33).*
*Dichosos los limpios de corazón.
Imiten al que no tuvo ni sombra de pecado
y sobre sus labios no se encontró ni un punto de malicia (1 P 2,22).*
*Dichosos los pacíficos.
Imiten al que dijo en favor de sus perseguidores:
Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen (Lc 23,24).*
*Dichosos los que sufren persecución por causa de la justicia.
Imiten al que sufrió por ustedes, dejándoles un ejemplo
para que sigan sus huellas.
Con los ojos de la fe que has abierto en mí, te veo, oh mi buen Jesús,
te veo clamando y diciendo: «Vengan a mí y pónganse a mi escuela».*

(San Agustín)

III. DESARROLLO DEL TEMA

“Bienaventurado” significa “feliz”, “dichoso”, y en cada una de las bienaventuranzas comienza Jesús prometiendo la felicidad y señalando los medios de conseguirla. ¿Por qué comenzará nuestro Señor hablando de la felicidad? Porque en todos los hombres existe una tendencia irresistible a ser felices; éste es el fin que todos sus actos se proponen; pero muchas veces buscan la felicidad donde no se encuentra, donde no hallarán sino miseria.

Leemos Mateo 5, 1-12

Este texto es una invitación urgente a una vida virtuosa. Es el programa de vida de todo discípulo de Jesús. Las bienaventuranzas nos presentan dos miradas, una teológica: Dios es el único que puede hacer felices a los hombres; y otra moral: para ser feliz es necesario el ejercicio de ciertas virtudes: la humildad, la mansedumbre, la misericordia, etc.

Felices los pobres

Cuando hablamos de pobres no nos referimos solamente a los que carecen materialmente de todo, sino a aquellos que en su interior se sienten pobres y necesitados de Dios.

Pobres que son felices de verdad son los que no poseen nada porque todo se lo brindaron al otro, los que comparten todo, sin levantar banderas de propiedad privada, los que nada guardan para sí, porque todo lo tienen al servicio del otro.

Felices los afligidos

Los afligidos para Jesús no son los melancólicos, ni solamente los que sufren una opresión social, sino aquellos que se sienten fuertemente oprimidos por toda clase de males, entre ellos el pecado, y ansían una liberación total.

¿Cuántas veces han llorado? Pero aquellas lágrimas que nos ayudaron a crecer, que nos permitieron seguir luchando, que nos ayudaron a comprendernos son las que debemos agradecer al Señor.

Felices los mansos

Los mansos son aquellos que obedecen la voluntad de Dios, los que creen en Él, los que confían pacientes. La felicidad se construye con humildad de corazón. Sólo los capaces de tener un corazón sencillo y humilde, sin orgullo, ni egoísmo, podrán ser felices recordando permanentemente que la mansedumbre es fruto de una vida, de un amor y de una mente verdaderamente auténticas.

Felices los que tengan hambre y sed de justicia

No estamos hablando solamente de hambre y sed de bienes materiales, ni de una justicia puramente social o distributiva, sino de la justicia según el sentido evangélico: una justicia que abraza las obligaciones del hombre para con su prójimo, pero también sus deberes para con Dios. En este sentido, la justicia es el cumplimiento perfecto y la fidelidad total a la ley de Dios.

Es necesario tener hambre y sed de más felicidad, más comprensión, más diálogo, más amor. Debemos tener conciencia de que cada uno puede darse más al otro.

Felices los misericordiosos

Los misericordiosos son aquellos que actúan a la manera de Dios, es decir, con amor compasivo, ternura, ayuda fiel y gratuita, comprensión y perdón.

Para ser felices plenamente es necesario sentir como propio el dolor del otro y hacer lo que podemos por quitarlo; además de comprender y perdonar de corazón para tener libre de resentimientos el corazón.

Felices los puros de corazón

Es difícil poder afirmar que tenemos pureza de corazón, pues por lo general hay en nosotros una carga de soberbia, que con frecuencia se manifiesta en nuestro modo de proceder. Pureza de corazón quiere decir transparencia, actuar no sólo con caridad, sino con claridad, sin intenciones torcidas. Estos son capaces de ver a Dios en los demás.

Felices los que trabajan por la paz

La paz es la expresión de un bienestar total, efecto no sólo de la posesión de los bienes materiales, sino de la tranquilidad interior que nos da la amistad con Dios. Quien trabaja para construir la paz entre los hombres actúa como Dios mismo, porque Dios es el Dios de la paz.

La paz involucra todas las direcciones de nuestra vida: paz con Dios, paz con los demás, paz con uno mismo. Uno de los signos más claros de la presencia de Dios en nuestras vidas es vivir en paz.

Construir la paz en el hogar es dominar el genio, el carácter, reconociéndonos no superiores sino iguales, creando tranquilidad y serenidad en el hogar. La paz nace de un corazón nuevo. El diálogo por la paz es necesario para educar para la paz. La paz es posible, pero depende de todos y de cada uno. No basta ser pacíficos, es preciso trabajar por la instauración de la paz entre los hombres, en el mundo entero.

Felices los perseguidos por causa del Señor

La suerte que corrió el Maestro, maltratado, perseguido e injustamente condenado, alcanza también a los discípulos. Quienes hemos decidido vivir como Dios manda, nos sentimos expuestos a llamar la atención y tenemos que enfrentar un mundo de prejuicios sociales y morales, como así también criterios falsos y equivocados.

Lo que nos dice el Catecismo

Las bienaventuranzas responden al deseo natural de felicidad. Este deseo es de origen divino: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia Él, el único que lo puede satisfacer (1718).

Las bienaventuranzas descubren la meta de la existencia humana, el fin último de los actos humanos: Dios nos llama a su propia bienaventuranza. Esta vocación se dirige a cada uno personalmente, pero también al conjunto de la Iglesia, pueblo nuevo de los que han acogido la promesa y viven de ella en la fe (1719).

La bienaventuranza prometida nos coloca ante opciones morales decisivas. Nos invita a purificar nuestro corazón de sus malvados instintos y a buscar el amor de Dios por encima de todo. Nos enseña que la verdadera dicha no reside ni en la riqueza o el bienestar, ni en la gloria humana o el poder, ni en ninguna obra humana, por útil que sea, como las ciencias, las técnicas y las artes, ni en ninguna criatura, sino sólo en Dios, fuente de todo bien y de todo amor (1723).

El Decálogo, el Sermón de la Montaña y la catequesis apostólica nos describen los caminos que conducen al Reino de los cielos. Por ellos avanzamos paso a paso, mediante los actos de cada día, sostenidos por la gracia del Espíritu Santo. Fecundados por la Palabra de Cristo, damos lentamente frutos en la Iglesia para la gloria de Dios [cfr. la parábola del sembrador: Mt 13, 3-23] (1724)

IV. REFLEXIÓN

Leemos el siguiente cuento:

¿Felices o contentos? (P. Eusebio Gómez N.)

Un Buen día Dios tomó la forma de un hombre y vino a la tierra, porque se daba cuenta de que mucha gente no era feliz, y Él quería comunicar a todos la felicidad que Él mismo tenía de siempre.

Al recorrer la tierra, vio efectivamente que poca gente era feliz, pero se sorprendió al ver que muy poca gente buscaba realmente la felicidad. La mayoría de la gente se dividía en dos grupos: los que estaban “contentos” y los que no estaban “contentos”.

Los que estaban contentos habían logrado satisfacer sus principales deseos. Ganaban buen dinero, vivían con comodidad, se daban los gustos y los vicios que querían. Algunos tenían éxito, influencia o poder... Pero no parecía interesarles ser felices, ni preguntarse seriamente si lo eran, y en qué podría consistir la felicidad.

Los descontentos no habían logrado satisfacer todos sus deseos, y aspiraban continuamente a vivir como la gente que estaba contenta. Pero tampoco buscaban la felicidad, sino estar contentos... Y unos y otros eran sordos al mensaje de la felicidad.

Y Dios se dio cuenta entonces que, mientras sus hijos los hombres procuraran sólo su “contentamiento”, no podrían llegar a la verdadera felicidad. Y entonces se dedicó a predicarles a los contentos y a los descontentos sobre la felicidad y la verdadera bienaventuranza, procurando interesarlos en ello y sacarlos de la ceguera de sus contentamientos.

Y mucha gente lo escuchó, alcanzaron la felicidad, y le dieron menos importancia a estar o no “contentos”.

Después de leer el cuento, respondemos las siguientes preguntas:

¿Encuentras en las bienaventuranzas el mensaje que Dios tiene para ti?

¿Cuál te llama más la atención? ¿Por qué?

¿Cuál se acerca más a tu forma de ser? ¿Cuál deberías practicar más?

¿Eres realmente feliz o en ocasiones estás “contento/a”?

Hoy en día, en que la felicidad que el mundo nos vende está puesta en el dinero, en la soberbia, en el orgullo, en la injusticia, en la diferencia, en el ya y ahora; en el sexo, en la violencia, en la droga, en el alcohol, en la guerra, en masificarnos y seguir al resto.

¿Cómo podemos, como verdaderos cristianos, encontrar la felicidad de las bienaventuranzas? ¿Cómo podemos ser pobres, humildes, pacientes, justos, de corazón limpio? ¿Cómo podemos buscar la paz en gestos concretos? ¿Cómo practicar la misericordia cada día?

V. COMPARTIR

Después de un tiempo de reflexión personal, se comparten las respuestas a las preguntas, haciendo hincapié en la forma particular y personal en que las bienaventuranzas se reflejan en la vida cotidiana de cada uno.

Se lee el siguiente mensaje del Papa Benedicto XVI:

“Queridos jóvenes, no se contenten de segundas elecciones, no persigan un objetivo limitado, ignorando todos los otros. Tener dinero hace posible ser generosos y hacer el bien en el mundo, pero, solo, no es suficiente para hacerlos felices. Ser grandemente dotados en alguna actividad o profesión es una cosa buena, pero no podrá jamás satisfacerlos, hasta que no apuntemos a aquella realidad todavía más grande. Podrán hacerse famosos, pero no los hará felices. La felicidad es aquello que todos deseamos, pero una de las grandes tragedias de este mundo es que tantos no logran jamás encontrarla, porque la buscan en lugares equivocados. La solución es muy simple: La verdadera felicidad va buscada

en Dios. Tenemos necesidad del coraje de poner nuestras esperanzas más profundas solamente en Dios: No en el dinero, en una carrera, en la mundanidad, o en nuestras relaciones con los otros, sino en Dios. Solo Él puede satisfacer la necesidad más profunda de nuestro corazón” (17-09-2010)

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

Enséñame el camino de la vida. Protégeme, oh Dios, que me refugio en Ti. Yo digo al Señor: “Tú eres mi dueño, mi único bien; nada hay comparable a Ti. Bendeciré al Señor que me aconseja, ¡hasta de noche instruye mi conciencia! Tengo siempre presente al Señor: con Él a mi derecha jamás sucumbiré. Por eso se me alegra el corazón, exultan mis entrañas, y todo mi ser descansa tranquilo; porque no me abandonarás en el abismo, ni dejarás a tu fiel sufrir la corrupción. Me enseñarás el camino de la vida, me llenarás de gozo en tu presencia, de felicidad eterna a tu derecha.

(Salmo 15, 1-2.7-11)

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 14. LAS BUENAS NOTICIAS SE COMPARTEN

I. OBJETIVO

Que los adolescentes profundicen en el encuentro con Jesús resucitado y que esta experiencia les haga testimoniarlo en sus vidas, siendo luz del mundo y anunciando su evangelio.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

*Señor Dios mío, escucha mi oración.
Que tu misericordia escuche mi deseo,
que no me abrasa en aras de intereses puramente personales,
sino que busca ser útil al amor fraterno.
En mi propio corazón estás viendo que esto es así.
Permíteme ofrecerte el servicio de mi pensamiento y de mi lengua.
Pero dame también la misma ofrenda que voy a presentarte,
porque soy pobre y necesitado,
mientras que tú eres rico con todos los que te invocan.
Tú, que estás libre de preocupaciones, te preocupas de nosotros.
Purifica mis labios, por dentro y por fuera,
de toda temeridad y de toda mentira.
Que tus Escrituras constituyan para mí un encanto lleno de pureza.
Que no me engañe en ellas ni con ellas sirva a otros de engaño.
Señor, escucha y ten piedad.*

(Confesiones 11, 2, 3)

III. DESARROLLO DEL TEMA

Somos conscientes que en la actualidad es imposible abarcar la realidad total de los jóvenes debido al cambio de época que estamos viviendo. Tanto en la época de los Apóstoles como en la nuestra el fin es el mismo: anunciar la salvación en Jesucristo a todos los pueblos y hasta los confines de la tierra: “¡Ay de mí si no evangelizo!” Ay de mí si aquella palabra que es vida la dejo que muera en mi corazón por el egoísmo, la soberbia o más aún, intento volverla presa de mi ser y me empeño en pudrirme en ella, coartando así la libertad que Cristo me ofrece. Y sin llegar a darla a conocer con mi ejemplo de vida.

Hoy hacen falta jóvenes que, animados por el Espíritu Santo, reaviven el don de Dios en sus familias, de tal forma, que todos puedan decir cuando los vean: mírenlos como se aman. Para lograr así una vivencia del amor fraterno abierto a la sociedad; y que la sociedad misma sea un reflejo del amor de Cristo. Este es el mensaje: Anunciar el amor a toda criatura. En la medida que amemos, nuestras palabras serán creíbles. Te reto a sentirte amado por Cristo y por los que te rodean y que, al mismo tiempo, esto provoque en ti la experiencia de lograr que el que esté a tu lado se sienta amado por ti. “Ay de mí si no amo, Ay de mí si mi palabra no es de amor hacia el hermano, Ay de mí si mi amor no lo expreso al que está a mi lado, ay de mí si no evangelizo”

La tarea no será fácil. El joven evangelizador deberá enfrentarse a algunos **desafíos**, entre los que destacamos los siguientes:

a) El desafío de la verdad frente al pensamiento débil

La post-modernidad se caracteriza por la aparición de una nueva racionalidad. El hombre postmoderno es hedonista y consumista, como le enseña el sistema. A diferencia del escriba prudente del que hablaba Jesús, que sacaba del baúl lo viejo y lo nuevo, nuestro hombre compra cada mañana una cosa nueva y a la tarde la tira porque es vieja. Relativista y escéptico, prefiere un pensamiento débil y fragmentario que no le comprometa a nada. Humberto Eco define nuestra época como la época del sentimiento sobre la verdad. Se vive de impresiones, de impactos sensoriales o emocionales, de lo efímero. Es precisamente en la concepción de la verdad y de la razón donde con mayor fuerza se deja sentir la crisis de la modernidad. El cristiano no puede renunciar al anuncio de la verdad, convencido de que la necesidad más radical del hombre es saciar el hambre de verdad, y que la peor forma de corrupción es la intelectual, que aprisiona la verdad en la injusticia, llamando al mal, bien; e impidiendo el conocimiento de la realidad tal y como es.

b) Anunciar a Jesucristo en la era del New Age

Íntimamente vinculado al desafío anterior está el que constituye anunciar a Jesucristo en una era de religiosidad salvaje. Se ha hablado mucho en los últimos tiempos del “retorno de Dios”, como si Dios hubiera estado alguna vez lejos del mundo y del hombre.

La cuestión no está en saber si nuestro tiempo creará o no, sino en qué creará. «Cuando los hombres dejan de creer en Dios, no es que no crean en nada. Crean en cualquier cosa». Se plantea ante nosotros el desafío en toda su formidable magnitud: ¿cómo anunciar en medio de este gran “supermercado del bricolaje religioso” a Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, que ha dejado la Iglesia en la tierra como signo y continuadora de su misión entre los hombres? Aquí se requiere toda la audacia del evangelizador.

c) Persona humana y familia

La desintegración de la persona, irá dejando a los bordes del camino seres maltrechos y heridos, a quienes la Iglesia habrá de recoger con infinito amor: personas que se declaran abiertamente homosexuales, producto de complejas situaciones familiares y afectivas, y de la educación ambiental, para quienes será necesario hallar un espacio en la Iglesia, sin renunciar a la verdad acerca del hombre. Nos hallaremos cada vez más con más personas que han sufrido un proceso de maduración personal deficiente, marcados por profundas carencias afectivas y emotivas. A este hombre del siglo XXI, prófugo, vagabundo de afecto, es a quien hay que anunciar el misterio de la íntima comunidad de personas en Dios Trinidad, la Encarnación del Hijo en el seno de una familia, la llamada a la comunión con los demás en la familia de los hijos de Dios, desarrollando un proyecto de vida en un matrimonio o en la vida comunitaria.

d) Ser cristiano en el mundo de la economía globalizada

Nuestro recorrido por las tareas que la Iglesia debe afrontar, nos pone ante una pregunta formidable: ¿cómo ser cristiano en un mundo globalizado? ¿Y cómo llevar el Evangelio a este mundo globalizado? Por eso el juicio acerca de la globalización ha de ser prudente. Contiene elementos muy positivos, que facilitarán enormemente el intercambio entre pueblos diversos, y también el anuncio del Evangelio.

El riesgo es el de una homogenización, no sólo lingüística, diseñada por unos pocos y difundida a través de medios de comunicación potentísimos que lo invaden todo, que sería una amenaza para la libertad. Para la Iglesia, el compromiso principal en la hora

actual está en la defensa de los débiles, especialmente de los nuevos esclavos que la globalización está produciendo. Estamos ante un fenómeno migratorio sin precedentes en la historia de la humanidad. Estamos ante un proceso de cambio social y cultural de incalculables proporciones, que debe hacernos reaccionar. ¿Sabrá la Iglesia estar al lado de los nuevos esclavos del siglo XXI? He aquí el desafío.

e) Las nuevas sociedades multiculturales

Esto nos lleva directamente a otro gran compromiso de la hora actual: la presencia de la Iglesia en una sociedad multicultural y pluralista. El imparable flujo de emigrantes procedentes de ambientes culturales diferentes, no sólo provocará un profundo cambio social, sino también cultural. El respeto a la identidad cultural de los recién llegados no puede ponerse en discusión. Este desafío nos exige ser a la vez audaces en el diálogo intercultural, sin renunciar a la propia identidad.

f) La defensa del medio ambiente

El desarrollo de la economía y el agotamiento de ciertos recursos naturales han colocado en primer plano la urgencia por la conservación del medio ambiente. El cambio climático, el efecto invernadero, el avance de la desertización, han dejado de ser problemas teóricos para convertirse en una preocupación de todos. Es una nueva conciencia ecológica, llena de incoherencias, pues al mismo tiempo que nos preocupa la contaminación y pérdida de ambientes naturales, y soñamos con el encanto de una vida en contacto con la naturaleza, estamos dispuestos a hacer bien poco por renunciar a las comodidades responsables del desgaste medioambiental: no queremos renunciar a las autopistas, ni a la calefacción en invierno, ni al aire acondicionado en verano. Para la Iglesia, esta nueva conciencia ecológica es un desafío y una oportunidad.

Dinámica: Los tipos de católicos

Se dividen en 4 equipos. A cada uno se les reparte uno de los 4 tipos de católicos abajo descritos y deberán representarlo a través de una dramatización. Todos intentarán describir lo que vieron, y cada equipo leerá al final su párrafo y hará una conclusión.

1) Nos encontramos primero con un tipo de católico que abunda; a estos los vamos a llamar *católicos de agua*. Son aquellos que lo único que tienen de católicos es el nombre, pues en algún tiempo muy lejano sus padres los bautizaron, pero, aunque son Hijos de Dios, nunca lo han reconocido como Padre. Se dicen católicos ante la sociedad pero que no van a Misa, no comulgan, no se confiesan ni realizan obras de caridad con algún necesitado. Ellos viven su vida al margen de Dios.

2) Luego nos encontramos con los *católicos de aire*, o llamados comúnmente golondrinas, pues van, vienen, vuelven. Son aquellos que luego de hacer un retiro, un campamento, quedan con todas las energías, y son los supercatólicos, pero cuando pasa el tiempo, se van porque se aburren. No le encontraron el verdadero sentido a las cosas, cuando no pasa nada extraordinario se cansan; pero luego, cuando les pasa algo malo o se sienten mal, necesitan que los llamen para volver, pero tarde o temprano vuelan hacia lugares más cálidos.

3) Tenemos otro tipo de católicos a quien vamos a llamar *católicos de plomo*, son los famosos fanáticos ratones de sacristía, santurrones, que andan con la Biblia bajo el brazo para decir a todos que ellos son católicos. Será por eso que, cuando ellos abren la Biblia, todos salen corriendo. Este tipo de personas quieren resolver todo con Padrenuestros, pero sin comprometerse en acciones.

4) Finalmente tenemos al católico que debemos apuntar, es el que aguanta todo por todos, y que por eso le decimos *católico de hierro*. Este tiene un poco de todo, pues distribuye su tiempo entre el compromiso con Cristo, su familia y su estudio. Es aquella persona que no sólo nos va a decir que le pidamos a Dios que solucione nuestro problema, sino que también nos ayudará; es el católico al cual muchos acuden porque ven en él a un hombre de Dios, alguien que nunca los va a dejar solos.

IV. REFLEXIÓN

Jesús te pide que estés de su lado, que vivas la fe anunciando su mensaje con el testimonio. Nos pide que, ante su llamado, no nos quedemos callados, aunque nos equivoquemos a veces. Por eso Jesús nos pide la actitud de Pedro, quien, aunque a veces meta la pata, se anima a hablar (Mt 16, 13-23). Jesús elogia la buena respuesta de Pedro y corrige su respuesta incorrecta, pero sobre él tiene la confianza de edificar su Iglesia... ¡Aunque se equivoque!

Nos preguntamos:

¿Qué tipo de católico soy realmente?

¿Qué me falta para ser auténtico católico y verdadero evangelizador?

¿Cuál es mi mayor desafío para ser testigo de Cristo en el mundo de hoy?

V. COMPARTIR

Compartimos lo que hemos reflexionado.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

Esponáneamente algunos hacen una plegaria al Señor por aquellas características que nos faltan para ser verdaderos católicos de hierro, con la confianza puesta en aquel que confía en nosotros y se nos revela para llevar su Buena Noticia a quienes aún no lo conocen.

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 15. LA CRUZ, BANDERA DE LIBERTAD

Primera parte

I. OBJETIVO

Que los adolescentes comprendan que en la cruz que cargamos en la vida podemos descubrir al Dios que nos acompaña y nos fortalece.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

Aterrado por mis pecados y por el peso enorme de mis miserias, había meditado en mi corazón y decidido huir a la soledad; mas tú me lo prohibiste y me tranquilizaste, diciendo: Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió por ellos

(Confesiones, Libro 10, Cap 43, 3)

III. DESARROLLO DEL TEMA

En Lc 9, 23, Mc 8, 34 y Mt 16, 24, Jesús mismo nos dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame”. Y si es Jesús mismo quien nos invita a tomar la cruz, ¿por qué negarnos?

A veces no es fácil entender lo que sucede a nuestro alrededor, y menos lo que nos sucede a nosotros mismos. Pero no porque no entendamos debemos renunciar al camino. Las piedras son parte de la senda, pero depende de cada uno tropezar con ellas, o utilizarlas para descansar y luego seguir.

¿Qué significa la cruz? ¿Es muerte, es pecado? ¿Es luz, es salvación? Está en cada uno entender la cruz. Depende de cada uno aceptar la propia cruz, y darle un valor de muerte, o un valor de vida.

Pero es simple, cuanto más entendemos los planes de Dios para nuestras vidas, más leve se vuelve la cruz que cargamos. Cuanto más sentimos placer en hacer la voluntad del Señor, más ignorado es el peso de nuestra cruz. Cuanto más nos colocamos delante del altar de Dios, más comprendemos que “todas las cosas cooperan para nuestro bien”, incluso el peso de la cruz que aguantamos.

Nuestra caminata en este mundo es un aprendizaje, una preparación para grandes desafíos, un escalón más para alcanzar la verdadera felicidad en Cristo Jesús. Cada uno, de manera particular, tiene una cruz a cargar. Y, por más que nos parezca pesada, es ajustada a nuestra resistencia. Es nuestra cruz... es perfecta para nuestro crecimiento espiritual... no podemos cambiarla por ninguna otra.

Cuando murmuramos por los dolores que ella nos trae; cuando nos curvamos ante las aflicciones que ella nos proporciona; cuando nos recusamos a aguantar la carga que nos es impuesta; perdemos la oportunidad de ir más lejos, de ascender más alto, de testificar las bendiciones maravillosas que el Señor tiene listas para los vencedores.

¿Tu cruz es pesada? ¡Yo te digo qué no! Tiene el peso exacto que puedes aguantar y las enseñanzas exactas que necesitas aprender. Y, con fe, vas a ver que las manos del Señor están colocadas entre tus hombros y tu cruz. Verás que Él te ayuda a que puedas llevar tu cruz con paciencia, paz y perseverancia.

Muchas veces cuesta entender que la cruz signifique “gracias, luz, esperanza, amor”. Pero la cruz encierra esto y mucho más. Si queremos entenderlo mejor, podríamos pensar que la cruz se conforma de dos partes, un tronco vertical y uno horizontal.

El vertical está apoyado al suelo, enterrado: son nuestros pecados, nuestro dolor, nuestras flaquezas, nuestros miedos. El tronco horizontal está elevado: son las gracias del cielo, de Dios; son su amor, sus dones, sus regalos para nosotros.

Pero el tronco vertical, que está enterrado, se eleva al cielo, puede llegar a Dios. Y así, si nosotros queremos, por la oración, por la entrega absoluta, nuestros errores y nuestro mal, puede llegar a Dios para que nos sane y dé vida nueva. Así también, el tronco horizontal se desparrama sobre el mundo, llega a todos los hombres. Ahí está el don de Dios: nuestras familias, nuestros amigos, nosotros mismos. Las alegrías y el bien de este mundo.

Por lo tanto, sabiendo que el mal del mundo se puede salvar en Dios, y que Dios derrama su amor sobre nosotros, tomemos nuestra cruz. Dejemos en las manos del Señor nuestro dolor, nuestro pecado y entreguemos al mundo nuestras gracias, nuestro amor, nuestra alegría en Dios.

IV. REFLEXIÓN

Leemos el siguiente cuento:

Un joven ya no podía más con sus problemas. Cayó de rodillas, orando:

- “Señor, no puedo seguir. Mi cruz es demasiado pesada”.

El Señor, como siempre, acudió y le contestó:

- “Hijo mío, si no puedes llevar el peso de tu cruz, guárdala dentro de esa habitación.

Después, abre esa otra puerta y escoge la cruz que tú quieras”.

El joven suspiró aliviado. “Gracias, Señor”, dijo, e hizo lo que le había dicho. Al entrar, vio muchas cruces, algunas tan grandes que no les podía ver la parte de arriba. Después, vio una pequeña apoyada en un extremo de la pared.

- “Señor”, susurró, “quisiera esa que está allá”.

Y el Señor contestó:- “Hijo mío, esa es la cruz que acabas de dejar”.

Cuando los problemas de la vida nos parecen abrumadores, siempre es útil mirar a nuestro alrededor y ver las cosas con las que se enfrentan los demás. Verás que debes considerarte más afortunado de lo que te imaginas.

Ahora vamos a tomarnos un momento para pensar en nuestras cruces...

Se invita a cada a dibujar en una hoja un mundo, y sobre él, algo separado, un cielo con nubes y un sol radiante.

Ahora, entre el cielo y la tierra, van a dibujar una cruz, su propia cruz. Puede ser grande, chica, puede llegar al cielo, o no.

Cada uno escribirá a los pies de la cruz alguna falta que le cueste confesar. A lo alto de la cruz, alguna falta que haya entregado a Dios, de la que Él lo haya liberado. A la izquierda de la cruz, las personas que son regalo de Dios: familiares, amigos, novio/a, personas particulares o algún hecho importante (positivo) de su vida. A la derecha de la cruz los dones, las virtudes, cualidades que Dios le dio.

V. COMPARTIR

Una vez hecho esto, se los invita a comentar en voz alta lo que escribieron, especialmente lo escrito a la izquierda y a la derecha (tal vez el resto es más personal).

Terminado esto, se los invita a comprender que la cruz, como ellos pueden ver, significa su vida entera, con lo bueno y lo malo. Que no se está solo en esta invitación a seguir el camino de Jesús, Él nos acompaña y nos ayuda a llevar nuestros problemas y nuestros logros ante Dios.

Podemos preguntarnos: ¿por qué debemos nosotros también aceptar el sufrimiento en nuestra vida y así “cargar con la cruz” y con ello seguir a Jesús? El catecismo nos recuerda que los cristianos no tienen que buscar el dolor, pero cuando se enfrentan a un dolor que no se puede evitar, éste puede cobrar sentido para ellos si unen su dolor al dolor de Cristo: “Cristo padeció por ustedes, y les dejó un ejemplo a fin de que sigan sus huellas” (1Pe 2, 21) [YOUCAT 102; CIC 618]

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

Jesucristo tiene ahora muchos amadores de su reino celestial, mas muy pocos que lleven su cruz. Tiene muchos que desean la consolación, y muy pocos que quieran la tribulación. Encuentra muchos compañeros para la mesa, y pocos para la abstinencia. Todos quieren gozar con Él, mas pocos quieren sufrir algo por Él. Muchos siguen a Jesús hasta el partir del pan (Lc 24,35), más pocos hasta beber el cáliz de la pasión (Mt 20,22). Muchos honran sus milagros, mas pocos siguen el vituperio de la cruz. Muchos aman a Jesús, cuando no hay adversidades. Muchos le alaban y bendicen cuando reciben de Él algunas consolaciones, mas si Jesús se escondiese y los dejase un poco, caerían en una profunda desesperación. Mas los que aman a Jesús por el mismo Jesús, y no por alguna propia consolación suya, lo bendicen en toda tribulación y angustia del corazón, tanto como en tiempo de consolación. Y aunque nunca más les quisiese dar consolación, siempre le alabarían, y le querrían dar gracias. ¡Oh! ¡Cuánto puede el amor puro de Jesús sin mezcla del propio provecho o interés!
(Imitación de Cristo, tratado espiritual del siglo XV. Libro II, cap. 11)

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 15. LA CRUZ, BANDERA DE LIBERTAD

Segunda parte

I. OBJETIVO

Que los adolescentes profundicen el sentido redentor de la cruz de Cristo

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

Cristo en la Cruz, haciendo suyo el grito inicial del Salmo 21, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", quería enseñar el carácter relativo y no absoluto del abandono sufrido a la hora de la muerte; Jesús quería inculcar a los hombres la participación en su abandono temporal y transitorio para arrancarlos del abandono eterno. Enseñaba la aceptación de la muerte temporal para escapar a la muerte eterna. El hombre viejo se preocupa de la muerte temporal, el hombre nuevo de la vida eterna.

(San Agustín, Carta 140 a Honorato)

II. DESARROLLO DEL TEMA

Vamos a hacer un repaso del camino de Jesús hacia la cruz: Domingo de Ramos, Jueves Santo y Viernes Santo. Luego vamos a reflexionar sobre el significado de su muerte. ¿Qué nos dice el Catecismo? (CIC 557-560, 569-570-573, 599-609, 620)

Jesús había anunciado en tres ocasiones su Pasión y su Muerte, antes de dirigirse consciente y voluntariamente (Lc 9, 51) al lugar de su Pasión y de su Resurrección. Él eligió la fecha de la fiesta de la Pascua judía para su muerte, como símbolo de lo que iba a suceder con él. Al igual que el pueblo de Israel fue liberado de la esclavitud de Egipto, así también libera Cristo de la esclavitud del pecado y del poder de la muerte.

No se llegó a la muerte violenta de Jesús por desgraciadas circunstancias externas. Jesús fue "entregado conforme al plan que Dios tenía establecido y previsto" (Hch 2, 23). Para que nosotros, hijos del pecado y de la muerte, tengamos vida, el Padre del Cielo "a aquél que no conoció el pecado, Dios lo identificó con el pecado a favor nuestro" (2 Cor 5, 21).

La grandeza del sacrificio que Dios Padre pidió a su hijo, corresponde sin embargo a la grandeza de la entrega de Cristo: "¿Y qué diré: 'Padre, líbrame de esta hora'? ¡Si para eso he llegado a esta hora!" (Jn 12, 27). Por ambas partes se trata de un amor que se demostró hasta el extremo en la Cruz.

Domingo de Ramos

El Domingo de Ramos abre solemnemente la Semana Santa, con el recuerdo de las palmas y de la pasión, de la entrada de Jesús en Jerusalén y la palabra que evoca la Pasión del Señor en el Evangelio de San Marcos. En este día, se entrecruzan la celebración alegre, multitudinaria, festiva, y la austera memoria de la pasión. Por un momento, la gente revivió la esperanza de tener ya consigo a aquel que venía en el nombre del Señor. Al menos así lo entendieron los más sencillos, los discípulos y gente que acompañó a Jesús.

Jueves Santo [CIC 610-611]

La liturgia del Jueves Santo invita a profundizar concretamente en el misterio de la

Pasión de Cristo, ya que quien desee seguirle tiene que sentarse a su mesa y, con máximo recogimiento, ser espectador de todo lo que aconteció en la noche en que iban a entregarlo. Y por otro lado, el mismo Señor Jesús nos da un testimonio idóneo de la vocación al servicio del mundo y de la Iglesia que tenemos todos los fieles cuando decide lavarle los pies a sus discípulos.

El Jueves Santo se celebra la Última Cena, el lavatorio de los pies, la institución de la Eucaristía y del Sacerdocio, y la oración de Jesús en el Huerto de Getsemaní. Antes de ser entregado, Cristo se entrega como alimento. Sin embargo, en esa Cena, el Señor Jesús celebra su muerte: lo hizo como anuncio profético y ofrecimiento anticipado y real de su muerte antes de su Pasión.

Este es el día en que se instituyó la Eucaristía, el sacramento del Cuerpo y la Sangre de Cristo bajo las especies de pan y vino. Cristo tuvo la Última Cena con sus apóstoles y, por el gran amor que nos tiene, se quedó con nosotros en la Eucaristía, para guiarnos en el camino de la salvación. Todos estamos invitados a celebrar la cena instituida por Jesús. Cristo nos deja su Cuerpo y su Sangre. Revivamos este gran don y comprometámonos a servir a nuestros hermanos.

Jesús, en este pasaje del Evangelio, nos enseña a servir con humildad y de corazón a los demás. Este es el mejor camino para seguir a Jesús y para demostrar nuestra fe en Él. Recordar que ésta no es la única vez que Jesús nos habla acerca del servicio. Debemos procurar esta virtud para nuestra vida de todos los días: vivir como servidores unos de otros.

La noche en el Huerto de los Olivos (Marcos 14, 32-42; CIC 612) Jesús experimenta miedo, la angustia ante la muerte, la tristeza por ser traicionado, soledad, compromiso por cumplir la voluntad de Dios, obediencia a Dios Padre y su confianza en Él. Las virtudes que nos enseña Jesús, entre otras, son la obediencia, la generosidad y la humildad.

Hoy inicia la fiesta de la “crisis pascual”, es decir, de la lucha entre la muerte y la vida, ya que la vida nunca fue absorbida por la muerte, pero sí combatida por ella. La noche del sábado de Gloria es el canto a la victoria y hoy es el himno a la lucha, pero de quien lleva la victoria porque su arma es el amor.

Viernes Santo

La tarde del Viernes Santo presenta el drama inmenso de la muerte de Jesús en el Calvario. La cruz erguida sobre el mundo sigue en pie como signo de salvación y de esperanza. Con la Pasión de Jesús según el Evangelio de Juan contemplamos el misterio del Crucificado, con el corazón del discípulo Amado, de la Madre, y del soldado que le traspasó el costado.

Jesús es sacerdote y templo a la vez, con la túnica íntegra que los soldados echan a suertes. Es el Cordero inmaculado e inmolado al que no le rompen los huesos. Es el exaltado en la cruz que todo lo atrae a sí, por amor, cuando los hombres vuelven hacia él la mirada.

La Madre estaba allí, junto a la Cruz. Está allí como madre y discípula que ha seguido en todo la suerte de su Hijo, signo de contradicción como Él, totalmente de su parte.

El soldado que traspasó el costado de Cristo de la parte del corazón, no se dio cuenta que cumplía una profecía y realizaba un último y estupendo gesto litúrgico. Del corazón de Cristo brota sangre y agua. La sangre de la redención, el agua de la salvación. La sangre es signo de aquel amor más grande, la vida entregada por nosotros; el agua es signo del

Espíritu, la vida misma de Jesús que ahora, como en una nueva creación, derrama sobre nosotros.

IV. REFLEXIÓN

Leemos la siguiente historia: Y así lo habíamos visto morir.

Los últimos días habían sido de recogimiento, de profundo pensar. Sabía que se acercaba su hora, estaba todo dispuesto. Así el Padre lo había querido, y así el Hijo lo había aceptado.

Unos días antes, él había llegado a la ciudad. Lo habíamos recibido con palmas, como se recibe a un Rey. Él era nuestro Rey, el Mesías esperado. Había entrado sobre un animal de carga, demasiado sencillo para su grandeza. Pero así lo había querido él. La gente lo aplaudía, lo alababa.

Habían pasado unos días, en silencio. Estábamos expectantes por tener noticias tuyas, el pueblo estaba revuelto. Esa noche, después de comer con sus amigos y entregado su cuerpo y su sangre en la nueva alianza, les había lavado los pies, se había hecho siervo para los suyos. Ellos habían entendido que era una despedida.

Entonces, él se dirigió con sus discípulos a un huerto a orar. A muchos nos hubiese gustado orar con él. Él había hecho milagros, había sanado enfermos, había dado esperanzas a nuestro pueblo. Pero ellos no le correspondieron, se quedaron dormidos mientras él rezaba, lo habían abandonado en el peor momento.

Casi al amanecer, los guardias habían ido a buscarlo con antorchas y armas, y lo habían encontrado allí, junto a los suyos. Buscaban a Jesús, el Nazareno. Él no tenía miedo de admitirlo: “Soy yo”, había dicho con calma. Le habían atado las manos y llevado ante el Sumo Sacerdote.

Hacía frío, un frío sobrenatural. Los soldados habían encendido un fuego para calentarse e increpaban a Pedro que se encontraba cerca: “¿Acaso no te vi con él en la huerta?”, le decían. Pedro lo negaba, como lo había hecho ya dos veces, hacía unos minutos. Enseguida cantaba el gallo y Pedro caía de rodillas al suelo. Había negado a su Rey, había negado a quien moriría por él.

Más tarde lo habían llevado ante Pilatos, ya malherido, ya sangrando. El pueblo, guiado por los Sumos Sacerdotes, pedía su muerte. Y así sucedería.

Lo habían llevado a un gran espacio abierto que estaba detrás de unos grandes árboles, y siguiendo órdenes, los soldados lo azotaban. Los látigos le marcaban la espalda, los clavos traspasaban la piel, los metales golpeaban su cuerpo y dejaban marcas profundas. Él lo resistía como nadie podría haberlo hecho jamás. Miraba al cielo, como pidiendo por su dolor, pero comprendía que así debía ser.

Más tarde el pueblo pedía su crucifixión. Entre el montón de gente pude ver a una mujer vestida de negro. Era diferente al resto, podía notarlo en su rostro pálido y sus ojos llorosos. Iba acompañada de otra mujer y un varón, Juan. Era su madre, María. Era quien lloraba por el hijo que iba a perder para entregarlo al mundo. Una espada le traspasaba el corazón y ella en silencio. Lo soportaba porque así debía hacerlo, pero sufría por el hijo de sus entrañas.

Me encontraba entre la multitud, observando incrédulo lo que sucedía. ¡Por Dios santo, iban a matar a nuestro Rey!

Pilatos había escrito sobre un trozo de madera: “Jesús el Nazareno, rey de los judíos”, y sus soldados lo habían colocado sobre la cruz. Él permanecía en silencio, sosteniendo el

madero en que iba a morir, con una corona de espinas en su cabeza, que le hacía sangrar y doler. Por su rostro caían las gotas rojizas. Por su cuerpo casi desnudo se abrían cortes y la piel se ponía morada con el paso del tiempo.

Después de caminar hasta lo alto de un monte, fuera de la ciudad, lo habían clavado a la cruz. Los clavos habían traspasado sus manos y sus pies, la sangre había sido derramada.

Junto a la cruz estaba su madre y, cerca de ella, el discípulo a quien él amaba. Desde lo alto, él los miraba. Era una mezcla de dolor ante el abandono y de misericordia porque lo veían sufrir. “Mujer, ahí tienes a tu hijo”, le había dicho a ella. “Hijo, ahí tienes a tu madre”, le había dicho a él. Y así, su Madre era entregada al mundo para que el mundo se cubriera bajo su manto.

Más tarde, los cielos habían comenzado a oscurecerse. Era temprano, pero el mismo cielo contaba los segundos para que todo se cumpliera. Él, casi sin aliento, pedía algo de beber, y los soldados le daban vinagre.

En ese momento, alzaba la vista al cielo y exclamaba: “Todo se ha cumplido”. Lo vi inclinar la cabeza y expirar, entregando su espíritu al Padre. Un dolor inmenso me partía el corazón, una lágrima corría por mi rostro mientras lo veía allí. Su madre abrazaba a quienes la acompañaban. Mayor dolor no podía sentir.

El cielo parecía proclamar su dolor y un trueno rompía el silencio. La tierra temblaba, las rocas se rajaban y el templo se partía en dos. Se partía el templo y así se partía el templo de su cuerpo, sucumbía ante la muerte.

Los soldados huían y otros se aseguraban de que los crucificados estuvieran muertos partiéndoles las piernas. A él no. A Él no le romperían los huesos. Tomó una lanza y le atravesó el costado. Sangre y agua brotaron enseguida. Era la sangre del hombre. Era el agua del Dios.

Al mismo tiempo, el capitán romano que estaba frente a Jesús exclamaba: “Verdaderamente este hombre era hijo de Dios.” Había venido al mundo a dar la vida por nosotros... y así lo habíamos visto morir.

V. COMPARTIR

¿Qué sentimientos te produce el texto?

¿Te Sientes parte del pueblo que lo condenó? ¿Como los soldados que lo azotaron y escupieron? ¿Te sientes como María, llena de profundo dolor?

3. ¿Qué significa esa cruz para ti? ¿Qué significa el sufrimiento de Jesús?

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

¡Virgen de dolores y Madre mía! Que, como Tú, acompañe yo siempre a tu Hijo en vida, redención y muerte. Y después de glorificado en la tierra, le glorifique por toda la eternidad, junto a Él y junto a Ti. Te lo pido por tu aflicción y martirio, al pie de la Cruz. Asísteme siempre, especialmente en ese último momento del combate cristiano que abrirá la eternidad feliz, en compañía de tu Hijo. Así sea.

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 16. NO BUSQUES ENTRE LOS MUERTOS AL QUE VIVE

I. OBJETIVO

Después de meditar sobre la cruz, el objetivo es pensar en que el fin y la gracia de nuestra fe no permanecen en la muerte, sino en la resurrección.

Confirmar que la Pascua no es solamente aquel paso de la muerte a la vida de Jesucristo, sino que la Pascua se hace una con nosotros en nuestras muertes y resurrecciones, que Jesús nos salva.

San Pablo nos dice “Ya que han resucitado con Cristo, busquen los bienes de allá arriba... aspiren a los bienes de arriba, no a los de la tierra.” Comprender que en el sepulcro vacío esta puesta nuestra fe, que no permanece encerrada en la muerte, sino que sale a la vida como Cristo, y que así salgamos nosotros al mundo.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

“No es gran cosa creer que Cristo muriese; porque esto también lo creen los paganos y judíos y todos los inicuos: todos creen que murió. La fe de los cristianos es la Resurrección de Cristo; esto es lo que tenemos por cosa grande: el creer que resucitó”

San Agustín, Comentarios sobre el salmo 120

II. DESARROLLO DEL TEMA

Hoy hemos llegado al momento culminante de nuestra fe: *¿Buscáis a Jesús, el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado.* Celebramos que hoy se cumple la promesa de salvación de Dios.

La Revelación de Dios comienza desde el mismo origen del mundo y del ser humano... es una promesa de salvación y alianza... Dios desde el principio entabló con el ser humano un diálogo de amor...

Dios invitó a los seres humanos a una comunión íntima con Él. Esta invitación no fue interrumpida por el pecado y se mantiene viva en la promesa de salvación y de alianza que Dios hace para la salvación de la humanidad...

Hoy celebramos la Nueva Alianza inaugurada en Cristo Resucitado, de la que todos nosotros estamos llamados a participar para vivir en comunión con Él.

En Marcos 16, 1-8 podemos leer el anuncio de la Resurrección:

Pasado el sábado, María Magdalena, María la madre de Santiago y Salomé compraron perfumes para ir a embalsamarlo. El primer día de la semana, muy de madrugada, al salir el sol, fueron al sepulcro. Iban diciéndose: «¿Quién nos rodará la losa de la puerta del sepulcro?». Levantaron los ojos, y vieron que la losa había sido removida; era muy grande. Entraron en el sepulcro y, al ver a un joven sentado a la derecha, vestido con una túnica blanca, se asustaron. Pero él les dijo: «No se asusten. Buscan a Jesús nazareno, el crucificado. Ha resucitado. No está aquí. Vean el sitio donde lo pusieron. Vayan, digan a sus discípulos y a Pedro que él irá delante de ustedes a Galilea. Allí lo verán, como él les dijo». Ellas salieron huyendo del sepulcro, porque se había apoderado de ellas el temor y el espanto, y no dijeron nada a nadie porque tenían miedo.

Reflexionando sobre el evangelio podemos ver algunos aspectos:

- Las mujeres habían sido presentadas poco antes, en el drama de la pasión, diciendo, justamente al producirse la muerte de Jesús, que miraban desde lejos (Mc 15,40). Y se nos dice que ellas se fijaban en el lugar donde ponían el cadáver de Jesús (Mc 15,47).

- “Pasado el sábado” se refiere a después de la puesta del sol, momento en el que el reposo sabático se ha terminado y se reanudaban las actividades ordinarias. Por ello las mujeres pueden hacer una tarea que no habían podido hacer antes: “comprar” lo necesario para ir el día después a realizar las unciones del cadáver.

- “El primer día de la semana” se llamará más tarde “domingo”.

- El evangelista nos hace prestar atención a la “piedra” como preocupación de las mujeres, diciendo que “era muy grande”. Es un modo de decir que algo extraordinario ha pasado en el hecho inesperado de que ya “estaba corrida”.

- “Un joven vestido de blanco”: el color blanco es habitual en las manifestaciones de Dios o de sus mensajeros. Se está diciendo, con este signo, que lo que ha sucedido es obra de Dios.

- “Se asustaron”: la reacción descrita con esta palabra es la típica ante una manifestación de Dios (Mc 6,50; 9,6). A dicha reacción le responde a menudo el “no os asustéis” o “no temáis” (Mc 6,50;16,6).

- La expresión “Jesús el Nazareno, el crucificado”, resume la identidad y la historia humana de Jesús.

- “Ha resucitado”: si vamos al sentido del verbo griego, tenemos que decir; “ha sido resucitado”, haciendo referencia a la acción de Dios, el que da la vida al justo, al pobre.

- Los discípulos “verán” al resucitado “en Galilea” y empezarán a anunciar el evangelio. Jesús también había empezado allí (Mc 1,14-10).

El relato llamado del “sepulcro vacío”, es común a todos los Evangelios. Se convierte en signo de la afirmación de la fe: Cristo ha sido resucitado por el Padre, es decir, no está entre los muertos, no ha quedado atrapado en el lugar de los muertos donde había sido introducido.

“Galilea” es la vida de cada día, es el lugar y el ambiente concreto donde cada uno de nosotros vive, ama, es amado, trabaja, lucha, celebra los acontecimientos importantes... El lugar donde vivimos la mezcla de vida y muerte, de amor y desamor, de tristeza y alegría, de trabajo y diversión, de lucha y descanso... “Galilea” es el único lugar donde podemos “ver” al Resucitado, el único lugar donde somos llamados por Él a seguirlo. Y el lugar donde cada discípulo hará, en nombre de Él, la llamada a nuevos discípulos, anunciando el Reino de Dios (Mc 1,1 .14-20), anunciando que el Crucificado ha Resucitado.

¿Qué nos dice el Catecismo?: [YouCat 104-107]

No se puede ser cristiano sin creer en la resurrección de Cristo. “Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe” 1Cor. 15, 14. [CIC 631, 638, 651]

Los discípulos, que antes habían perdido toda esperanza, llegaron a creer en la Resurrección de Jesús porque lo vieron de formas diferentes después de su muerte, hablaron con él y experimentaron que estaba vivo. [CIC 640-644,656]

¿Hay pruebas de la Resurrección de Jesús? No hay pruebas de su Resurrección en el sentido de las ciencias positivas. Pero, como hecho histórico y trascendente a la vez,

dio lugar a testimonios individuales y colectivos muy poderosos, por parte de un gran número de testigos de los acontecimientos de Jerusalén. [CIC 639-644, 647, 656-657]

¿Volvió Jesús por la Resurrección al estado corporal que tenía durante su vida terrena? El Señor resucitado se dejó tocar por sus discípulos, comió con ellos y les enseñó las heridas de la Pasión. Sin embargo, su cuerpo ya no pertenece únicamente a la tierra, sino al ámbito divino del Padre. [CIC 645-646]

¿Qué ha cambiado en el mundo por la Resurrección? Puesto que ya no todo termina con la muerte, la alegría y la esperanza han entrado en el mundo. Después de que la muerte “ya no tiene dominio” (Rom. 6, 9) sobre Jesús, no tiene ya tampoco poder sobre nosotros, que pertenecemos a Jesús. [CIC 655, 658]

IV. REFLEXIÓN

JESÚS RESUCITÓ. Cuento de Claudio Barrera Contreras

Una gran noticia llegó hasta el alejado pueblo en donde vivía Felipe: Jesús, el hijo de Dios ha Resucitado -se leía en la tarjeta muy hermosa que su madre abría y compartía con sus hijos. Ésta era una tradición que el Padre Juan tenía desde hace muchísimos años y que la gente apreciaba enormemente, especialmente aquellos que, como los Fernández, vivían muy alejados y no siempre podían estar presentes en las celebraciones.

Felipe era el menor de la familia Fernández y era un eterno preguntón; parecía que quería saber y conocer todo lo que pasaba a su alrededor, era como estar preparándose para vivir de mejor forma la vida. A su corta edad, 6 años, llevaba muchísimas preguntas hechas que tanto sus padres como hermanos trataban de responder. Así que a su mamá no le causó gran impresión que Felipe le preguntara sobre esta buena noticia que habían recibido con la tarjeta del Padre Juan.

Su madre, como siempre, con gran paciencia y cariño se esmeraba en responderle a su hijo y le contó que la resurrección era el milagro más grande que pudo haber pasado: - ¡Imagínate! -mirando a Felipe que escuchaba con gran atención- ¡es como volver a vivir de nuevo! ¿No te parece algo muy bonito?

Felipe movía la cabeza como entendiendo todo lo que su madre le contaba -sin embargo, su corta edad no le permitía entender bien lo que escuchaba.

Al día siguiente de escuchada la noticia, esta buena noticia que les había llegado, Felipe comenzó a entender que era algo importante. En el desayuno había un rico pastel preparado por su madre, junto a otros bocaditos que se veían muy ricos. Al ver este pastel y la mesa tan bonita arreglada, Felipe preguntó: ¿quién esta de cumpleaños? Sus hermanos se largaron a reír y Martín le dijo: Nadie, Felipe, sólo estamos celebrando que Jesús resucitó. Y desde ese día, por la cabeza de Felipe comenzó a dar vueltas y vueltas esto que su madre le había contado: ¡Es como volver a vivir de nuevo!

Pasado el tiempo, los hijos seguían creciendo bajo la atenta mirada de sus padres que se preocupaban por darles lo mejor. En familia y a la orilla del fuego, todas las noches antes de cenar hacían su oración. En ella a cada uno le tocaba pedir algo y Felipe siempre pedía que quería volver a vivir de nuevo. Para Felipe cada día era una resurrección, cada día era como empezar y trataba de entregar lo mejor de sí.

Cada año, con gran alegría esperaba la tarjeta del Padre Juan y se preparaba para un gran desayuno que le recordaría lo importante que era esa noticia. Sin embargo, unos años más tarde, la tarjeta no llegó y vio a su madre con una cara de mucha tristeza...

Al verla se le acercó y le preguntó: Mamá, ¿por qué estás triste?, ¿porque la tarjeta no llegó?

Y su madre, con la ternura de siempre, lo tomó entre sus brazos y le contó una pequeña historia: Sabes, hijo mío, ¿tú sabes que Jesús resucitó, no es verdad? Pero para llegar a este milagro tan grande tuvo que pasar por muchas cosas, incluso tuvo que morir, y murió valientemente en la cruz por amor a todos nosotros.

Sabes, hijo mío, el Padre Juan quiso seguir el ejemplo de Jesús y quiso también que, durante muchos años, nosotros supiéramos que estando junto a Dios todo es posible. Felipe, el Padre Juan murió y por eso este año no hubo tarjeta anunciando esta buena noticia, pero tú sabes, al igual que yo, que Jesús resucitó y que el Padre Juan también lo hará con él. Felipe un poco entristecido y sin hacer más preguntas, se fue al jardín.

Llegada la noche y al momento de la oración, cuando a Felipe le tocó el turno de hablar, le pidió a Dios que quería seguir su ejemplo, como lo había hecho el Padre Juan, para poder contarles a todos sus amiguitos la buena noticia de que Jesús, el Hijo de Dios resucitó.

*Y así, al pasar los años, Felipe se hizo sacerdote y volvió a sus tierras para seguir entregando una hermosa tarjeta llena de amor para todos los hombres, mujeres y niños con la gran noticia: **JESÚS RESUCITÓ***

1. ¿Qué cosas te dejó el cuento?
2. La resurrección de Jesús: ¿Qué significa para ti? ¿En qué aspectos de tu vida te salvó Jesús? ¿Qué cosas resucitó en ti (alegría, esperanza, servicio, etc)?
3. Como en el cuento: ¿Qué serías capaz de hacer para contar a los demás la gran noticia de que Cristo resucitó?

V. COMPARTIR

San Agustín nos dice: “El Señor “pasó”, por la pasión, de la muerte a la vida, y se hizo camino a los creyentes en su resurrección para que nosotros “pasemos” igualmente de la muerte a la vida.”

Teniendo en cuenta esta frase, compartamos en precomunidad lo que reflexionamos. Qué aspectos de nuestra vida han resucitado con Cristo, cuáles faltan resucitar. Cuál es nuestra Pascua, qué significa para nosotros este paso de la muerte a la vida.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

Señor Dios, tú no estás nunca lejos de aquellos que te buscan sinceramente. Acompaña a aquellos que vagan lejos de ti y por tu entrega en la cruz y resurrección haz que conviertan sus corazones hacia la verdad y concédeles que puedan ver los signos de tu presencia en la belleza de las cosas creadas. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor, que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 17. UN SUSURRO DE AMOR, HURACÁN DE TERNURA QUE NOS IMPULSA: EL ESPÍRITU SANTO

Primera parte: DONES DE SABIDURÍA Y DE ENTENDIMIENTO

I. OBJETIVO

Que los adolescentes aprendan cuáles son los dones del Espíritu Santo, cuál es el significado de cada uno, y procuren reconocerlos y ponerlos en ejercicio en la vida de cada uno.

Ambientación

Para la primera reunión, se puede colgar un afiche vacío. Se deben armar aparte los nombres de los dones del Espíritu Santo, y en cada una de las reuniones se irán pegando en el afiche aquellos de los que trate la reunión.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

*Me horroricé de temor y a la vez me enardecí
de esperanza y gozo en tu misericordia, ¡oh Padre!
Y todas estas cosas se me salían por los ojos y por la voz
al leer las palabras que tu Espíritu bueno,
vuelto a nosotros, nos dice: Hijos de los hombres,
¿hasta cuándo han de ser pesados de corazón?
¿Por qué aman la vanidad y buscan la mentira?*

(Confesiones 9, 9)

III. DESARROLLO DEL TEMA

Para comenzar, se les pregunta si saben cuáles son los dones del Espíritu Santo, que los enumeren.

Luego, se leen y comentan entre todos las siguientes frases, intentando ver a qué dones del Espíritu hacen referencia:

“La sabiduría no es otra cosa que la medida del espíritu, es decir, la que nivela al espíritu para que no se extralimite ni se estreche” (San Agustín)

“Muchas palabras nunca indican mucha sabiduría” (Tales de Mileto)

“Nadie niega a Dios, sino aquel a quien le conviene que Dios no exista”

(San Agustín)

Luego se pegan en el afiche los dones a tratar en esta reunión: SABIDURÍA Y ENTENDIMIENTO.

Explicamos el contenido

Preguntamos qué entienden por los dones de Sabiduría y Entendimiento.

Leemos los siguientes cuentos:

LAS CAMPANAS DEL TEMPLO (De Anthony de Melo)

El templo había estado sobre una isla, dos millas mar adentro. Tenía un millar de campanas. Grandes y pequeñas campanas, labradas por los mejores artesanos del

mundo. Cuando soplaba el viento o arreciaba la tormenta, todas las campanas del templo repicaban al unísono, produciendo una sinfonía que arrebatava a cuantos la escuchaban. Pero, al cabo de los siglos, la isla se había hundido en el mar y, con ella, el templo y sus campanas. Una antigua tradición afirmaba que las campanas seguían repicando sin cesar y que cualquiera que escuchara atentamente podría oír las.

Movido por esta tradición, un joven recorrió miles de millas, decidido a escuchar aquellas campanas. Estuvo sentado durante días en la orilla, frente al lugar en el que en otro tiempo se había alzado el templo, y escuchó con toda atención. Pero lo único que oía era el ruido de las olas al romper contra la orilla. Hizo todos los esfuerzos posibles por alejar de sí el ruido de las olas, al objeto de poder oír las campanas. Pero todo fue en vano; el ruido del mar parecía inundar el universo.

Persistió en su empeño durante semanas. Cuando le invadió el desaliento, tuvo ocasión de escuchar a los sabios de la aldea, que hablaban con unción de la leyenda de las campanas del templo y de quienes las habían oído y certificaban lo fundado de la leyenda. Su corazón ardía en llamas al escuchar aquellas palabras, para retornar al desaliento cuando, tras nuevas semanas de esfuerzo, no obtuvo ningún resultado. Por fin decidió desistir de su intento. Tal vez él no estaba destinado a ser uno de aquellos seres afortunados a quienes les era dado oír las campanas. O tal vez no fuera cierta la leyenda. Regresaría a su casa y reconocería su fracaso. Era su último día en el lugar y decidió acudir una última vez a su observatorio, para decir adiós al mar, al cielo, al viento y a los cocoteros.

Se tendió en la arena, contemplando el cielo y escuchando el sonido del mar. Aquel día no opuso resistencia a dicho sonido, sino que, por el contrario, se entregó a él y descubrió que el bramido de las olas era un sonido realmente dulce y agradable. Pronto quedó tan absorto en aquel sonido que apenas era consciente de sí mismo. Tan profundo era el silencio que producía en su corazón... ¡Y en medio de aquel silencio lo oyó! El tañido de una campanilla, seguido por el de otra, y otra, y otra... Y en seguida todas y cada una de las mil campanas del templo repicaban en una gloriosa armonía, y su corazón se vio transportado de asombro y alegría.

EL MAESTRO (María Inés Casalá)

Un anciano tenía fama de sabio y la gente acudía a él en busca de ayuda o de consejo. Y cuando un forastero preguntaba por qué le decían maestro, en qué consistía la sabiduría, o qué ciencia dominaba ese hombre que parecía un humilde campesino, la gente no sabía muy bien qué responder. -Es un hombre feliz, vive en paz con todos-, era una de las tímidas respuestas.

Un joven que escuchó hablar de él y que ansiaba adquirir conocimientos, se presentó una noche para pedirle que le enseñara. El anciano se sorprendió del pedido, pero aceptó con entusiasmo. Hacía muchos años que vivía solo y le gustó la idea de tener a alguien con quien compartir su tiempo nuevamente.

A la mañana siguiente, se levantaron y prendieron el fuego para calentar agua y cocinar el pan que habían dejado preparado la noche anterior. Mientras esperaban que el desayuno estuviera listo, el maestro se sentó en un banquito y se puso a contemplar por la ventana. El discípulo, parado detrás de él, trataba de poner la mirada en el mismo lugar que el maestro, para descubrir qué estaba mirando tan concentrado. Por

la ventana sólo se veía el campo, flores silvestres, el gallinero y los perros recibiendo los primeros rayos del sol. A los pocos minutos, el joven se aburría y se fue a sentar. Tomó un libro de su mochila y comenzó a leer. Sin embargo, a cada momento se distraía y pensaba cómo el maestro podía perder el tiempo sin hacer nada.

Cuando el olor a pan inundó la habitación, el maestro se levantó, preparó el té, colocó dos jarros sobre la mesa y el pan sobre una servilleta. Se sentó, indicó, con un gesto de su mano, al discípulo que hiciera lo mismo y comenzó a comer el pan cortándolo en pedacitos y mojándolos en el té caliente. El discípulo estaba asombrado: el maestro se había olvidado de agradecer la comida. Sin disimular y para que el otro se diera cuenta de su error, agachó la cabeza durante unos instantes como si estuviera rezando. Después, comenzó a comer.

Cuando terminaron el desayuno, colocaron cada cosa en su lugar y el maestro le preguntó al joven de qué quería conversar. En el instante en que le iba a contestar, se abrió la puerta de golpe y entró un niño corriendo: -Maestro, maestro, mire el pescado que saqué del agua, hoy vamos a comer como reyes. El maestro se levantó, aplaudió la hazaña del niño y se ofreció para ayudarlo a limpiar el pescado. Mientras tanto, le preguntó por toda la familia, y le explicó varias maneras de cocinarlo. Antes de que se fuera, le regaló un pequeño recipiente con un condimento especial para darle más sabor a la preparación.

El discípulo estaba asombrado y desconcertado. Ya había pasado más de medio día y no había aprendido nada. A partir del momento en que el niño dejó la casa, cada vez que el maestro se iba a poner a conversar con él, alguien del pueblo interrumpía la conversación. Iban a pedirle algo o a llevarle un pequeño regalo -una papa, una planta de lechuga-, como agradecimiento por alguna ayuda que él les había dado. Pasó el día y anocheció. El maestro cortó las verduras y puso el caldo en el fuego, mientras amasaba con mucha dedicación el pan para el otro día. Comieron y se fueron a dormir.

Los días siguientes fueron más o menos similares: pasaban las horas yendo de un lugar a otro, ayudando o visitando a las personas del pueblo; trabajaban la pequeña huerta; alimentaban a las gallinas y juntaban los huevos, que regalaban al que los necesitaba. Una noche, entre la respiración profunda del maestro y el enojo acumulado por no aprender nada nuevo, el discípulo daba vueltas en la cama sin poder dormir. No sabía si irse o quedarse. Por fin, casi entrada la madrugada decidió probar durante un día más. Al amanecer, el maestro se levantó, se despertó y comenzó a prender el fuego para el desayuno. Puso el agua a calentar, el pan a cocinar, y se sentó en el banquito a mirar por la ventana.

Así lo encontró el joven cuando despertó. Se dio cuenta de que todo iba a seguir igual que los días anteriores. Al enojo que había acumulado se le sumó el mal dormir y estalló: -¡Yo vine a buscar sabiduría, a entender las cosas de la vida, a aprender a vivir mejor, y lo que me encuentro es alguien con una vida común, diría que vulgar, que ni siquiera es capaz de tener un momento para reflexionar y agradecer al creador por todo lo que recibió de él!

El maestro lo miró con los ojos tristes; una expresión que nunca antes le había visto. Y le contestó: -Cuando contemplo la mañana por la ventana, veo las flores, huelo su perfume y de esa manera, usando mis ojos y mi olfato para gozar de lo que Dios hizo para nosotros, lo alabo. El campo y el gallinero, son los que nos ofrecen la comida de cada día

y, al mirarlos, no me queda más que agradecer por la vida. Los perros descansando me recuerdan que pasaron toda la noche en vela cuidándonos mientras dormimos.

Esto me lleva, necesariamente, a agradecer a Dios que en todo momento y sin descansar tiene sus ojos puestos en nosotros para acompañarnos, para cuidarnos y para hacernos felices. Eso me llena de alegría y paz. Ya no necesito nada más, porque estoy seguro de que Dios está conmigo. Cada persona que golpea mi puerta me hace sentir útil, necesario, querido. Cada vez que recibo un pequeño regalo de la gente humilde de la aldea, siento que es Dios mismo que me lo da, sirviéndose de las manos de los demás y me recuerda, así, que no soy el único que puede dar.

El discípulo estaba tan enojado que casi no escuchó las palabras del anciano. Agradeció, por educación, el hospedaje y volvió a su pueblo, olvidándose por mucho tiempo de lo que el maestro le había dicho. Allí, conoció una chica de quien se enamoró. Se casaron y formaron una familia.

Cierto día, al volver de trabajar en el campo, vio desde lejos a sus hijos jugando. Se acercó despacio y desde atrás de un árbol se quedó mirando. Así lo descubrió su esposa que le preguntó: -¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué haces mirando a los niños jugar? -Estoy mirando la maravilla más grande que Dios nos ha regalado, estoy alabándolo mientras escucho sus gritos y sus cantos, estoy dando gracias por el trabajo que me permite traerles todo los días un pedazo de pan, y estoy dando gracias a Dios, porque sí yo, que soy muy débil, cuido de ellos y me preocupo, cuánto más él con todo su poder y su inmenso amor.

Ese día el hombre recordó las palabras de su maestro y entendió.

Luego de leer los cuentos, se dialoga entre todos sobre sus mensajes. Después, el Animador leerá las siguientes reflexiones sobre los dones de Sabiduría y Entendimiento.

Don de Sabiduría

Muchas veces se confunde el don de la sabiduría con el conocimiento de cosas, con lo científico, con el saber. Sin embargo, la sabiduría es otra cosa. Todos tenemos experiencias de conocer a personas sabias que no han realizado grandes estudios. ¿Cómo se obtiene el don de la sabiduría? Al decir que es un don, queda claro que es un regalo. Muchas veces recibimos regalos que no utilizamos, que dejamos olvidados en algún rincón de la casa. Esto mismo nos puede pasar con los dones del Espíritu. Para hacerlos crecer en nosotros, para hacerlos germinar y que no queden como semillas, es necesario una acción de parte del hombre. En este caso, el hombre tiene que estar dispuesto a gustar de la vida, de Dios. Ser capaz de desprenderse de todo para dejarse llenar por Dios, disfrutándolo. El don de la sabiduría crece en el corazón más que en la mente.

Don de Entendimiento

“Hace falta el estudio y hace falta la meditación; pero, sobre todo, hace falta la confianza de dejarse sorprender por el Espíritu en rincones llenos de promesa. Si el don de la sabiduría es “gusten”, el de entendimiento es “vean”. Ver con los ojos de Dios, entender con su mente, contemplar con su Espíritu. Reconocer la mano de Dios donde otros sólo ven circunstancias humanas, descubrir providencia en la historia, y amor en el sufrimiento” (Carlos G. Vallés).

El joven del cuento había aprendido a vivir. Sabía disfrutar, estaba feliz con la familia que había constituido, pero le faltaba algo más, que no podía alcanzar por su propia

voluntad, buscándolo a la fuerza.

Entender el por qué de las cosas de la vida, descubrir la presencia de Dios permanentemente a su lado, es algo que viene del Espíritu. Es él quien da el entendimiento para descubrir lo trascendente.

IV. REFLEXIONAR

Individualmente reflexionamos sobre las siguientes preguntas:

¿En qué momentos se nos plantea la necesidad de “poner en práctica” estos dones del Espíritu Santo?

¿Fuimos conscientes alguna vez que necesitamos “pararnos a pensar” para descubrir los dones que tenemos?

¿Sabemos realmente descubrir esos dones en nosotros? ¿Y en los demás?

¿Los ponemos al servicio de nuestros hermanos? ¿Por qué?

¿Qué nos hace difícil su reconocimiento y posterior puesta en práctica?

¿Cómo nos sentimos cuando tomamos consciencia de dichos dones? ¿Y cuándo nos damos cuenta que supimos “usarlos”?

V. COMPARTIR

Ponemos en común lo que hemos reflexionado.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

Para terminar la reunión se propone una oración en la que se pida al Espíritu Santo la consciencia de su presencia en la vida de cada uno, y donde se le pida que nos ayude a descubrir los dones que tenemos, y a saberlos utilizar para el bien nuestro y de los demás.

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 17. UN SUSURRO DE AMOR, HURACÁN DE TERNURA QUE NOS IMPULSA: EL ESPÍRITU SANTO

Segunda parte: DONES DE CONSEJO, FORTALEZA Y PIEDAD

I. OBJETIVO

Continuar comprendiendo el significado de los dones del Espíritu para aplicarlos a la vida.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

*El corazón traspasado por tus flechas.
Habías asaeteado tú nuestro corazón con tu caridad
y llevábamos tus palabras clavadas en nuestras entrañas;
y los ejemplos de tus siervos,
que de oscuros habías vuelto resplandecientes y de muertos vivos,
recogidos en el seno de nuestro pensamiento,
abrasaban y consumían nuestro grave torpor,
para que no volviésemos atrás,
y nos encendíamos fuertemente
para que el viento de la contradicción de las lenguas dolosas
no nos apagase, antes nos inflamase más ardientemente*

(Conf. 9, 3)

III. DESARROLLO DEL TEMA

Para dar comienzo a la reunión se propone la lectura de las siguientes frases. Se dialogará sobre el significado de cada una, se pregunta si encuentran alguna relación con los dones tratados la semana anterior, o a cuáles dones hacen referencia. Por último, se agregará al afiche los tres dones sobre los que se hablará en esta reunión.

FRASES (se pueden colocar en carteles en el salón)

“Dar buenos consejos a los compañeros, es una manera de hacer obras de caridad”
(Don Bosco)

“No se tome ninguna resolución sin haber pedido antes consejo” (Don Bosco)

“¡Ay amor tan ingrato, quítame sólo una duda: si eres tú el que se muere o soy yo el que te mato!” (Ricardo Arjona)

“Ama si quieres influir” (Doménico Cieri Estrada)

“El que verdaderamente ama, nunca mira su provecho” (Séneca)

“La medida del amor es amar sin medida” (San Agustín)

“El futuro no está en nuestras manos. No ejercemos poder sobre él. Sólo nos queda actuar, aquí y ahora” (Teresa de Calcuta)

Explicamos el contenido

Se preguntará: ¿qué significan los dones de Piedad, Fortaleza y Consejo para ustedes? Luego, se leen los cuentos siguientes (aunque conviene que se lean los tres a todos, se pueden dividir en tres grupos, y que cada grupo lea uno de los cuentos, y después lo cuente detalladamente al resto):

LA MUERTE, LA MADRE Y EL ANGEL (Autora: Evangelina)

En pleno día -por tiempo y por edad- la mujer vestía de noche. La oscuridad de su pena hacía juego con la suelta cabellera, los ojos insondables y la túnica. Cansada de llamar a la Muerte, que bajó la caperuza, tapó sus oídos y vagó por el mundo sólo por no oírla, acudió al Ángel.

-Señor: he perdido a mi hijo. ¡Era tan pequeño que cabía exactamente en la cuna de mis brazos! En vano llamé a la Muerte para que me lo devolviera.

-¿No sabes, mujer, que la muerte no devuelve nada?

-Le rogué que me llevara junto a él. No fui escuchada. No tengo paz ni consuelo. Toda yo soy una estéril lluvia de lágrimas.

-Resignación, Mujer.

-Lo soñé con amor. Lo engendré con amor. Lo esperé con amor. Lo di a luz con amor... Y me fue arrebatado. No tiene sentido.

-Busca las palabras de la resignación y de la fe -dijo el Ángel y desapareció.

La Mujer cerró sus desolados ojos. Cuando los volvió a abrir estaba en una iglesia que destilaba esplendor. En los murales, pintores de clara estirpe idealizaron hasta el arrebató místico, los rostros de vírgenes y santos. Se arrodilló ante el sacerdote.

-Padre: he perdido a mi hijo. No tengo paz ni consuelo. En vano he llamado a la Muerte. Vivo en martirio.

-Bienaventurados los que sufren porque de ellos será el reino de los cielos... Dios da y Dios quita. Tu criatura, mujer, es un ángel grato a los ojos del Señor. Resignación, hija mía, resignación.

Cubierta con su cabellera como un manto, fue a una sinagoga. Refulgían la estrella de David y los candelabros de siete brazos. Se arrodilló ante el rabino.

-Señor: he perdido a mi hijo. Lo engendré con alegría. No tengo calma, ni consuelo, ni sentido mi vida. Soy un dolor.

-Un Rabí perdió a su hija recién nacida y, en su acompañamiento, iba alegre... Cuando le preguntaron el motivo, repuso: Me alegra devolver a Jehová un alma tan pura como cuando él me la dio... Dios da y Dios quita. Resignación, hija mía, resignación.

Envuelta en la oscuridad de su cabellera y de su pena, la mujer entró en la mezquita. La filigrana de la piedra reproducía, hasta el infinito, el nombre de Alá. Se hizo un ovillo a los pies del Imán.

-Señor: he perdido a mi hijo. Era tan pequeño que mis brazos le bastaban. Lo amaba y lo perdí. No tengo consuelo.

-La verdadera tumba de los mortales no está en la tierra sino en el corazón de los hombres... Tu hijo está vivo en tu corazón. Vida y muerte no nos pertenecen, Dios da y Dios quita. Resignación, hija mía, resignación.

Arrebujada en el manto vivo de su cabellera, la madre entró en una capilla evangelista. Las paredes eran grises y desnudas. Sólo un crucifijo fino, de madera negra. En lo alto, los fragmentados colores de un vitral. Dobló su torturada humanidad ante el Pastor.

-Señor: he perdido a mi hijo. Era tan pequeño y tan grande mi dolor. Vivo pensando y sin consuelo.

-En el día del juicio final veremos los rostros de él y de los seres que amamos. Dios da y Dios quita. Resignación, hija mía, resignación.

En lágrimas, ya sin fuerzas, la madre era una figura oscura, espasmódicamente sacudida por sollozos y el viento. Ajena a la vida que pasaba a su alrededor, sólo recordaba el hijo

que tuvo en sus brazos y se perdió como en un sueño...

El Portero Celestial, con infinita pena le alzó el rostro.

-Mujer, levántate. Voy a llevarte ante quien comprenderá tu dolor.

Por un instante, la madre abandonó su oscuridad de cuerpo y espíritu.

-¡Señora...! - suplicó ante la augusta figura. -Tú que perdiste a tu Hijo, dime, ¿cuál es la fórmula del consuelo?

Entonces, a dos mil años del hecho, los ojos de la virgen María se llenaron de lágrimas...

PATALEANDO (Mamerto Menapace)

Una ranita salió con una amiga a recorrer la ciudad, aprovechando los charcos que dejara una gran lluvia. Ustedes saben que las ranitas sienten una especial alegría luego de los grandes chaparrones, y que esta alegría las induce a salir de sus refugios para recorrer mundo.

Su paseo las llevó más allá de las quintas. Al pasar frente a una charca de las afueras, se encontraron con un gran edificio que tenía las puertas abiertas. Llenas de curiosidad se animaron mutuamente a entrar. Era una quesería. En el centro de la gran sala había una enorme tina de leche. Un tablón permitió a ambas ranitas trepar hasta la gran olla, en su afán de ver cómo era la leche. Pero, calculando mal el último saltito, se fueron las dos de cabeza dentro de la tina, zambulléndose en la leche.

Lamentablemente pasó lo que suele pasar: caer fue una cosa fácil; salir era el problema. Porque, desde la superficie de la leche hasta el borde del recipiente, había como dos cuartas de diferencia. Y aquí era imposible ponerse en vertical. El líquido no ofrecía apoyo ni para erguirse ni para saltar.

Comenzó el pataleo. Pero, luego de un rato, la amiga se dio por vencida. Constató que todos sus esfuerzos eran inútiles y se tiró al fondo. Lo último que se le escuchó fue: "Glu-glu-glu", que es lo que suelen decir los que se dan por vencidos.

Nuestra ranita, en cambio no se rindió. Se dijo que, mientras viviera, seguiría pataleando. Y pataleó, pataleó y pataleó. Tanta energía y constancia puso en su esfuerzo, que finalmente logró solidificar la nata que había en la leche y, parándose sobre el pan de manteca, hizo pie y saltó para afuera.

UN ASUNTO DE MONOS (Anthony de Melo)

El señor Robinson llegó a casa fatigado llevando un gran mono cómodamente sentado en sus hombros. La señora Robinson se sintió muy preocupada al ver a su marido en semejante estado:

-¿Qué te pasa querido? -le preguntó afectuosamente -¿Por qué tienes ese aspecto tan cansado y deprimido.

-A decir verdad- repuso él -tu madre tiene tanta culpa como cualquiera. Apenas pedía verla, prorrumpió en denuetos contra mí sin parar. Ella y el resto de la familia. Santiago y Dora son por el estilo. Siempre están encima de mí. Dicen que no deberías haberte casado nunca conmigo. Tu madre decía que ella y tu padre sospechaban lo que iba a suceder.

-Tonterías querido- le interrumpió su esposa, tranquilizándole -Tú eres el mejor de los maridos del mundo. No les hagas caso. Yo les diré unas palabras la próxima vez que vaya a verlos. Lo arreglaré todo, no te preocupes. Ahora siéntate aquí y serénate. ¡Ea!, deja que te quite ese enorme mono de tus hombros.

Inmediatamente le quitó el mono y lo colocó sobre sus propios hombros. Ello hizo que el señor Robinson se sintiera muy aliviado. Serenado y de nuevo feliz, decidió ir a ver a algunos amigos del club de bolos.

Al poco rato, llegó del colegio el joven Frank. Traía un pequeño mono posado en sus hombros. -Querido- exclamó su madre con ansiedad -¿qué ha ocurrido en la escuela hoy?

-Estoy harto, mamá. La profesora me ha reñido por algo que no he hecho. Dijo que era un descarado y marrullero y que daba mal ejemplo a toda la clase. -¿Cómo se ha atrevido a decirte cosas así! Déjamela a mi cuenta. Iré a verla mañana por la mañana a primera hora. Olvídala de momento. Sal a jugar con tus amigos, y yo te llamaré cuando esté listo el té.

Apenas la señora Robinson le había quitado el pequeño mono de los hombros, Frank olvidó inmediatamente lo ocurrido en la escuela y se fue contento a jugar.

Poco después llegó Ángela a casa. Había estado en la fiesta de cumpleaños de una amiga, pero ciertamente su aspecto no era el de haberlo pasado bien. También ella traía un pequeño mono sobre los hombros, y su madre sospechó que había estado llorando.

-¿Qué te ocurre, querida? ¿No fue bonita la fiesta? -Ha sido horrible, mamá. Algunas chicas me han estado insultando. Dijeron que era una niña muy mimada. ¡Las odio!

-No hagas caso, querida. Dime quiénes fueron esas antipáticas y yo informaré a sus padres exactamente de lo ocurrido. Ahora cámbiate y vete a jugar. Yo te daré una voz tan pronto como esté preparado el té. ¡Ea!, deja que te quite ese mono de tus hombros.

Así era la señora Robinson. Una mujer muy amable y muy querida; tenía numerosas amistades, que a menudo iban a verla durante el día. Ella escuchaba afectuosamente sus problemas y se mostraba preocupada al ver monos sobre sus hombros. No obstante, según pasaban los días, la señora Robinson comenzó a sentirse también cansada. Evidentemente, no era la que solía ser, y parecía preocupada por algo. Perdió el gusto por la vida, y parecía incapaz de hacer frente a sus deberes de esposa y madre. Con frecuencia ahora se lamentaba y gruñía de una manera muy extraña, comenzando a preocupar a la familia y a las amistades.

Un día, una buena amiga la tomó aparte y le habló sin rodeos:

-Escucha, Sandra; vengo dándome cuenta últimamente de lo deprimida que parece estar. Evidentemente, sabes de qué se trata, ¿verdad? -Bueno, en realidad no estoy segura, Gladys. Verdaderamente, no me he sentido nunca como ahora. Supongo que estoy algo cansada. Me siento abrumada últimamente, ya sabes.

-Ciertamente lo estás. El verdadero problema son todos esos monos que tienes posados encima de tus hombros. Y tú eres la única que puede hacer algo al respecto. El remedio está en tus manos. Manda de paseo esos monos. No son tuyos; ¿por qué has de llevarlos encima? Deshazte de ellos.

-¿Lo crees así?- dijo pensativa la señora Robinson. -Sí, supongo que debo dejarlos. Después de todo, tienes razón. Realmente no me pertenecen; me parece, pues, que voy a dejarlos y que vuelvan a subirse a los hombros de las personas a las que realmente pertenecen.

En cuestión de días, la señora Robinson volvió a ser ella misma. Los monos habían vuelto a quienes pertenecían y ella sintió nuevas energías. Entonces se encontró de nuevo deseosa y capaz de ayudar a su familia y a sus amistades.

IV. REFLEXIÓN

Reflexionamos individualmente respondiendo a estas preguntas:

¿Qué cuento te gustó más? ¿Por qué?

¿Cuál fue el que más entendieron?

¿A qué don hace referencia cada cuento?

¿Cómo podemos comparar y aplicar cada uno de estos dones en nuestra vida de cada día?

¿Es tarea fácil reconocer en nuestra vida los dones que se plantean? ¿Cuáles son las cosas que nos impiden o dificultan este reconocimiento? ¿Qué podemos hacer para vencerlas?

¿Hay alguna parte de los tres cuentos que les haya llegado más, o que les haya llamado la atención particularmente? ¿Por qué?

Luego, se leen en común las siguientes reflexiones:

Don de Consejo

¿Quién puede aconsejar? El que tiene sabiduría y entendimiento, y, además, es capaz de ponerse en el lugar del otro. Los consejos que recibe la mujer del cuento, de los distintos pastores, no son malos, cada uno de ellos va diciendo una verdad, pero María es la única que llora con ella.

Con su actitud le dice que no está sola, que ella está a su lado, que Jesús también la escucha y la comprende en su sufrimiento. Es necesario pedir con insistencia esta capacidad de aconsejar, que implica necesariamente saber escuchar, ponerse en el lugar del otro, compadecerse, como tantas veces lo hizo Jesús y, por sobre todas las cosas, dejar de lado nuestros propios intereses para tratar de descubrir qué es lo mejor para quien necesita de nosotros un consejo.

Don de Fortaleza

Para poder vivir necesitamos del don de la fortaleza. Si no contamos con la ayuda de los demás y con el impulso del Espíritu, nos cansamos, nos dejamos llevar por lo que es más fácil y, hasta traicionamos nuestras convicciones. La fortaleza nos permite, una vez que sabemos el camino, recorrerlo hasta el final.

En el cuento de las ranitas, éstas estaban felices y salieron a pasear, a ver el mundo que las rodeaba. Iban de a dos, animándose mutuamente, y se les presenta el problema. Mientras una de ellas se dio por vencida, la otra siguió adelante hasta que logró resolver la dificultad.

En la vida hay obstáculos que no se pueden vencer, pero en esos casos, Dios también nos da la fortaleza para no desanimarnos ni perder la esperanza.

“En el peligro invoqué al Señor, y él me escuchó dándome alivio. El Señor está conmigo: no temeré; ¿qué podrán hacerme los hombres? El Señor está conmigo y me ayuda: yo veré derrotados a mis adversarios. Me empujaron con violencia para derribarme, pero el Señor vino en mi ayuda. El Señor es mi fuerza y mi protección; él es mi salvación” (Salmo 118, 5-9.13-14).

Don de Piedad

Es bueno disfrutar la vida, reconocer la obra de Dios en ella, saber aconsejar y aconsejarse, tener fuerzas para seguir adelante. Sin embargo, para que todo esto tenga valor realmente, debe ser hecho con amor. El amor está presente permanentemente en los

medios de comunicación, en las películas, en los encuentros de catequesis... Sin embargo, no siempre entendemos bien qué quiere decir amar. El don de la piedad nos enseña a amar realmente.

Después de leídas las reflexiones, cada uno compara lo que reflexionaron antes, y lo que se acaba de leer. ¿En qué coincidieron? ¿Surgió algo diferente?

V. COMPARTIR

Entre todos compartimos lo que hemos reflexionado.

VI. ORACIÓN FIINAL Y DESPEDIDA

Se pide al Espíritu Santo, para que nos ayude a reconocer sus dones y ponerlos al servicio de los demás.

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 17. UN SUSURRO DE AMOR, HURACÁN DE TERNURA QUE NOS IMPULSA: EL ESPÍRITU SANTO

Tercera parte: DONES DE CIENCIA Y TEMOR DE DIOS

I. OBJETIVO

Que los adolescentes interioricen los dones del Espíritu Santo para ponerlos en práctica.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

*Tus palabras, Señor, se habían pegado a mis entrañas
y por todas partes me veía cercado por ti.
Cierto estaba de tu vida eterna,
aunque no la viera más que en enigma y como en espejo,
y así no tenía ya la menor duda sobre la sustancia incorruptible,
por proceder de ella toda sustancia;
ni lo que deseaba era estar más cierto de ti,
sino más estable en ti.*

(Confesiones 8, 1)

III. DESARROLLO DEL TEMA

Se leen las siguientes frases y se pregunta qué sugieren, relacionándolas con los dones del Espíritu.

FRASES:

“Con el tiempo y la paciencia se adquiere la ciencia.”

“Aquél que se confía a Dios deja de temer a los hombres” (M. Gandhi)

“Crear en Dios es aceptar nuestra debilidad y confiar en él” (Doménico)

Luego se incorporarán al afiche los dos dones que quedan por pegar.

Explicamos las ideas

Se pregunta: ¿qué significan Temor de Dios y Ciencia? ¿A qué creen que hacen referencia dichos dones? Luego, se leen los siguientes cuentos:

EL CANTO DEL GALLO (Anthony de Melo)

Una anciana mujer observó con qué precisión, casi científica, se ponía a cantar su gallo, todos los días, justamente antes de que saliera el sol, llegando a la conclusión de que era el canto de su gallo el que hacía que el sol saliera. Por eso, cuando se le murió el gallo, se apresuró a reemplazarlo por otro, no fuera a ser que a la mañana siguiente no saliera el astro rey.

Un día la anciana riñó con sus vecinos y se trasladó a vivir, con su hermana, a unas cuantas millas de la aldea. Cuando, al día siguiente, el gallo se puso a cantar, y un poco más tarde comenzó a salir el sol por el horizonte, ella se reafirmó en lo que durante tanto tiempo había sabido: ahora, el sol salía donde ella estaba, mientras que la aldea quedaba a oscuras.

¡Ellos se lo habían buscado! Lo único que siempre le extrañó fue que sus antiguos vecinos no acudieran jamás a pedirle que regresara a la aldea con su gallo. Pero ella lo atribuyó a la testarudez y estupidez de aquellos ignorantes.

CUIDADO (Anthony de Melo)

El sacerdote anunció que el domingo siguiente iría a la iglesia el mismísimo Jesucristo en persona y, lógicamente, la gente acudió en tropel a verlo. Todo el mundo esperaba que predicara, pero él, al ser presentado, se limitó a sonreír y dijo: “Hola”. Todos, y en especial el sacerdote, le ofrecieron su casa para que pasara aquella noche, pero él rehusó cortésmente todas las invitaciones y dijo que pasaría la noche en la iglesia. Todos pensaron que era apropiado.

A la mañana siguiente, a primera hora, salió de allí antes de que abrieran las puertas del templo. Y cuando llegaron el sacerdote y el pueblo, descubrieron horrorizados que su iglesia había sido profanada: las paredes estaban llenas de “pintadas” con la palabra “¡Cuidado!”. No había sido respetado ni un solo lugar de la iglesia: puertas y ventanas, columnas y púlpito, el altar y hasta la Biblia que descansaba sobre el atril. En todas partes “¡Cuidado!”, pintado con letras grandes o con letras pequeñas, con pincel o aerosol, y en todos los colores imaginables. Dondequiera que uno mirara, podía ver la misma palabra: “¡Cuidado!”.

Ofensivo. Irritante. Desconcertante. Fascinante. Aterrorador. ¿De qué se suponía que había que tener cuidado? No decía. Tan sólo decía “¡Cuidado!”. El primer impulso de la gente fue borrar todo rastro de aquella profanación, de aquel sacrilegio. Y si no lo hicieron, fue únicamente por la posibilidad de que aquello hubiera sido obra del propio Jesús.

Y aquella misteriosa palabra, “¡Cuidado!”, comenzó, a partir de entonces, a surtir efecto en los feligreses cada vez que acudían a la iglesia. Comenzaron a tener cuidado con las Escrituras, y consiguieron servirse de ellas sin caer en el fanatismo. Comenzaron a tener cuidado con los sacramentos, y lograron santificarse sin incurrir en la superstición. El sacerdote comenzó a tener cuidado con su poder sobre los fieles, y aprendió a ayudarles sin necesidad de controlarlos. Y todo el mundo empezó a tener cuidado con esa forma de religión que convierte a los incautos en santurrones.

Comenzaron a tener cuidado con la legislación eclesiástica, y aprendieron a observar la ley sin dejar de ser compasivos con los débiles. Comenzaron a tener cuidado con la oración, y ésta dejó de ser un impedimento para adquirir confianza en sí mismos.

Comenzaron, incluso, a tener cuidado con sus ideas sobre Dios, y aprendieron a reconocer su presencia fuera de los estrechos límites de la Iglesia. Actualmente, la palabra en cuestión, que entonces fue motivo de escándalo, aparece inscrita en la parte superior de la entrada de la iglesia, y si pasas por allí de noche, puedes leerla en un enorme cartel de luces multicolores.

IV. REFLEXIÓN

Reflexionamos individualmente sobre las siguientes preguntas:

¿Qué se “busca” (o se logra) con el don del Temor de Dios?

¿Cómo podemos desarrollar o “incrementar” nuestro don de Ciencia?

¿Cómo aplicamos en nuestra vida diaria estos dones?

¿En qué nos ayuda cada uno de estos dones en nuestra vida de Fe?

¿En qué debería cambiar nuestra vida de Fe a partir de esta posibilidad que Dios nos regaló de aprender y reflexionar sobre los Dones que el Espíritu Santo nos otorga?

Luego de contestar las preguntas se leen las siguientes reflexiones:

Don de Ciencia

Los Documentos del Concilio Vaticano II finalizan con una serie de mensajes a diversos destinatarios. Entre ellos, encontramos el Mensaje a los Intelectuales y Científicos, del cual transcribiremos algunas frases que nos pueden ayudar a reflexionar la relación que existe entre la fe y la ciencia y qué es lo que espera la Iglesia de los científicos.

“Un saludo especial para ustedes, los buscadores de la verdad, a ustedes los hombres del pensamiento y de la ciencia, los exploradores del hombre, del universo y de la historia; a todos ustedes, los peregrinos en marcha hacia la luz, y a todos aquellos que se han parado en el camino, fatigados y decepcionados por una vana búsqueda... No podemos dejar de encontrarnos. Su camino es el nuestro. Sus senderos no son nunca extraños a los nuestros... Nosotros somos los amigos de su vocación de investigadores, los aliados de sus fatigas, los admiradores de sus conquistas; y, si es necesario, los consoladores de sus descorazonamientos y fracasos.

También para ustedes tenemos un mensaje, y es éste: continúen, continúen buscando, sin desesperar jamás de la verdad... Pero no olviden: si pensar es una gran cosa, pensar ante todo es un deber, sobre todo para el que cierra voluntariamente los ojos a la luz. Pensar también es una responsabilidad... Por eso, sin turbar sus pasos, sin ofuscar sus miradas, queremos ofrecerles la luz de nuestra lámpara misteriosa, la fe... Nunca, quizás, gracias a Dios ha aparecido tan clara como hoy la posibilidad de un profundo acuerdo entre la verdadera ciencia y la verdadera fe, sirvientes una y otra de la única verdad”.

El don de ciencia nos permite juzgar correctamente las cosas creadas y conocer los misterios de la obra de Dios. Este conocimiento no se puede fundar únicamente en la experiencia, sino que estamos todos llamados a, de alguna manera, tratar de conocer los misterios del hombre y del universo.

Temor de Dios

Este don del Espíritu, aparentemente, es difícil de comprender. ¿Por qué pedimos tener temor de Dios? ¿Cómo vamos a tenerle miedo a un Padre? Cuando hablamos de “temor de Dios”, no nos referimos a tenerle miedo como, según cuenta el Génesis, tuvieron Adán y Eva, que se escondieron de Dios después de pecar.

El temor de Dios no es miedo. El temor de Dios, es el “cuidado” del que habla el cuento. Es andar despacio para evitar actuar en contra de lo que Dios nos pide. Es pensar y reflexionar nuestros actos para que estén de acuerdo al pedido de Dios. Es ir por la vida sin llevarnos por delante a los demás. Es ir lentamente para adentrarnos en el maravilloso e insondable misterio de Dios.

Después de leídas las reflexiones, cada uno compara lo que reflexionaron antes, el mensaje de los cuentos y lo que se acaba de leer. ¿En qué coincidieron? ¿Surgió algo diferente?

V. COMPARTIR

Se pone en común todo lo que se ha reflexionado: sobre el mensaje de los cuentos, las respuestas a las preguntas, el contenido de las reflexiones leídas.

Compromiso

Todos escriben un compromiso en el que tengan presente todo lo aprendido acerca de los Dones del Espíritu Santo. Por ejemplo: comenzar a tomar consciencia de que esos

Dones están en nosotros, y que debemos aprender a reconocerlos, a utilizarlos para el servicio de los demás. Dicho compromiso se debe hacer a consciencia, ya que se trata de un compromiso con Dios, y es algo que deben intentar hacer de ahora en adelante.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

La oración se dirigirá principalmente al Espíritu Santo. Se ofrecerán los compromisos previamente redactados, y quienes lo deseen pueden expresar sus compromisos en voz alta durante la oración.

El papel del compromiso puede ponerse en el centro de la ronda, al lado de una imagen del Espíritu Santo, que permita culminar este ciclo de temas sobre los dones del Espíritu con el compromiso y el deseo sincero de crecer en la fe y de aprender a vivir cada día la presencia en nosotros del Espíritu Santo.

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

*** **

Ideas para profundizar sobre el Espíritu Santo

Viviendo en la fuerza del Espíritu

¿Es un pájaro? ¿Es un fuego? ¿Es un viento? ¡No! ¡Es el Espíritu Santo!

El Espíritu ya no es, como en otras épocas, “el gran desconocido”. La importancia que tiene hoy el sacramento de la Confirmación, el número creciente de grupos de misión, y otras influencias dentro de la Iglesia han hecho que la tercera persona de la Trinidad vaya ganando en presencia en la vida espiritual del Pueblo de Dios. De todos modos, suele percibirse de una manera vaga. Todos nos hacemos una imagen más o menos personal del Padre y de Jesús, pero el Espíritu Santo muchas veces parece asemejarse más a una especie de “fuerza”, al mejor estilo de la Guerra de las Galaxias, que a una persona.

¿Cómo hacer para ir personalizando nuestra relación con el Espíritu Santo, para descubrirlo mejor y dejarlo entrar plenamente en nuestras vidas? Tenemos que mirar al Señor Jesús, el Ungido por el Espíritu, el hombre espiritual por excelencia. Y desde allí, descubrir el Fuego de Dios obrando también en nuestras vidas.

1. Jesús, impulsado por el Espíritu

“El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres; él me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos, a dar vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor”.

Con este texto de Isaías empieza Jesús su ministerio, su misión pública. El Espíritu lo lleva a predicar el Evangelio. El poder del Reino se manifiesta en Jesús por la fuerza del Dedo de Dios. Él lo acompaña a lo largo de todo su camino y lo guía hacia la Pascua. El Paráclito es a la vez el que impulsa a Jesús a lo largo de todo su sendero pascual, y el regalo máximo del Señor resucitado.

Cuando profundizamos en la Palabra, descubrimos que el Espíritu Santo está obrando ya en el principio de la vida terrena de Jesús. Ya en el seno de María él está actuando,

haciendo que Jesús sea concebido en el vientre de la Virgencita. Luego se manifiesta en su Bautismo, descendiendo sobre él. A partir de ese momento empieza a co-protagonizar su misión.

Vamos a desglosar de a poquito algunos de estos momentos en que el Espíritu Santo se revela especialmente ligado a la vida y la misión de Jesús para tratar de comprender mejor nuestra existencia y nuestra vocación misionera.

2. La concepción de Jesús

El texto de la Anunciación es uno de los más amados y proclamados por la Iglesia. Sin embargo, solemos verlo desde la perspectiva de María, y nos olvidamos que aquí hay otro gran protagonista: el Espíritu Santo, que cubre con su sombra a María. Él concibe a Jesús en el seno de esta chiquita de Nazaret, y allí comienza una historia que todavía hoy sigue renovando al mundo.

La maternidad de Jesús como la vivió María es única y especialísima, vivida sólo por ella. Sin embargo, la tradición fue viendo cómo todos los que por el Bautismo y la vida de fe se abrían, como ella, a la acción del Espíritu Santo, vivían una cierta “maternidad espiritual” de Jesús. Cuando nos volvemos material dócil para la obra de Dios en nosotros, engendramos en nuestro corazón a Jesús para nosotros mismos y para los demás.

La misión nos manifiesta de un modo especial esta “maternidad” de Jesús que podemos vivir todos los fieles. Por un lado, en ella experimentamos generalmente un fuerte crecimiento espiritual. A veces este crecimiento puede ser doloroso (se nos cae el velo de los ojos y percibimos de manera intensa nuestra limitación, debilidad o pecado). Pero esto no quita que sea crecimiento. ¡No hay embarazo ni nacimiento sin dolores de parto! Por otra parte, experimentamos cómo Jesús se va gestando en la vida de los demás, y cómo este alumbramiento también lleva tiempo y muchas veces sufrimiento, tanto nuestro como de los destinatarios de nuestra misión.

Todo esto se va realizando por la fuerza del Espíritu. En el Antiguo Testamento, la palabra utilizada para nombrar al Espíritu era *ruah*, que es un término femenino para designar el aliento, la fuerza, la vida. Aletea en el principio de la creación y empieza ahora esta nueva creación que es la obra salvadora de Jesús. Mirar al Espíritu desde esta perspectiva femenina nos ayuda, pues su misión es generar vida. Un autor importante de nuestra América Latina lo designa el “principio divino-maternal”.

Esta “maternidad” del Espíritu es clave en nuestra existencia, pues Jesús nos lo envía para no dejarnos solos. Él nos hace descubrir al Abbá, nuestro Papá Dios, nos consuela y nos enseña a orar... ¡como hacen nuestras mamás! Y nos descubre una clave importante de la misión de Jesús y la nuestra: misionar es generar vida y destruir la muerte, haciendo que la vida de Dios se haga carne en todos los aspectos de la vida humana. Esta vitalidad que regala Dios por la fe se obra por el Espíritu, “Señor y Dador de Vida”.

3. El Bautismo de Jesús

El Bautismo es un episodio clave para entender la persona de Jesús. Allí, él se descubre como el Hijo amado del Padre por la acción del Espíritu Santo. Esta experiencia impregnará todos los aspectos de su misión, sus palabras y sus gestos. Sólo desde la experiencia que Jesús tiene de su Abbá, su papá, podemos entender su vida y su Pascua.

¿Cuál es aquí la función del Espíritu? El Espíritu vincula al Padre con Jesús. Él le regala a Jesús el don de saberse hijo. Cumple una función de vinculación. A medida que los primeros cristianos fueron profundizando en la vida y las palabras de Jesús, fueron

descubriendo que este vínculo que el Espíritu realizaba entre el Padre y el Hijo era su misma esencia, que era el Amor entre el Padre y el Hijo. En el Espíritu, el Padre reconoce al Hijo y viceversa. Este mismo vínculo se manifestó en el Bautismo del Señor.

Pongamos ahora la mirada en nuestras vidas. El ir descubriendo que somos amados por Dios nos revela nuestra identidad más profunda: somos hijos en el Hijo. El amor de Dios también nos va vinculando con Él y “personalizando”. Nuestro vínculo con el Padre nos hace sentirnos personas con dignidad ¡pues lo somos realmente! Y hace que no sucumbamos ante el pecado, o ante las distintas corrientes de muerte que suelen fluir en torno a nosotros. El pecado desfigura nuestro rostro interior, siendo su momento culminante cuando nos hace irreconocibles a nosotros mismos.

El Espíritu es quien obra este milagro de vinculación en nosotros. Como es el Amor, el Vínculo entre el Padre y el Hijo, su misión en la tierra es ir generando comunión. Nos regala el ser hijos de Dios, y también hermanos entre nosotros. Él es quien funda las comunidades, Él es quien mantiene la Iglesia. Por eso, donde está el Espíritu, está la unidad. Unidad que no significa uniformidad. Vivir en comunión no quiere decir que seamos todos igualitos. Es intentar vivir en nuestras familias, nuestras comunidades, esa misma unión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu: suprema diversidad y a la vez infinita unidad. El Espíritu hace que nosotros nos unamos sin perder nuestras peculiaridades, sino poniéndolas como dones al servicio de los demás.

¿De dónde beber el agua viva del Espíritu? La oración, especialmente la comunitaria, es donde podemos pedir con especial fuerza la venida del Consolador, que el Padre desea darnos ardientemente. Cada vez que nos reunimos para rezar, reproducimos ese misterio de amor que es la Trinidad. Allí el Espíritu vuelve a repetir ese milagro de comunión que es la unidad de los Tres, y la apertura a la misión.

Los sacramentos son el otro camino. Por el Espíritu, las palabras y los gestos sacramentales se vuelven eficaces y así son un canal de divinización para nosotros, para que nuestra vida sea irrigada por la corriente de vida que es el Don de Dios, el Espíritu Santo.

4. La misión, tiempo del Espíritu

El Evangelio de Juan nos muestra que la misión y el envío del Espíritu están íntimamente unidos. Compartir la vida de Jesús que se nos da en el Santificador, nos hace también compartir su misión. Por eso, el Espíritu Santo es el gran protagonista de todo el proceso evangelizador. Él nos vincula con la Trinidad para que continuemos la misión del Hijo en su fuerza y así llevemos todos los hombres al Padre. Somos instrumentos de la Trinidad en la medida en que nos abrimos a la conducción del Espíritu Santo.

Así, volvemos a ver que la fecundidad de nuestra misión no depende sólo de nuestras fuerzas, sino de la intensidad de nuestro amor, de nuestra unión en el Espíritu. Ahora sabemos que amarnos entre nosotros no es simplemente una cuestión de actitudes, sino algo infinitamente más profundo: es vivir en la fuerza del Espíritu la comunión que vive internamente la Trinidad, y por eso, es la mejor forma de misionar; desde lo que somos, y no sólo desde lo que hacemos. Nuestra unidad es el mejor y el primer testimonio.

A la vez, el Espíritu siempre proyecta hacia los demás, hacia la misión. Desde la comunión en que vivimos, nos vemos impulsados a compartir lo vivido, a buscar a los otros. En este éxodo hacia los hermanos, el Paráclito nos regala el don del discernimiento, pues en la misión estamos desprovistos de muchas ayudas humanas: es un tiempo para

gustar especialmente el don de consejo. En general tenemos que tomar soluciones de manera rápida, y estar siempre flexibles, atentos a muchas situaciones nuevas que nos piden reformular muchas de nuestras concepciones y expectativas.

5. María, sagrario del Espíritu Santo

María es de forma especial santuario del Espíritu de Jesús. En ella, la docilidad al Espíritu es total; sus gestos logran que los demás también perciban su acción santificante; y en la primera comunidad, en torno a ella se unen los discípulos para pedir su venida.

Todo esto nos muestra que María está unida de una forma especial a la acción del Espíritu Santo. La oración a María trae como fruto una docilidad más intensa a lo que Él quiera decirnos y una vitalidad más profunda por su acción en nosotros. Pidámosle a María que nos sumerja en lo profundo de la hoguera del Espíritu, para ser, como ella, sagrarios vivos, presencia comunicante de la acción de Dios en medio de los hombres.

TEMA 18. *TODOS TENEMOS UNA TAREA: CONSTRUCTORES DE UN MUNDO NUEVO*

I. OBJETIVO

Que los adolescentes, a la luz del Evangelio, descubran que ser creyente implica un compromiso con la sociedad.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

*Señor Jesús, somos caminantes, buscadores incansables de tu verdad,
te seguimos por las huellas que nos dejó nuestro padre Agustín.
Danos un corazón misericordioso para encontrarte en el hermano,
una voluntad fuerte para no apartarnos nunca de tu voluntad.
Enséñanos a ser generosos, a servirte como te lo mereces,
A entregarnos sin reservas.
Madre de Dios, signo de esperanza y de consuelo,
sé también ahora mi apoyo seguro. Amén.*

III. DESARROLLO DEL TEMA

La palabra de Dios nos habla de “un cielo nuevo y una nueva tierra”. La creación está sometida al hombre para que la transforme; de esta manera surge la pregunta: ¿podemos transformarla?; la respuesta es clara, no sólo podemos, sino que debemos transformarla. Agustín nos dice: “Los tiempos son difíciles, los tiempos son duros, los tiempos abundan en miserias. Vivan bien, y cambiarán los tiempos con su vida (Sermón 311, 8).

Para ello hay que empezar descubriendo lo que de inhumano existe en este mundo, abrir los ojos a la terrible realidad que nos ata, romper las redes que nos atrapan. Esto no es tarea fácil, y en muchas ocasiones asumimos el papel del mero espectador, convirtiéndonos así en cómplices del mal. Ahora bien, en otras ocasiones atinamos a darles largas y rodeos a esa seria postura, la de un sí definitivo al llamado de Cristo, por temor a las consecuencias que pueda acarrear tal decisión en nuestra pretendida tranquilidad.

Así fue el caso de Agustín, que poco tiempo antes de su conversión vivía la inquietud de todavía no ser feliz, a pesar del gran prestigio y honor que había alcanzado, y es así como nos relata que en cierta ocasión en que se dirigía al palacio imperial a recitar sus famosos discursos ante el emperador Valentiniano, encuentra un mendigo completamente borracho, que parecía estar gozando de la más completa felicidad; Agustín se detuvo, miro hacia el mendigo y dijo a sus amigos:

“Vean que feliz es él; desearíamos tener solamente un poco de aquella felicidad completa que alcanzó al mendigo antes que a nosotros. Lo que obtuvo gracias a una pequeña limosna, yo lo estoy buscando por medio de rodeos y maniobras fastidiosas; y ¿de que me sirve todo mi saber? ¿Lo utilizo para instruir a los hombres o simplemente para ayudar a los poderosos para ganar dinero y honores tontos?” (Confesiones 6, 1-2).

Apreciamos que el rodeo del que nos habla Agustín, no es sino el no dejar que sea el amor quien señale sus pasos, y de esta manera, estando éste ausente, no era capaz de reconocer el verdadero sentido de la vida, “el servicio”, y así se hallaba dando giros en

torno a éste, sin llegar a sentir la tan ansiada paz y felicidad por él deseada.

Se debe recordar que la fe cristiana es el encuentro con Jesucristo, y entonces tomar conciencia de estar ante un cambio de perspectiva de toda la existencia humana, por el hecho de que Jesús no existe sino para los otros. ¡Esta vida de Jesús, enteramente para los otros! ¡He allí la experiencia transcendental! Nuestras relaciones con Dios no son relaciones religiosas con el ser más elevado, poderoso, mejor que podamos imaginar, sino que consisten en una nueva vida para los otros, en la participación en la existencia de Jesucristo. A este respecto, Agustín nos dice: “Dios es de todos. Y a todos se da para ser gozado en unidad. Todo en todos. Y todo en uno” (Sermón 47, 29).

“Sean valles para que brote en ustedes la fuente. Y comunique con los demás lo que recibieron de Dios. Corran las aguas en medio de todos y sin envidia de nadie. Beban de ellas hasta saciarse, y sáciense para poder manar.”

Pero todo esto nos exige algo: comprometernos. Pero, ¿con qué? No sólo con un proyecto, sino con una persona. Creer es comprometerse con alguien que nos exige ante todo dar libertad al amor como fuente de todo, que nos permita de esta manera transitar los duros caminos de “el saber perder” según el evangelio, de la renuncia, del sí definitivo a Cristo, camino finalmente recorrido por Agustín y donde asombrosamente encuentra la felicidad, y así dócil a Jesús nos dice: “El amor es mi peso, por el peso de mi amor soy llevado a donde quiera que voy.”

IV. REFLEXIÓN

Lee pausadamente y en oración uno de los siguientes textos: Mateo 9, 35-38; 28, 16-20, 1 Corintios 9,16-23, Lucas 16, 19-31; intentando descubrir lo que Dios te comunica. Puedes repetir en oración el capítulo o versículo que más te haya cuestionado.

V. COMPARTIR

Compartimos entre todos dialogando sobre las siguientes preguntas:

¿Tenemos conciencia de que ser cristianos implica ser servidores?

¿A qué nos compromete el creer?

¿Por qué se dice que en el servicio se encuentra la felicidad?

¿Qué nos exige el servicio?

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios

TEMA 19. *SOLIDARIOS, UNA MANERA DE SER*

I. OBJETIVOS

Aprender a experimentar la solidaridad como un compromiso.
Vivir actitudes de solidaridad con los más necesitados.

II. ORACIÓN AGUSTINIANA

Señor Jesús, somos caminantes, buscadores incansables de tu verdad, te seguimos por las huellas que nos dejó nuestro padre Agustín. Danos un corazón misericordioso para encontrarte en el hermano, una voluntad fuerte para no apartarnos nunca de tu voluntad. Enséñanos a ser generosos, a servirte como te lo mereces, a entregarnos sin reservas. Madre de Dios, signo de esperanza y de consuelo, sé también ahora mi apoyo seguro. Amén.

II. DESARROLLO DEL TEMA

Vamos a iniciar leyendo Is 58, 7-10. Luego, nos preguntamos:

¿Quién es el que habla en la lectura?

¿A quién se dirige?

¿Qué obras le invita a realizar?

Si nosotros queremos que brille nuestra luz, debemos fijarnos más en las personas que nos rodean y cumplir la palabra de Dios preocupándonos por ellos y auxiliándolos en sus dificultades. Pidamos al Señor que nos ayude a entender eso en nuestras vidas.

Este tema intenta ser un punto de partida en el análisis de una actitud esencial en la vida de todo cristiano: la solidaridad. Nos encontramos inmersos en un mundo marcado por los desequilibrios económicos, sociales, culturales... Hay unos pocos que tienen mucho y muchísimos que viven en la pobreza o en la miseria; hay unos cuantos que tienen oportunidades educativas y culturales, y muchos que viven en la ignorancia; hay muchas personas que viven en el abandono, en la soledad.

Vivimos en un mundo que suele olvidar aspectos como la justicia social, los derechos humanos, la paz, la ecología... y en cambio se promueven “antivalores” como el militarismo, el consumismo, el racismo, la discriminación, la indiferencia, en definitiva la falta de solidaridad.

Como cristianos no podemos contemplar pasivamente esta situación. Jesús fue valiente frente a las injusticias de su época y a nosotros nos corresponde, como Él hizo, trabajar por un mundo mejor. Para ello debemos empezar buscando las causas y consecuencias de estos problemas, analizando los mecanismos que los generan para descubrir soluciones y nuestros posibles modos de actuación.

Tal vez se nos haga complicado hablar de estos temas o hasta aburrido, pero, si no nos preocupamos por lo que pasa a nuestro alrededor y si no hacemos algo por cambiar nuestra realidad, no seremos verdaderos cristianos; porque el verdadero cristiano vive el mandamiento del amor, que se demuestra en obras; y tampoco seremos verdaderos

jóvenes, porque el joven siempre mira hacia delante, hacia la superación, desea cambiar el mundo y no se queda de brazos cruzados ante la injusticia. No pensemos que no podemos hacer nada o que podemos hacer bien poco, lo que hagamos con amor será bastante.

Cuando nosotros hablamos de algo sólido, hablamos de algo que es difícil de romper, de separar, de dispersar. Así, un trozo de acero es mucho más sólido que un pedazo de esponja o que un montón de arena (podemos presentar un pedazo de acero y una esponja para ilustrar esto). Ser solidario es hacerse uno con el otro en una unidad que sea muy difícil de separar, de desunir. La solidaridad nos une a nuestros semejantes. Y la unión con nuestros semejantes empieza cuando nos interesamos por ellos, por sus problemas, sus carencias, sus limitaciones y los hacemos nuestros y les ayudamos a encontrar soluciones para sus problemáticas porque las sentimos como nuestras.

La solidaridad podríamos definirla como una actitud libre, seria, activa y comprometida ante los problemas y desequilibrios de nuestro mundo y de las personas que nos rodean. Se trata de no aceptar las cosas pasivamente, estar alerta en nuestros análisis de la realidad y ser valientes para tomar una postura del lado de la justicia, la igualdad, el bien común, que nos conduzca a una actitud de compromiso.

Intentar vivir al estilo de Jesús involucra toda nuestra vida, suponiendo esto que, además de buscar hacer el bien a los cercanos, somos miembros de una comunidad, de una sociedad y corresponsables de su marcha y buscadores del mayor bien común posible. El cristiano no puede evadirse de su compromiso solidario, porque Jesús nos enseñó con su vida que, los que optamos por el Evangelio, debemos ser Buena Noticia en el mundo. Si queremos vivir como Él vivió, estamos invitados a vivir y construir un mundo nuevo, una sociedad donde la paz, la justicia, la solidaridad, el amor, sean realidades más palpables.

Cualquiera de nuestras actividades (estudio, tiempo libre, lecturas, familia, amigos, clase, consumo...) debe tener presente el valor de la solidaridad como algo supremo. El mundo, en general y por desgracia, tan falto de ella, necesita nuestro testimonio continuo, testimonio valiente, decidido y comprometido como el de Jesús.

Muchas de las personas que viven junto a nosotros, nuestros amigos, compañeros de clase, trabajo, equipo, barrio... posiblemente manifiesten gestos de solidaridad importantes de los que podemos aprender; se merecen todo nuestro apoyo y unidad en el testimonio solidario. La fuerza del Amor se refleja y proyecta en estas acciones y también cuando miramos a la cara al que no es tan agraciado como nosotros y, codo con codo, nos comprometernos en su causa.

Tu entorno necesita un testimonio solidario ¡YA!

IV. REFLEXIÓN

Por parejas o grupitos leemos: Mt 25; Lc 10,30-37; Rom 12, 4-21; Mt 5,1-12; Mt 12,1-8; y respondemos las siguientes preguntas:

¿Qué tienen que ver los textos con la solidaridad?

¿Cómo defines tú la solidaridad?

¿Cómo te has sentido cuando necesitabas ayuda y has encontrado a alguien cerca que te ha tendido una mano?

¿Falta solidaridad en nuestra comunidad? ¿En qué?

¿Y en nuestra sociedad?

¿Conoces los problemas de tu entorno?

¿Está de moda la solidaridad?

¿Conoces a gente solidaria? ¿Por qué los consideras solidarios?

V. COMPARTIR

A manera de plenario, cada pareja lee su cita en voz alta, y explica por qué se relaciona con la solidaridad, y cómo respondió a las preguntas.

Compromiso

Analizar cuáles son las necesidades de mi familia, barrio, amigos, miembros de mi comunidad eclesial, pueblo... y comprometernos, en lo personal y comunitario, solidariamente con ellos en su superación.

Hacer un compromiso como grupo que manifieste nuestra solidaridad y realizarlo juntos.

VI. ORACIÓN FINAL Y DESPEDIDA

Por la calle vi a una niña tiritando de frío dentro de su ligero vestidito y con pocas perspectivas de conseguir una comida decente. Me encolericé y le dije a Dios: ¿Por qué permites estas cosas? ¿Por qué no haces nada para solucionarlo? Durante un rato, Dios guardó silencio. Pero aquella noche, de improvisto, me respondió:

“CIERTAMENTE QUE HE HECHO ALGO: TE HE HECHO A TI.”

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

V/. Un solo corazón

R/. Dirigidos hacia Dios